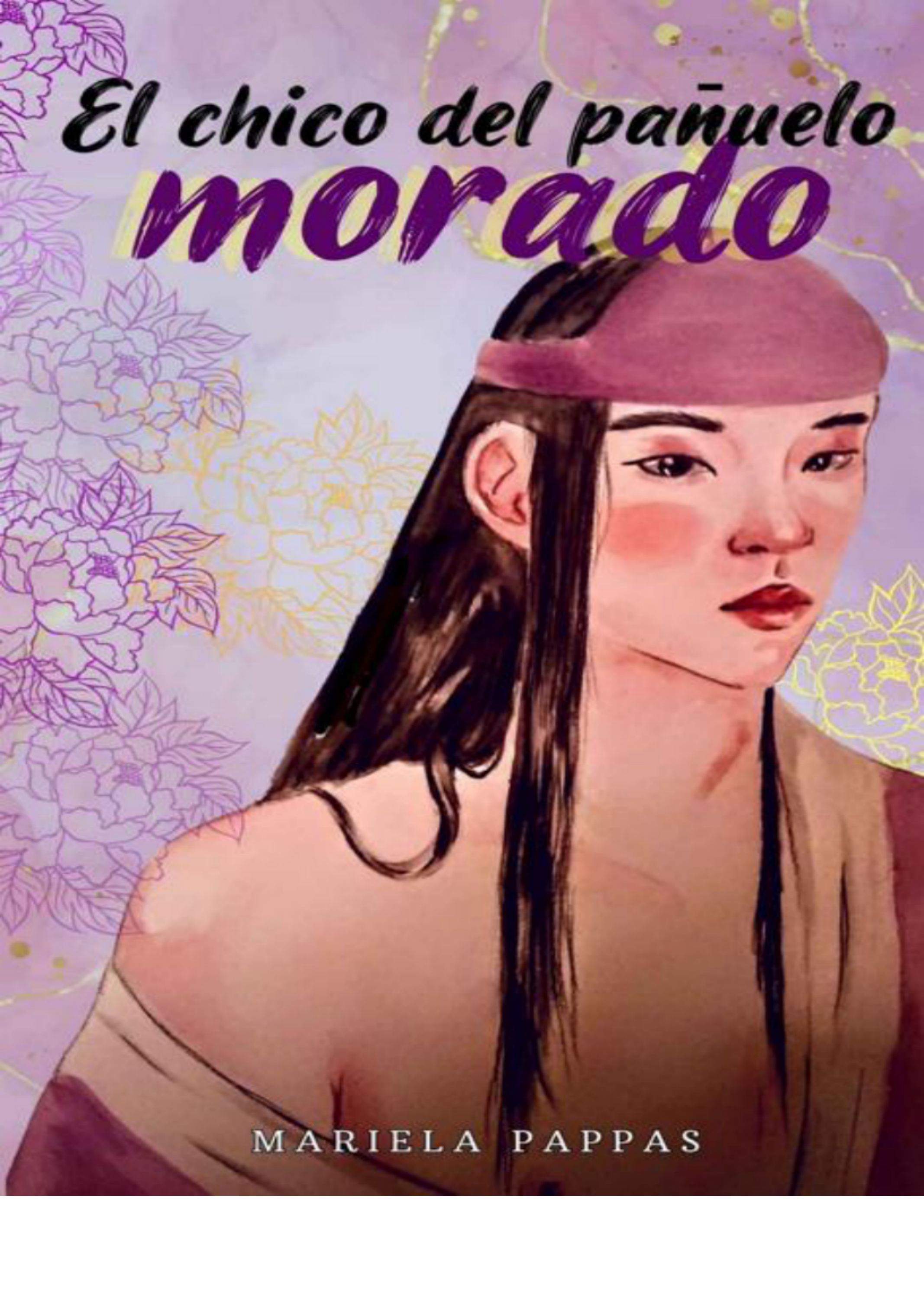

El chico del pañuelo
morado
MARIELA PAPPAS

Corrección ortogramatical y de estilo: Claudia Cortalezzi.
Ilustración de portada: Mariela Pappas

ISBN:

EL CHICO DEL PAÑUELO MORADO

MARIELA PAPPAS

CONTENIDO

CAPÍTULO UNO

Luces de neón magenta y azul bañaban la casa de té, y el incienso le hacía picar la nariz. Okuma Shogo envolvió con los dedos la empuñadura de la katana que colgaba de su cintura junto con el wakizashi[1]. Sonaba la melodía de un koto[2], y el samurái notó que su respiración era más rápida y superficial que de costumbre.

—¿Primera vez? —El hombre de la recepción rio por lo bajo, llevaba afeitado el frente de la cabeza y el moño alto que los chonin[3] le habían copiado a los samuráis. El aroma grasoso de su piel delataba que era humano—. Samuráis, comerciantes, civiles. Humanos o sintéticos, ninguno se resiste a un muchacho hermoso. Y nuestros kagema[4] son los mejores del mercado, ya verá cuando se la meta: se siente igual que un humano.

Shogo tragó saliva, el rostro le ardió y se preguntó una vez más qué hacía allí. Tal vez no fuera tarde para dar la vuelta y huir.

—Bueno —continuó el encargado—, ¿cuál quiere?

El hombre deslizó la mano por la mesa de la recepción, apretó unos botones y cinco hologramas se desplegaron arriba de su cabeza. Jovencitos sintéticos luciendo sus talentos: uno recitaba poesía envestido en un pesado kimono dorado. Otro danzaba encima de unas pesadas plataformas de madera. El tercero cantaba con el rostro maquillado como el de una geisha, pero su peinado delataba que era un hombre. Un chico de rostro sonrojado tocaba el samisen sentado sobre cojines de satén. Y el último interpretaba una seductora danza con espada. En el holograma de cada uno se podían leer sus nombres, edades y rol sexual. Y, por supuesto, el precio.

Todos poseían una belleza paralizante, que lindaba caprichosamente entre lo masculino y lo femenino. Pero ninguno era *él*.

Shogo tomó una bocanada de aire, dándose valor para hablar, y se

inclinó más cerca del hombre.

—Había… —susurró con voz ronca—, un muchacho bailando en un video… en la pantalla de la marquesina. —Vio que el empleado fruncía el ceño y continuó—. Usaba… usaba un pañuelo morado.

—Todos usan pañuelo morado. Significa que se dedican a la profesión más antigua, así la gente los reconoce.

Sí, pero ninguno es tan hermoso como él, pensó Shogo, y dejó escapar una exhalación.

—¿Era un onnagata o un wakashu[5]? —insistió el empleado. Y ante el silencio de Shogo, agregó—. Ya sabe, ¿era un chico vestido de chica, o un chico vestido de chico?

—Un wakashu —tartamudeó el samurái—. Tenía un abanico blanco con lavandas, y cantaba una canción sobre peonias en flor.

El hombre se quedó pensativo unos segundos, y su boca se contorsionó en una sonrisa obscena, una que multiplicó la vergüenza en el pecho de Shogo.

—Le va a salir caro. Veinticinco millones.

La cifra reverberó en la lengua de Shogo: se sentía culpable de gastar tanto en algo así y al mismo tiempo no podía resistirse. Buscó entre las mangas de su chaqueta el dispositivo móvil donde el clan Kigomiya le pagaba su estipendio, y se lo entregó al empleado para que descontara el monto.

—Parece —rio el hombre— que el clan Kigomiya paga bien, ¿eh?

—No-o… no aparecerá el nombre de este lugar en el detalle del pago, ¿verdad?

—Tranquilo —le aseguró el otro sin mirarlo a los ojos—, figurará como Servicios varios, nadie sabrá que estuvo aquí. No sea tan paranoico: no es el único samurái que hace esto. De hecho, los samuráis son la piedra angular de este negocio. Después de los monjes budistas, claro está. —Terminada la transacción, le devolvió el dispositivo móvil y le hizo un gesto—. Por aquí.

El hombre rodeó la mesa de la recepción y Shogo lo siguió a través de la sala. Un estanque ocupaba casi todo el centro, y en sus cristalinas aguas pudo ver peces koi artificiales nadando, las aletas anaranjadas y blancas mezclándose con el reflejo azulino. Unos juncos

sintéticos bordeaban el estanque, y alrededor había unas mesas agrupadas donde varios muchachitos les servían té a los clientes. Shogo sintió un nudo en la garganta, temeroso de que algún otro miembro del clan Kigomiya lo descubriera allí. Las risas, canciones y conversaciones se mezclaban con la hipnótica melodía del koto. En las pantallas de las paredes se reproducían una y otra vez videos de los muchachos interpretando lascivas canciones y obras de teatro. Shogo siguió al hombre escaleras arriba, y con cada escalón que crujía el jolgorio del salón se hacía más y más lejano. Una vez en el primer piso, atravesó un corredor, guiado por el hombre regordete que sostenía una tarjeta magnética entre los dedos.

—Tiene una hora —le explicó mientras caminaban—. Ni un segundo más. Si se pasa, tenemos guardias a quienes no les importará su status de samurái. —Shogo asintió. Los sonidos de placer, aunque esporádicos, que se filtraban a través de las puertas cerradas lo mareaban—. Puede hacerle cualquier cosa —oyó—, puede ser violento si quiere, pero si lo destruye, su clan deberá pagarlo, ¿entendido?

El samurái asintió una vez más, y el hombre siguió explicando.

—Tiene que lubricarlo. Hace unos años sacaron un modelo que se auto lubricaba, pero a los clientes no les gustó: lo sentían poco realista, así que tiene que hacerlo a la antigua. Adentro encontrará todos los productos que necesite. Menos condones, no los necesita con ellos, no pueden contagiarle nada. Por fuera los va a ver muy humanos, pero por dentro no son más que metal y circuitos. Usted no lo sentirá, por supuesto, son de muy buena calidad. Después de siete años de uso siguen tan ajustados como nuevos.

Shogo, cada vez más incómodo, siguió los pasos del hombre hasta llegar al final del corredor. Se detuvieron frente a una habitación, una delicada luz rosada teñía el papel de la puerta. Saber que el muchacho estaba esperándolo del otro lado, hizo que se estremeciera.

—No puede entrar armado —aclaró el hombre—, tiene que dejarme sus espadas. —Extendió la mano para coger la katana de Shogo, pero este la ajustó con más fuerza entre sus dedos.

—Nadie toca mis espadas —refunfuñó entre dientes.

Una sola mirada, y el semblante del otro se tiñó de puro terror. A

Shogo lo reconfortó pensar que, a pesar de lo histérico que estaba, no había perdido su capacidad de provocar pavor en los hombres. El empleado alzó las dos manos y dio un paso para atrás.

—Diviértase. —Le entregó la tarjeta magnética y lo dejó solo en el pasillo.

Inmóvil frente a la puerta, Shogo no tenía fortaleza para abrirla, aunque había pasado las últimas dos semanas pensando en aquel muchacho. Lo había visto bailando con su abanico en un video de la marquesina del teatro, una noche mientras pasaba por la avenida con su motocicleta, y la delicadeza de sus movimientos y lo níveo de su rostro se apoderaron de su cordura. Después, ya solo en las barracas, el recuerdo de esa belleza creció en su mente como la hiedra venenosa, y pronto Shogo no pudo pensar en otra cosa. Trató de olvidarlo haciendo lo que siempre hacía cuando quería olvidar algo: concentrarse en su deber, en las tareas del clan Kigomiya. No solo no lo olvidó, la tentación lo había derrotado. Por eso esa noche lluviosa condujo su motocicleta hasta la casa de té, batallando con el nudo que tenía en el estómago. Y allí estaba, de pie frente a la puerta de ese chico y con el corazón a punto de explotar.

Se quitó las sandalias de madera, las alineó con prolijidad contra la pared y deslizó la tarjeta por la ranura de la puerta. Un pitido le anunció que podía entrar, y en la pequeña pantalla se inició la cuenta regresiva de sesenta minutos, en fluorescentes números verdes. Shogo contuvo el aliento al cruzar el umbral.

Dio pasitos cautelosos dentro de la habitación, y se sintió penetrando en otro universo, uno donde el aroma a almendros y rosas lo envolvía junto a la suave tonada de una flauta que brotaba de un dispositivo musical. Las luces eran tenues, y haces plateados resplandecían en la madera pulida del suelo. Un gran ventanal dejaba a la vista la noche de Nuevo Edo, y el eterno parpadeo dorado de los rascacielos enmarcaba la figura del muchacho sentado en el piso. Shogo lo vio extender el brazo y encender la linterna de papel con una elegancia fascinante, mientras sostenía la amplia manga de su kimono con la otra mano. Una luz rosada iluminó sus rasgos andróginos, y por un segundo Shogo se perdió en el perfil de esos labios de pimpollo y

en la gruesa hilera azabache de las pestañas. El muchacho alzó la vista. Cuando sus miradas se encontraron, Shogo se detuvo como si una flecha le hubiera atravesado el esternón.

—Buenas noches, señor. —El kagema depositó sus dos pálidas manos en el suelo y le ofreció una solemne reverencia. Los pliegues de su ropa lo hicieron ver como un crisantemo floreciendo. Alzó la cabeza de nuevo y lo miró—. Será mi honor servirlo, señor.

Petrificado, Shogo sentía que su corazón iba a explotarle del pecho. Buscó refugio en los ojos almendrados del otro, delineados con un sutil toque de marrón oscuro. El kagema le sonrió sin mostrar los dientes, y Shogo estudió la exquisita curva ascendente en su arco de Cupido. El labio inferior era más generoso que el de arriba, coronado con un destello perlado.

—¿Primera vez? —Buscó un abanico de entre las mangas de su kimono y lo abrió para apantallarse. Era el mismo abanico blanco con lavandas pintadas.

—Sí… bueno, no. —Shogo dio un paso al frente—. Bueno, sí… primera vez con un hombre.

—Yo no soy un hombre. —El kagema soltó una risita encantadora —. No esté nervioso, por favor. Voy a cuidarlo muy bien, señor. —Alzó ambas manos y se desató el pañuelo morado que le cubría la frente. Sus dedos se movían en una danza preciosa. Shogo no podía dejar de admirarlo. No tenía la frente afeitada de los hombres adultos, usaba el seductor flequillo de los wakashu; y sin el pañuelo, los caóticos mechones azabache le enmarcaron la frente y las mejillas. Con el cabello suelto era todavía más arrebatador—. ¿Le gustaría una taza de té?

Aceptó, y contempló la agilidad con la que el otro flexionaba las rodillas para levantarse en un solo movimiento y girar. Vestía un furisode[6] tan juvenil como su peinado, con las mangas muy largas que le rozaban las rodillas. En la tela de un púrpura profundo contrastaban rosas y capullos de cerezo. Y un obi simple le rodeaba la cintura con cordones celestes. El borde turquesa de la prenda dejaba ver una deliciosa porción de carne en la base del cuello, Shogo sintió que su sangre hervía. No era muy alto, y la cortina de seda negra que

era su cabello se arrastraba por el lustroso piso de roble; una cinta de raso morado lo sujetaba al nivel de la cintura, sin apretar demasiado. Los pies pálidos y pequeños caminaban casi sin tocar el suelo, y Shogo pensó que eran bonitos. El kagema se sentó frente a una pequeña mesa laqueada en negro, y con un gesto de su palma lo invitó a sentarse a su lado. Shogo obedeció. Desató de su hakama la katana y el wakizashi, y los depositó en el suelo. Notó que junto a la mesa había un cuadrado de tierra desde donde se alzaba el tronco de un almendro joven. Claramente es artificial, pensó Shogo, igual que los peces koi. Igual que aquel muchachito. Sin embargo, sintético y todo, era capaz de seducir con el delicioso aroma de sus pétalos blancos. Estaba pensando en ello cuando el kagema habló.

—¿Cuál es su nombre, señor? —Giró una de las tacitas con esa elegancia hechicera de sus dedos.

—Okuma —tartamudeó, tratando de recordar cómo hablar—. Okuma Shogo.

—Con el primer nombre está bien —soltó otra de esas encantadoras risitas, mientras preparaba las hebras en una tetera pintada con patos y margaritas—. ¿Sabe? Tengo muchos clientes samurái, pero usted es el primer samurái humano que conozco. Creí que todos eran sintéticos. —Las sílabas escapaban de su boca con una naturalidad que lo hacía humano, y además denotaba que había sido educado en el arte de la conversación.

—Hay unos pocos humanos —respondió Shogo—, para tareas especiales. Mi clan emplea tanto sintéticos como hombres.

—Entonces, eso significa que sus habilidades son muy valiosas. Su señor debe estar muy orgulloso de usted. —Durante unos instantes, Shogo solo escuchó el revolver de la cuchara contra la porcelana. Con el rabillo del ojo, el Kagema observó el crisantemo rojo que él llevaba bordado en la chaqueta blanca—. ¿Ese es el emblema de su clan?

—Así es. El clan Kigomiya.

—Debe ser un clan muy prestigioso, usted es un samurái muy impresionante y viril. —El Kagema alzó uno de sus hombros en forma coqueta, y Shogo sintió que estaba actuando. Después de todo, para eso lo habían programado, para decir lo que los clientes deseaban

escuchar—. Me gustan los crisantemos. ¿A usted no? Aunque mis favoritos son los almendros. —El muchacho le entregó la taza, y sus miradas se engarzaron una vez más—. Mi nombre es Haruki.

—Haruki. —El nombre rodó por la garganta de Shogo como caramelo líquido. Le recordaba la primavera, a una primavera que quizás nunca había existido.

Bebió, y el sabor amargo del té no sirvió para tranquilizarlo. Admiró la parsimonia con la que Haruki llevaba la porcelana a sus labios antes de beber: no podía creer que no fuera humano.

—Entonces, señor. —Haruki terminó de beber y dejó la tacita sobre la mesa—. ¿Qué quiere hacerme?

El samurái escupió el té.

Haruki no paraba de reír mientras se abanicaba.

—N-no… no lo sé —Shogo buscó una servilleta y, con movimientos rápidos y torpes, limpió la mesa—. ¿Qué puedes hacer?

—Todo lo que imagine.

Shogo sintió que la sangre había dejado de circular en su cabeza, provocándole un leve mareo.

—Y-yo… no… —Una punzada violenta lo atacó entre las piernas. Tuvo el impulso de tocarse bajo los pliegues de la hakama, pero la vergüenza lo detuvo y se encontró a sí mismo arañándose los muslos por encima de la tela gris—. No estoy seguro.

—Pobrecillo, parece que está sufriendo. —Los ojos de Haruki destellaron con una sabrosa maldad.

Por instinto, los de Shogo buscaron la salida. Esto ha sido una mala idea, estaba a punto de decir, cuando Haruki habló.

—Tal vez esto lo ayude a decidir.

El samurái volteó de nuevo: Haruki ya se desataba el obi. La agilidad con la que deshizo los nudos le quitó a Shogo el aliento. Arrojó el grueso cinturón con desdén, y se precipitó a desatarse el lazo en el lado izquierdo. Shogo no podía alejar su mirada. Otro movimiento amplio, y un atisbo de su pálido pecho quedó a la vista. Haruki desanudó el segundo lazo, del lado interno de la prenda, y se puso de pie. Le dio la espalda, en un giro como si estuviera danzando, y dejó caer el kimono tan solo para volver a sujetarlo segundos

después, dejando a la vista nada más que sus hombros desnudos. Le dedicó una sonrisa malvada al samurái, mirando por encima de su hombro. Y dejó caer el kimono.

Shogo se dio cuenta de lo ingenuo que había sido por esperar que el kagema usara ropa interior. Ante la curva perfecta de la espalda, dejó escapar un suspiro quedo. Quiso deslizar las yemas por la espina, pero permaneció inmóvil mientras Haruki volvía a girar sobre sus talones como una muñeca de caja musical.

Lo único de su cara que delataba que era un varón era la curva de la nuez en su cuello, que subía y bajaba de tanto en tanto. Haruki volvió a sentarse en el suelo, y se dejó caer con languidez en los almohadones que rodeaban la mesita.

—Bueno —suspiró—, ¿alguna idea?

Shogo lo vio extender el brazo para buscar el abanico, y luego apantallarse con placidez acostado de espaldas. A Shogo la erección le palpitaba tan fuerte que rozaba en el dolor, un dolor exquisito, pero se tomó su tiempo para deslizar su vista por toda la piel de Haruki. El rostro andrógino yacía de lado sobre una caótica corona de cabello negro que se desplegaba por el suelo, oculto a medias por el abanico de lavandas. Era curioso verlo cubrirse la cara así cuando tenía todo su cuerpo desnudo. Shogo admiró el torso de alabastro, y los dos pequeños pezones nacarados que se alzaban con un escalofrío. La idea de morderlos y oír gritar a Haruki le cruzó por la mente. Su mirada continuó descendiendo, paseando por el estómago suave y pálido, y aventurándose debajo del ombligo. Allí la piel era más fina y se traslucían unas venas azuladas, hasta que irrumpía la mata negra de vello. De allí brotaba un miembro que comenzaba a ganar dureza, tan sonrojado como el esternón, las mejillas y los labios de Haruki.

Shogo apenas podía soportarlo.

—¿Todavía está aquí? —El susurro de Haruki rompió el silencio. Le hablaba sin dejar de mirar el techo, sin dejar de abanicarse con placidez.

—Sí… ehm —Shogo sacudió la cabeza—. Solo estaba admirando tu cuerpo. —Tosió y habló en un tono todavía más bajo—. Eres lindo.

Haruki alzó la cara para dedicarle otra sonrisa malvada, semioculta

por el abanico.

—¿Nada más que lindo?

Eres hermoso, intolerablemente hermoso, tanto que temo volverme loco, quiso responder, pero en su lugar solo tragó saliva y asintió.

Otro silencio tortuoso, apenas quebrado por la música de la flauta que seguía sonando desde algún dispositivo en la habitación.

—Ya pasó media hora —dijo Haruki, casi un lamento, que Shogo asumió que era fingido—. No quisiera que desperdicie el dinero de su estipendio.

Shogo recordó qué lo había impulsado a romper las reglas del clan Kigomiya y visitar esa casa de té. Y lo dijo.

—La primera vez que te vi, fue en un video de la marquesina. Estabas bailando y cantando una canción sobre peonias en flor. —Haruki asintió, y él cobró fuerzas para hacer su pedido—. ¿Podrías cantarla de nuevo, solo para mí?

—¿Quiere que cante y baile?

—Si no es molestia.

Haruki soltó otra risa melodiosa.

—No es lo más extraño que me han pedido. —Se sentó y estiró los dedos hacia el kimono arrugado en el suelo—. ¿Me vuelvo a vestir?

Shogo negó con la cabeza, y sintió el ardor subir por su rostro. Haruki se mordió el labio inferior con una sonrisa cómplice y se puso de pie.

Tocó la pared y la música se detuvo, antes de cambiar a otra canción.

—Usaré este abanico —dijo, desplegándolo de manera que solo se viera su ojo derecho—. Es mi favorito.

La danza comenzó, por momentos la figura de Haruki se teñía de oscuridad, y a veces los destellos de los rascacielos revelaban asomos de su piel sedosa, iluminándola de verde y magenta. A Shogo lo hipnotizaron los movimientos elegantes de sus piernas, cómo la luz acariciaba la cremosa piel de los muslos y la delicadeza de los pies y las manos.

Cuando las peonias están en flor, mi amante viene a mí, pero cuando el invierno las cubre, él me abandona. ¿Acaso regresará?

El kagema cantaba a la vez que batía su abanico, cubriendo y revelando el perfil de su rostro. Las manos sostenían ese abanico con una ternura conmovedora, a veces lo lanzaba en el aire para volver a sujetarlo con maestría. Su cuerpo pálido resplandecía como una luciérnaga en la oscuridad, y Shogo se sintió pequeño e indefenso frente a tanta belleza.

Haruki giraba y giraba sobre sus livianos talones, los ojos entrecerrados mientras él entonaba su canción, y los labios formando una preciosa rosa antes de florecer.

Tratando de que el otro no lo viera, Shogo deslizó la mano entre sus piernas y comprobó lo duro que estaba. El simple contacto de sus propios dedos lo hizo estremecer. Haruki continuaba cantando, desnudo bajo el almendro y las luces de neón, y Shogo se desanudó el lazo de la hakama con manos urgentes. Envolvió su miembro con fuerza, y el calor de su palma lo sobresaltó, desacostumbrado al tacto. Sin dejar de cantar, Haruki le dedicó una sonrisa, y aquello solo desbocó el fuego. Shogo comenzó a subir y bajar su mano, avergonzado y sin poder contenerse. Las palpitaciones aumentaron, y se vio obligado a cerrar los ojos. La cabeza liviana y dándole vueltas mientras su mano se tornaba más rápida y violenta. Haruki cantaba y la voz dulce retumbaba dentro de su mente. Con el corazón a punto de reventar contra sus costillas y el brazo temblándole, Shogo sintió el anuncio del orgasmo palpitando. En contra de su voluntad despidió un gemido, y se dejó caer en los almohadones del suelo en posición fetal. Solo le tomó unas rabiosas sacudidas más llegar a su clímax, en el mismo instante en el cual Haruki terminaba su canción. Y durante unos breves segundos todo fue alivio y calma. Un gemido agónico escapó de sus labios, casi un lamento. Y el placer reverberó con fuerza entre las cavernas de su miembro, irradiando calor a cada uno de sus músculos, hasta el último.

Con ojos entreabiertos recuperó el aliento, poco a poco, regresando a la realidad. En ese silencio Shogo se sintió sucio y culpable. Su frente y sus sienes estaban empapadas por el sudor; y su mano, caliente y húmeda por su propia descarga. Cuando tuvo valor para separar los párpados, vio a Haruki acostado junto a él, descansando la

cabeza en su propio hombro y sonriéndole.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó con una compasión entre sincera y divertida—. Parece que estaba conteniéndose hace mucho.

Shogo no respondió, se apuró a incorporarse y buscar una servilleta. Se limpió las manos y el miembro, repugnado de sí mismo.

—Bueno…. —dijo. Se anudó la hakama, y al ponerse de pie sintió un leve mareo—. G-gracias.

—Para servirlo. —Haruki le guiñó el ojo.

—Adiós. —Shogo hizo una reverencia, y se abochornó de lo ridículo que debía de parecer haciendo eso.

Pasada la calma inicial, su cuerpo se tensó de nuevo, instándolo de todas las maneras posibles a huir. Con el corazón a punto de explotar, se encaminó a la salida, las rodillas temblorosas y las palmas sudadas. En el contador junto a la puerta corrediza, todavía faltaban quince minutos, pero él salió sin mirar atrás.

Llegando a las escaleras oyó que Haruki lo llamaba. Al voltear, lo vio de pie en el umbral, abrazando la katana y el wakizashi contra su cuerpo desnudo, como un niño abrazaría a un oso de peluche.

—Mi señor —le dijo en fingido tono inocente—. Ha olvidado sus espadas.

—Gracias —dijo, sin poder evitar pasear la mirada por la carne pálida de Haruki, una última vez. Se anudó las armas a la cintura y giró hacia la salida.

—Hasta la próxima —se despidió Haruki con una risita.

No habrá próxima, pensó Shogo mientras descendía las escaleras a toda velocidad. Sin embargo, en menos de una semana estaría pagándole otra visita al kagema.

CAPÍTULO DOS

Aquella mañana la fortaleza Kigomiya se encontraba invadida por el aroma de los limoneros. Shogo se despertó en las barracas con los músculos algo doloridos. Aunque había transcurrido casi una semana, no podía quitarse a Haruki de la cabeza. Se lavó la cara y se peinó el cabello negro en el prolijo moño alto sobre su cabeza, luego se vistió prestando especial cuidado a la prolijidad de su uniforme.

Una hora después, todos los samuráis al servicio del clan Kigomiya formaban en el salón principal. Tanto sintéticos como humanos aguardaban sentados sobre sus rodillas el anuncio del daimyo[7]. Acorde a su rango, Shogo se había sentado a la cabeza de una fila, dejando sus espadas descansar a un lado. Contempló a los samuráis sintéticos bajo su comando: con sus coletas negras, las chaquetas azules y los rostros impasibles. A simple vista no había diferencia entre ellos y los muchachos humanos, por un segundo eso volvió a aterrar a Shogo, como la primera vez. Mientras esperaba el anuncio, sus ojos vagaron hacia las otras filas. Yamataka Gennai estaba a cargo de la primera guarnición, el desprecio sobre sus labios delgados delataba que era humano igual que él.

Cuando llegó la hora pactada, un sonido agudo vibró en el dispositivo sobre el altar de roble pulido. Yamataka se incorporó con solemnidad y presionó la pantalla. Un holograma se desplegó, mostrando la figura del daimyo Kigomiya, envuelta en una luz azulada.

—Saluden a nuestro señor —Shogo dio la orden, y todos los samuráis le dedicaron al señor una profusa reverencia al unísono. Incluido él.

Cuando volvió a alzar la mirada encontró la expresión de satisfacción en el rostro del señor Kigomiya. Era un ser humano ya entrado en años, con el cabello y la barba grises. Vestía el color púrpura digno de los cargos altos y la chaqueta de amplias hombreras con los crisantemos rojos de su clan bordados en el pecho.

—Supongo —anunció el jerarca con voz apesadumbrada— que

todos ustedes ya han oído lo que ha ocurrido con el señor del clan Ayakawa.

Shogo tragó saliva y recordó: el daimyo del clan Ayakawa se había suicidado la semana anterior, seguido por todos los samuráis a su servicio. El distrito a su cargo, Yoshiwara, era demasiado complicado de controlar, plagado de yakuzas y mercaderes renuentes a seguir la ley. A diferencia de Kigomiya, Ayakawa era artificial, y cuando sus samuráis eran incapaces de cumplir el deber para el que habían sido programados, se activaba un mecanismo que los obligaba a practicarse el seppuku[8]. El fracaso de Ayakawa al intentar ordenar el caótico Yoshiwara lo llevó a terminar con su propia vida, para saldar su vergüenza. Durante un momento Shogo se preguntó si el resultado hubiera sido el mismo si Ayakawa hubiera sido humano, si un hombre hubiera renunciado a su propia existencia con tanta celeridad.

—El distrito de Yoshiwara —continuó hablando el daimyo en el holograma— ahora queda bajo el mando del clan Hazuemon. Pero no será fácil. Hazuemon ha sido mi amigo desde hace bastantes años, aun hoy sigue siéndolo, y me ha confesado que se siente honrado por el gran favor que le han otorgado, pero que también teme no estar a la altura de tal responsabilidad. Además, se encuentra escaso de hombres, por lo tanto, me ha pedido que le preste algún servidor digno de la situación.

Con el rabillo del ojo, Shogo vio cómo el pecho de Yamataka se inflaba, anticipando el ascenso.

—Okuma Shogo —lo llamó el señor Kigomiya, y el corazón de Shogo dio un vuelco—. Te he recomendado a ti. El señor Hazuemon es de mi entera confianza, y no se me ocurre alguien mejor que tú. Tu estipendio anual aumentará a cinco mil millones, además de que tendrás una casa en las afueras de Shinjiku.

Una ola fría de pánico recorrió a Shogo, desde su nuca hasta la punta de sus pies. Tomó una bocanada de aire y volvió a inclinar su cabeza en una reverencia.

—Mi señor, agradezco el honor que deposita en mí —dijo sin despegar la frente del suelo de madera—, pero… debo negarme.

—¿Por qué?

Shogo se incorporó con lentitud, su corazón todavía acelerado.

—Un samurái solo sirve a un amo —sentenció, descansando sus palmas en sus muslos—. Sería deshonroso cambiarme de clan por algo tan superficial como el dinero, o tan vanidoso como el renombre. —Terminó de hablar sin aliento.

El silencio inundó el salón, hasta que el señor Kigomiya soltó una risita profunda.

—Sabía que dirías eso —suspiró—, por eso la oferta solo puede ser para ti. Dicen que un samurái debe tomar una decisión en lo que duran siete respiraciones, pero yo te daré un poco más, por tantos años de lealtad. Tienes hasta pasado mañana para responderme.

Dicho esto, el holograma se volvió a replegar dentro del dispositivo, y todos los samuráis se volvieron a inclinar para despedir a su señor.

***

Ya era cerca del atardecer cuando Shogo supervisaba la práctica de arquería en el patio principal. Los sintéticos a su cargo tensaban los arcos con maestría, y un suave viento ondeaba sus colas de caballo negras y los pliegues grises de sus hakamas. A unos largos metros de distancia, unos muñecos de paja esperaban la lluvia de flechas.

Él dio la orden, y cada disparo fue certero, atravesando donde un humano tendría el corazón o las cuencas oculares. Después de todo, los samuráis manufacturados para el clan Kigomiya pasaban hasta las inspecciones de calidad más exigentes.

Pronto el patio estuvo vacío, y Shogo languideció recogiendo las flechas del suelo de piedra. Más allá, algunos samuráis guardaban los caballos artificiales en los establos, mientras otros trabajaban en sus motocicletas. Algunos perfeccionaban sus habilidades con la katana en improvisados duelos.

Shogo estaba solo con sus pensamientos, y eso nunca era algo bueno.

—No entiendo la necesidad de hacerlos practicar tanto —la voz de Yamataka Gennai lo arrancó de su ensimismamiento—. Son sintéticos: el perfecto samurái. Y nunca van a fallar.

—A veces fallan —suspiró Shogo, y arrancó una flecha de uno de

los muñecos de paja—. Cuando ya no pueden seguir el bushido con el que los han programado, se activa el algoritmo para que cometan seppuku, ya has visto lo que ocurrió con Ayakawa.

—Ah, sí. Pero también están los *deshonrados.* —Yamataka soltó una risita burlona y se acercó todavía más—. Samuráis cuyo algoritmo falla pero que se han apegado tanto a su existencia que no pueden cometer seppuku, y se convierten en salvajes ciborgs ronin deambulando las calles de Nuevo Edo. Todos hemos oído una historia así, ¿no es cierto, Shogo?

—Leyendas urbanas. —Shogo le hizo una leve reverencia—. Cuando un sintético falla, se lo desactiva al instante. La práctica es necesaria para fijar los conocimientos. Sean humanos o no, aprenden por repetición.

Vio a Yamataka pasearse por el patio con esa sardónica sonrisa, que tanto le conocían, en sus labios delgados.

—De todas maneras, ya es el Siglo veintidós, las guerras no se pelean en el campo de batalla. Para qué necesitamos un ejército de samuráis, si la policía y los gobernadores pueden ocuparse de los distritos.

—Para mantener las formas —respondió Shogo en tono calmo, sosteniéndole la mirada a Yamataka—. Los samuráis representan los valores de Japón. No es necesario que peleen, solo que existan. Nuestro deber es alimentar el mito.

—A ti te importan mucho las formas —murmuró Yamataka—. Tal vez por eso eres el favorito de daimyo y puedes darte el lujo de decirle que no. —Soltó una carcajada ácida—. Nunca conocí a alguien que rechazara esa cantidad de dinero más una casa propia. ¿Seguro eres humano? Tal vez eres sintético y nunca lo supiste.

—Es deshonroso cambiar de amo —respondió Shogo en tono seco, ignorando la burla de Yamataka.

—Claro, el honor. —Yamataka chasqueó la lengua y sonrió de costado—. Tú sí que eres el samurái perfecto, Okuma. Eres el ideal al que todos nosotros apuntamos, y al que jamás podremos alcanzar.

A pesar de ser un halago, esas palabras le dolieron a Shogo. Apretó los dientes y desvió la vista. Permaneció así hasta que Yamataka lo



dejó solo en el patio cubierto por el anochecer.

CAPÍTULO TRES

—Sabía que regresaría, señor. —Haruki se llevó la taza de porcelana a los labios con un movimiento tan lento como seductor. Sus gruesas pestañas se batieron al mirarlo.

Shogo también bebió, con la esperanza de disipar la vergüenza. Había vuelto a romper la promesa que se había hecho a sí mismo. Después de varias noches de insomnio en las barracas de la fortaleza Kigomiya, de despertarse agitado y cubierto de sudor con el nombre del kagema en la garganta, se vio obligado a concertar una segunda cita en la casa de té. Otra vez había conducido su motocicleta por las ajetreadas calles del barrio rojo, abriéndose paso entre las geishas artificiales, los palanquines y los automóviles. Las parpadeantes luces de los rascacielos nunca cesaban, y él mantenía el rostro oculto bajo el casco con la luna llena en la frente.

El mismo hombre regordete de la recepción le dio la bienvenida con una sonrisa socarrona, y le descontó otros veinticinco millones de su estipendio antes de guiarlo escaleras arriba.

Y ahora Shogo no soportaba mirar el rostro de Haruki sentado bajo el almendro artificial luciendo tan hermoso como siempre. El samurái apartó la vista hacia un rincón, y encontró apiladas con descuido varias cajas que en algún momento habían estado atadas con lazos. Pudo divisar pliegues de satén y seda en el interior de algunas, así como envoltorios de bombones y frascos de perfume.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso.

—Oh, ¿eso? —Haruki volteó el cuello con desdén—. Son regalos de mis tantos admiradores.

—¿Además de pagarte te hacen regalos? —De pronto Shogo sintió una punzada por visitarlo (ya dos veces) con las manos vacías. Aquel submundo poseía una serie de reglas que él desconocía, y eso lo hacía sentirse todavía más torpe.

—Nadie me paga. —Se encogió de hombros—. Yo no veo un centavo de lo que recibe la casa de té. De todas maneras, no soy humano. No necesito dinero para subsistir. —Haruki sonrió antes de

servirle más té—. Yo no pido nada, ellos tan solo me colman de regalos.

—A mí también me han ofrecido un regalo ayer. —Shogo se quedó pensativo unos instantes. —Ha sido mi señor. No lo acepté.

—¿Por qué no?

—No lo merecía.

—Entonces su señor no se lo hubiera ofrecido. —Haruki notó que su taza estaba vacía y le sirvió más—. Tal vez nuestros trabajos no sean tan diferentes después de todo. —Shogo pensó que el kagema acababa de decir una gran verdad—. De todas maneras, confieso que me gusta el sabor del chocolate, aunque no necesito alimento. Lo que más me gusta recibir son cartas de amor. No hay nada como leer la apasionada carta de un amante, y después tirarla a la basura.

—Eres cruel —murmuró Shogo.

—Debo serlo. —Haruki se abanicó con la pantalla de lavandas—. Crueldad y belleza siempre vienen juntas.

El samurái admiró al chico sentado junto a él a la mesa de té. Deleitó sus ojos por la curva de su cuello pálido y los atisbos de carne que se podían apreciar por entre las solapas del kimono morado. Los pequeños pies blancos asomaban de entre los faldones, descansando con placidez en el suelo de madera, peligrosamente cerca de su rodilla. Su vista volvió a subir hasta el rostro varonil y aniñado, que le devolvía la mirada con dos profundos ojos negros y húmedos, tan húmedos como los labios nacarados. El flequillo le caía desordenado a ambos lados de la frente, enredándose caprichosamente en las pestañas. Y la sonrisa de Haruki fue tan amplia que las rodillas de Shogo temblaron. Pero en ese momento también reparó en que las mejillas de Haruki estaban sonrojadas, de un irresistible tono rosado, y en que una suave capa de sudor acariciaba su nuez.

—Atendiste a otro cliente antes que a mí. —Shogo pensó en voz alta.

Le pareció que había desarmado a Haruki durante un segundo. Pero pronto el kagema volvió a sonreír.

—Sí —confesó mientras cogía la tetera con dedos delicados y servía más té—. Y atenderé a otro después de que usted se vaya. —Clavó sus

ojos en Shogo—. Mi señor, ¿saberlo lo pone celoso o lo excita?

—Ninguna de las dos —sentenció antes de beber—. No me hace sentir nada.

—Los humanos mienten muy mal. —Una risita tintineante, y Haruki se abanicó con más ímpetu, los largos mechones azabache de su cabello se ondearon como peonias al viento.

Esa provocación de Haruki despertó un incendio en el pecho de Shogo, y sintió unos deseos rabiosos de vengarse.

—Con tu cliente, ¿has tenido un orgasmo?

Haruki cesó de abanicarse y contuvo el aliento, sin separar sus ojos de los de Shogo. Era la primera vez que Shogo lo veía tan serio.

—¿Qué quiere oír, mi señor?

—La verdad.

—Ningún hombre viene aquí por la verdad. —Volvió a reír.

—Yo sí —aseveró, y guio sus manos hacia el obi del otro.

Intentó con torpeza desatarle el nudo que llevaba al frente, no tenía idea de cómo hacerlo. Su respiración se agitó y sus dedos se enredaron en los cordones turquesa. Haruki acudió al rescate con sus dedos delicados.

—Dijo usted que había estado con mujeres, pero mi señor no sabe desatar un obi —se mofó Haruki, desatando los cordones y apartando el cinturón a un lado.

Shogo refunfuñó y, cuando Haruki se abrió el kimono y reveló su piel desnuda resplandeciendo bajo los reflejos de neón que se filtraban por el ventanal, soltó un suspiro quedo. El chico se dejó caer de espaldas, la blancura de su torso y sus muslos enmarcados por los caprichosos pliegues morados de su kimono. Con los párpados y labios entrecerrados se rendía a la mirada de Shogo, y de tanto en tanto suspiraba como si pudiera sentir sus ojos sobre la piel. El samurái se inclinó un poco hacia adelante para disfrutarlo mejor, y sintió su corazón golpear fuerte contra sus costillas al admirar tanta belleza etérea. La forma en que el pecho subía y bajaba con lentitud al respirar lo estaba hipnotizando, y sintió las molestas punzadas creciendo entre sus piernas, envueltas en un calor insoportable. Shogo siguió estudiando al kagema en silencio, perdiéndose en la cremosidad

de sus muslos, desesperado por deslizar las yemas sobre ellos. Observándolo más de cerca, encontró el rubor de ese encantador tono rosado desparramado en el esternón y debajo del ombligo. Shogo se acercó todavía más, y notó que la piel de Haruki se cubría de escalofríos, los hermosos vellos negros erizándose entre suspiros.

—Mi señor —dijo a modo de súplica—, dígame qué quiere.

El miedo se anudó más fuerte en su garganta: no encontraba la respuesta a esa pregunta. Todavía no comprendía qué lo había arrastrado de nuevo a aquella casa de té, en contra de todos los valores que un samurái debía honrar. Pero allí estaba, absorbiendo la majestuosa desnudez de Haruki y sintiendo que iba a perder la cordura en el próximo segundo.

—No lo sé… —murmuró—. Podría pasar toda la hora mirándote.

—Eso sería aburrido —rio.

—No para mí.

Ante la risa de Haruki, Shogo sintió su dureza, una necesidad primitiva de poseer al chico. Pero aun así se contuvo, no lo tocaría, no por ahora, y continuó sus caricias usando nada más que sus ojos. Durante unos largos momentos, lo único que llenó la habitación fue la lenta respiración de Haruki.

—¿Disfrutas tener sexo con humanos? —Shogo rompió el silencio.

—Es mi trabajo —respondió en tono monótono—, es para lo que me crearon. Me programaron para hacerlos disfrutar a ustedes, no al revés.

—Sí, pero… antes dijiste que, aunque no necesitas alimentarte para vivir, te gustaba el chocolate. Y la primera vez que estuve aquí, me dijiste que los almendros son tu flor favorita.

Sin decir una palabra, Haruki le buscó la mirada una vez más. Shogo se perdió en el abismo de esos ojos tan negros y tan humanos. Se forzó a recordarse que el chico no era más que un sintético.

—Otra vez —sonrió el kagema— mi señor ha dejado pasar media hora hablando.

—Tengo un pedido. —Shogo se aclaró la garganta, abochornado por sus próximas palabras—. ¿Podrías… podrías hacer lo mismo que hice yo la vez anterior?

—¿Mi señor quiere mirar cómo me masturbo?

Nervioso, Shogo asintió, y en secreto agradeció que el chico no usara un lenguaje más grosero. Vio que una sonrisa algo malvada despertaba en los labios húmedos de Haruki, y que envolvía con delicadeza su propio miembro entre los dedos. Mantuvo un ritmo lánguido y perezoso hasta endurecerse.

—¿Así? —ronroneó Haruki, sin interrumpirse—. ¿O quiere que use algo?

—¿Usar qué?

El kagema se detuvo y se incorporó apenas. Abrió una puerta en la pared, y la inmensa variedad de artefactos sexuales hizo que Shogo apartara la vista.

—Por favor —ofreció Haruki—, elija uno.

—Elige tú —respondió sin mirar. El miembro le ardía de frustración. Y cuando tuvo el coraje de volver a mirar, Haruki sostenía en la mano derecha un falo de cristal, donde varias esferas se apilaban de menor a mayor grosor.

—Este es mi favorito —le guiñó el ojo y acarició el juguete con dedos soeces y afectuosos.

Con una mezcla de fascinación y sufrimiento, Shogo observó cómo se preparaba Haruki. La anticipación le provocaba dolor entre las piernas, un dolor cada vez más insoportable, pero Shogo se olvidó de sí mismo y se volcó por completo al espectáculo del chico abriendo las piernas delante de él y enterrándose despacio en aquel juguete de cristal. Un sonido que escapó de la garganta de Haruki le despertó un relámpago en la espina dorsal.

—Ojalá fuera Shogo-san dentro de mí —se quejó Haruki, y abrió solo un ojo para mirarlo—. Aunque mi intuición me dice que mi señor disfruta el sufrimiento.

Shogo se encontró jadeando, esforzándose por no pestañar, no quería perderse ni un instante de ese espectáculo. Haruki, los brazos arqueados detrás de su espalda, sostenía el peso de su cuerpo en la planta de sus pies y en las palmas de sus manos, y usaba sus caderas para subir y bajar, hundiéndose cada vez con más ahínco en aquel juguete adherido al piso. Los gemidos marearon a Shogo.

—No finjas —lo regañó el samurái—. Me daré cuenta.

—Oh, jamás se daría cuenta —Haruki se mordió los labios, como descubierto en plena travesura, y continuó moviéndose. Los gemidos escandalosos fueron reemplazados por el silencio, apenas perforado de tanto en tanto por un grave y profundo suspiro. Y aunque más sutil, ese sonido fue mil veces más poderoso, cada vez.

—¿Te gusta? —preguntó Shogo, apenas capaz de respirar.

Haruki sonrió mostrando los dientes y asintió, sin abrir los párpados ni detener sus briosos movimientos.

—¿Quiere saber algo? —dijo entrecortado—. Desde que me dijeron que vendría a visitarme, no he dejado de pensar en mi señor. No sé por qué. Antes me preguntó si había tenido un orgasmo con mi cliente anterior, y sí, lo hice. No es algo común, ocurrió porque yo no dejaba de imaginar que era mi señor quien estaba dentro de mí. —Las últimas palabras salieron con dificultad, como si sufriera al pronunciarlas. Con un movimiento súbito y violento, el artefacto estuvo enterrado en toda su totalidad, y el chico echó la cabeza hacia atrás para liberar un lamento agudo y pornográfico.

Te está mintiendo, se dijo Shogo, te está diciendo exactamente lo que tú quieres oír. Ese es su trabajo, para eso lo programaron. Pero, aun así, él no podía apartar la vista del kagema abusando de sí mismo, del encantador círculo que formaban sus labios al gemir su “mi señor”, y de cómo su nívea piel se sonrojaba por el placer. Haruki envolvió su miembro con la mano derecha, castigándolo al mismo tiempo que el artefacto de cristal desaparecía en su interior. Cada movimiento y cada sonido poseían algo animalístico y genuino, algo que le hacía creer a Shogo que Haruki realmente estaba gozando.

—Mi señor —suplicó el kagema con un hilo de voz—, ¿puedo acabar? N-no puedo aguantar más.

Al samurái se le escapó una exhalación antes de asentir. Su miembro dolía ansioso, pero no le importaba, solo le importaba ver disfrutar al muchacho. Se olvidó de sí mismo mientras veía a Haruki eyacular entre lamentos deliciosos, sus fluidos empapándole el propio pecho y el estómago, los muslos le temblaban.

El silencio pronto ganó la habitación, y la felicidad se apoderó de

Shogo al ver a Haruki sonriente y satisfecho, tumbado entre la tela arrugada de su kimono morado.

—Eso fue divertido —Haruki respiraba agitado. Volteó la cara para mirarlo, sus mejillas estaban teñidas de un adorable carmín que lo hacía todavía más irresistible—. La próxima, si mi señor quiere, puedo usar dos.

A Shogo una agitación lo sacudió por dentro: había algo aterrador en ese muchacho.

—Me voy, ya es mi hora —dijo. Y al ponerse de pie, el dolor por su erección se intensificó todavía más.

—Quedan ocho minutos —lo corrigió Haruki después de voltear el cuello hacia el dispositivo en la pared—, y mi señor aún no se ha aliviado. —El kagema estiró el brazo para acariciarlo, pero Shogo lo evitó.

—No importa. Estoy bien. Gracias.

Hizo otra estúpida reverencia y caminó hacia la puerta. Oyó que Haruki le decía algo, pero no entendió bien qué. Lo único que le importaba a Shogo en ese momento era huir. Huir de la belleza de Haruki.

Una vez en la acera, se cubrió la cabeza con el casco y puso en marcha su motocicleta. Dejaba la casa de té atrás, y el semblante pacífico y feliz de Haruki no lo abandonaba. Shogo se odió a sí mismo cuando durante el primer semáforo rojo buscó el dispositivo móvil de su chaqueta y envió un mensaje al emisario de Kigomiya:

—Mi señor, ¿su oferta sigue en pie?

CAPÍTULO CUATRO

Vació su copa de sake de un solo sorbo y la apoyó en la mesa con un golpe. Shogo no estaba acostumbrado a beber, así que el ardor deslizándose por su garganta lo obligó a una exhalación. Aun así, cogió la botella y volvió a servirse.

—Cómo estás calentando el pico hoy —dijo Ichiro[9] sentado a su lado.

Shogo respondió con otro refunfuño y volvió a beber.

—Déjalo tranquilo. —Jiro regañó a su hermano a la vez que vaciaba otro jarro de sake—. No todos los días te ascienden y te mudas a una casa así.

Jiro alzó sus brazos en forma teatral y volcó algo de alcohol. Mientras su gemelo protestaba, Shogo echó un vistazo alrededor y pensó que su amigo estaba en lo cierto: la casa era impresionante. Con una longitud de doce tatamis en la planta baja y ocho en el segundo piso, la edificación se alzaba en las afueras del distrito Shinjiku como una cápsula del tiempo: los aleros de tejas negras y el portón de madera que separaba la acera del jardín no se habían modificado desde el periodo Edo, cuando todos los samuráis que servían al Emperador eran hombres de carne y hueso. Ahora el jardín que guiaba a la residencia, iluminado por una tenue linterna dorada y bordeado por verdes juncos y arbustos, contrastaba con la artificialidad de los rascacielos y las luces de neón de afuera. Sin embargo, Shogo había descubierto por casualidad el elemento más interesante de aquella casa, fue cuando percibió un sonido hueco bajo uno de los tablones de madera del piso de la sala. Deslizando las uñas entre las irregularidades de una tabla, logró levantarla con facilidad, y vio unos escalones que guiaban hacia un subsuelo. Allí debajo las paredes olían a moho y apenas entraba la luz, pero el samurái logró atravesar el túnel alumbrándose con la linterna de su dispositivo móvil. A cada paso que daba, corroboraba que se trataba de un pasadizo secreto, un recurso bastante común para los señores feudales del periodo Edo, como protección o escape de un asedio. Al finalizar el recorrido

encontró otra puerta, de dintel oxidado, que demandó de toda su fuerza. Al abrirla, se encontró en el estrecho callejón trasero de un teatro en Yoshiwara.

Shogo estaba por comentarles esa pequeña aventura a sus invitados, pero los gemelos seguían gritando sus desvaríos entre risas y sake, y pronto olvidó lo que iba a decir. Sus ojos se perdieron en un almendro que se alzaba en el patio, los pétalos blancos acariciando el cielo nocturno por encima de la línea del portón. Detuvo la copa de sake a milímetros de sus labios, y se dio cuenta de que aquel árbol no era sintético. Era lo que más amó de aquella casa.

—Realmente es una casa muy bonita —asintió con pereza Jiro, y dejó descansar el peso de su cuerpo en el codo sobre el piso de madera—, sin embargo, no pareces muy entusiasmado, Shogo-san.

—¿Acaso no lo conoces? —Ichiro chasqueó la lengua—. El dilema moral debe estar torturándolo ahora mismo. Imagínate: es deshonroso cambiar de amo, pero en este caso, el mismo amo le ha dado la orden. Y un samurái debe obedecer a su señor, siempre. Agradece que nuestro Shogo-san es humano, el algoritmo de un sintético no hubiera tolerado una encrucijada así. Lo hubieran desactivado al instante.

—O se hubiera convertido en un deshonrado como nosotros —se burló Jiro antes de beber más sake—. Los humanos son patéticos, y los humanos samuráis más aún.

Recién en ese momento Shogo volteó para mirar a Ichiro y Jiro [1]. En un intento de abaratar costos en la producción de sintéticos, los dos habían sido manufacturados a partir de la misma matriz, por eso sus rostros eran idénticos. Aunque el proyecto pronto demostró ser un fracaso, pues todos los artificiales de esa camada terminaron fallando. A Shogo le costaba diferenciar a sus amigos, especialmente cuando bebía de más. Si bien años atrás los dos habían cortado sus lazos con el clan Kigomiya, en un evento tan escandaloso como caótico y sangriento, todavía cargaban katanas y se peinaban con el tradicional moño alto de los samuráis. Pero desde que Ichiro, el mayor, se había teñido el cabello de azul era más fácil diferenciarlo de Jiro, que lo usaba de su color favorito: rosa pastel. Sus ropas también ayudaban a saber cuál era cuál: los dos vestían chaquetas aviadoras con pétalos de

cerezo bordados en las mangas, pero la de Ichiro era blanca con un enorme pez koi negro en la espalda, y la de Jiro negra con un pez rosado.

—Dicen que los gemelos traen mala suerte —suspiró Shogo—, y yo tengo dos en mi casa. ¿Qué están haciendo aquí?

—Somos tus amigos —respondieron al unísono—, vinimos a felicitarte.

—No son mis amigos —Shogo bebió más—, son dos moscardones molestos. Debería denunciar que tengo dos ronin proscriptos en mi residencia.

—Oh, no le harías eso a tus viejos aprendices. —Con una carcajada, Ichiro le palmeó la espalda. Shogo la sintió nauseosa—. Vamos, hay algo que te está molestando, no puedes escondérmelo. Nosotros leemos muy bien las reacciones emocionales de los humanos.

Shogo miró los ojos de Ichiro: uno era verde y el otro del mismo tono azul de su cabello. Jiro había salido al jardín para perseguir luciérnagas con su katana de filo magenta.

—Muy bien —resopló Shogo, casi arrepintiéndose antes de hablar —, pero lo que voy a decirles no puede salir de aquí. —Cuando Ichiro asintió, Shogo tomó otro respiro hondo para darse valor—. Yo… fui a una casa de té.

El chico de pelo azul aulló de júbilo y sorpresa, y su gemelo irrumpió en la sala como un huracán casi volteando la mesa. Shogo maldijo cuando salpicaron de sake su chaqueta.

—¿Por qué no nos dijiste antes? —aplaudió el de cabello rosa—. ¡Esto es mucho más divertido que hablar de política!

—Sí —festejó Ichiro—, ¿a cuál fuiste?

—A Pétalos de loto. —Shogo bebió más sake y deseó retroceder el tiempo para nunca haber abierto la boca.

—¡Nosotros fuimos ahí! —Ichiro miró a su hermano—. ¿Cómo se llamaba ese chico, con el que hicimos aquel trío?

—¿Takashi?

—No, no era Takashi… —Ichiro quedó pensativo—. Ese que era realmente flexible y sabía hacer eso con la lengua.

—No quiero escuchar esta conversación —protestó Shogo por lo

bajo, y fue ignorado.

—No recuerdo su nombre… usaba algo morado, un pañuelo.

—Todos usan pañuelo morado —dijo Shogo en tono monótono.

—¡Bueno! —se mofó Ichiro—, ya eres todo un conocedor. Nuestro senpai, el señorito *El deber ante todo,* frecuenta prostitutos. —Largó una carcajada que se asemejó al gruñir de un cerdo.

—Yo no frecuento prostitutos. —Shogo sintió el ardor subir por sus mejillas—. Fue solo una vez. Bueno, dos.

—¡Junji! —gritó Jiro.

—Cierto, era Junji —sonrió el hermano mayor, y volvió a mirar a Shogo—. Una noche salvaje… Tuvieron que reconstruir la baranda de madera después de que Jiro saltara por ella. Fue durante una convención de monjes budistas, todo terminó en un baño de sangre. Jiro y yo tenemos prohibida la entrada desde ese entonces.

—Qué buenas épocas. —Jiro volvió a reír y bebió más sake—. Cuéntanos, Shogo-san, ¿a quién pediste?

Un breve silencio apenas interrumpido por el suave ondear del agua en el estanque.

—Haruki —respondió Shogo, y reparó en cómo disfrutaba de cada sílaba rodando por su lengua, tan dulce el nombre como el chico mismo.

—¿Haruki? —los gemelos chillaron.

—¿Lo conocen?

—Solo de nombre —dijo Ichiro, impresionado—, es bastante popular.

—Y caro —agregó Jiro—. No puedo creer que hayas podido costearlo con el estipendio de los Kigomiya. ¿Qué tal estuvo?

Shogo respiró hondo. Los otros lo observaban expectantes, y él no encontraba forma de evadir la respuesta, especialmente cuando los gemelos comenzaron a golpear la mesa al canto de *Detalles, detalles, detalles*.

—¡Basta! —rabioso, se puso de pie.

—Para un hombre que la metió hace poco estás muy tenso —rio Jiro.

—No la metí. —Shogo se sentó de nuevo y exhaló.

—¡Ah, es por eso! —sentenció Ichiro con una mueca confundida.

—Se puede saber entonces —preguntó el menor—, ¿qué hiciste esas dos noches con Haruki?

—¿Te la metió él? —Ichiro sonó divertido y escandalizado a la vez.

—¡Por supuesto que no! Solo… lo vi bailar y cantar. —Shogo se sintió un idiota. Ante la mirada atónita de los gemelos, agregó—. También… lo vi desnudo.

—Ay, Shogo —Ichiro sacudió la cabeza con desaprobación, algunos mechones azules soltándose de su moño alto.

—¡Podías haber hecho mucho más! —dijo Jiro.

—¿Qué están haciendo aquí? —se quejó Shogo, el alcohol le hacía dar vueltas la cabeza—. Yo no los invité, ¿cómo encontraron la dirección?

—La información corre rápido en la calle —explicó Ichiro—. Todo el mundo ya sabe que Okuma Shogo ahora sirve al clan Hazuemon y está a cargo del distrito Yoshiwara.

—¡Vas a poder ver a tu Haruki más seguido! —se burló Jiro. Alzó sus brazos para desperezarse, y entre bostezos preguntó—. ¿Podemos quedarnos a dormir? Esta casa es tan grande… la vida es dura para dos errantes.

Agotado, Shogo asintió y se levantó con pasos débiles, de pronto recordó por qué no acostumbraba beber. Cruzó la sala y preparó dos tatamis en la habitación contigua, aunque Ichiro y Jiro descubrieron el enorme televisor en la pared y parecieron despertarse de golpe, porque dijeron que después irían. Escaleras arriba, Shogo abrió la puerta del dormitorio principal y se dejó caer en su tatami. A pesar de lo exhausto que se encontraba, no pudo conciliar el sueño, la mente pesada y dispersa. Aunque escuchar los aullidos de Ichiro y Jiro que jugaban videojuegos abajo lo hacía sentir menos solo. Se quedaría dormido minutos después de que las voces cesaran, envuelto en una extraña melancolía.

Despertó con la luz naranja del amanecer penetrando a través de sus párpados cerrados. Antes de abrirlos, Haruki fue lo primero que apareció en su memoria.

Se levantó con parsimonia y se dedicó a vestirse con la chaqueta

ocre y la hakama negra del clan Hazuemon. Dos rosas negras adornaban su pecho, el blasón de su nuevo señor. Era amargo portarlas. Se echó el cabello negro hacía atrás y se peinó con el moño alto de los samuráis, a pesar de que su frente no estaba afeitada. Se rasuró los escasos vellos que habían aparecido en su mandíbula durante los últimos dos días, y finalmente se anudó el wakizashi y la katana en la cintura. Al bajar las escaleras encontró a los gemelos Tatewaki todavía durmiendo en el mismo tatami, los brazos y piernas ajustados en un fuerte abrazo y roncando cada uno en el hombro del otro.

Abrió la puerta de salida y lo primero que vio fue el almendro del jardín. Se preguntó cuántos siglos tendría ese árbol, cuánta sangre habrían absorbido sus raíces.

Antes de partir a su primer día de trabajo, con un suspiro que le hizo doler el pecho recordó a Haruki. Aquel árbol era tan hermoso como él.

CAPÍTULO CINCO

Shogo se reunió con el daimyo del clan Hazuemon a las nueve de la mañana, cuando en los cielos de Nueva Edo todavía se podía avisar algo de luz solar a través de las gruesas nubes de contaminación.

La fortaleza del antiguo clan Ayakawa se hallaba en el margen del río Sumida, aunque su edificación no era tan grande ni tan tradicional como la del clan Kigomiya. Mordiéndose los dientes, Shogo recordó que no tenía sentido hacer comparaciones ni mirar hacia el pasado. Él ahora servía al clan Hazuemon, y al hacerlo en cierta manera también estaba sirviendo a su señor Kigomiya.

Un molesto pensamiento intrusivo lo atacaba cada tanto, y calculaba cuántas visitas a Haruki podía pagarse con su nuevo estipendio. Números que le despertaban unas rabiosas punzadas en su interior, las cuales despejaba concentrándose en sus obligaciones.

El señor Hazuemon era más viejo de lo que esperaba. Y humano. Sentado sobre unos cojines de la sala principal le ofreció una taza de té, mientras los samuráis sintéticos a su servicio se acomodaban en su nuevo hogar.

—Estoy muy agradecido con el señor Kigomiya —dijo el daimyo, con su voz lenta y pastosa— porque te ha enviado, Okuma.

—Será mi honor servirlo con la misma vehemencia con la que serví a mi antiguo señor. —Shogo hizo una reverencia antes de acercar la taza de té a sus labios, y sus ojos notaron unos rastros de sangre seca sobre el tatami. El rechazo se apoderó de él: le pareció una muestra de mal gusto no haber lavado bien la sangre.

—Me reconforta tener un samurái humano en mis filas. —Hazuemon depositó la tacita vacía sobre la mesa.

—Los sintéticos son eficientes.

—Mientras tengan el bushido bien calibrado en sus sistemas. —El viejo soltó un bufido y se acarició la barba gris—. Pero ante ciertas situaciones delicadas, no pueden discernir como un ser humano. Fallan.

—Y cometen seppuku —suspiró Shogo.

—Por supuesto, es el mecanismo de seguridad que les instalaron. Pero no siempre pueden hacerlo: verás, un artificial necesita convivir con humanos para aprender por repetición, y reafianzar las conductas con las que los han programado. Pero a veces eso lleva a que ellos *se crean* humanos. Entonces se aferran demasiado a la existencia, y no pueden cumplir con su deber. Un samurái, humano o sintético, siempre debe estar listo para morir. Se puede decir que el verdadero deber de un samurái es la muerte, la muerte por su señor. Pero es un ideal imposible de alcanzar para un ser humano, ya en el siglo XV muchos samuráis se acobardaban a la hora de suicidarse. Los sintéticos en cambio no le temen la muerte, compensan esa cobardía innata en los seres humanos. Por eso los crearon. No temen a nada, pues no pueden sentir. Y sin embargo algunos se aferran demasiado a la vida, y no pueden abrirse el vientre. Es lo que pasó con Ayakawa, la semana pasada: dicen que, a la hora del harakiri, al mismísimo Ayakawa el pulso le tembló y lloró como un ser humano. Menos mal que estaba Yamataka para asistirlo. Cuando vio que la mano le temblaba, le cortó la cabeza al instante, sin vacilar.

—¿Yamataka? —reaccionó Shogo—. ¿Gennai Yamataka?

—Así es, tu compañero —asintió el daimyo—. ¿No lo sabías? Siempre se asigna un testigo de otro clan para estos casos, y Kigomiya lo envió a él.

Shogo tragó saliva y bajó la mirada. Durante unos segundos, lo único que rompió el silencio fue el traqueteo de los samuráis y sirvientes trabajando alrededor.

—No es mi lugar definir qué es humano y qué no —Hazuemon volvió a hablar—, y carezco de la sabiduría para definir qué es la condición humana. Solo sé esto: cuando empieza a sentir, un sintético no sirve más. Y para algunas decisiones, es necesario sentir. Por eso me alegra tenerte bajo mi servicio, Okuma.

Shogo hizo otra profusa reverencia de agradecimiento. Después de discutir algunos detalles sobre sus tareas y la organización del distrito, la reunión terminó. El resto del día Shogo lo pasó recorriendo Yoshiwara en su motocicleta, familiarizándose con los alrededores, con los teatros de marquesinas brillantes que anunciaban espectáculos

lascivos, con las casas de té y baños públicos, con los restaurantes de mala muerte iluminados por las linternas rojas y los cerezos artificiales.

Saber que Pétalos de loto ahora estaba bajo su jurisdicción y a un simple viaje de diez minutos, hacía que los cosquilleos reanudaran entre sus piernas. Debía controlarlos o lo volverían loco. Y de forma compulsiva, cuando menos lo esperaba, volvía a asaltarlo el cálculo de cuántas visitas podía pagarle a Haruki con su nuevo salario.

El atardecer se derretía entre los rascacielos de aluminio tiñendo todo de un melancólico anaranjado, y el distrito rojo parecía despertar de su sopor con las luces fluorescentes de sus anuncios y la mezcla de kotos y flautas con sonidos de sintetizadores. Pronto las geishas sintéticas comenzaban a pasearse bajos sus gruesas capas de maquillaje blanco y su decoro impuesto mediante algoritmos, y los clientes y turistas merodeaban con los rostros ocultos bajo barbijos de vinilo.

Shogo reanudó sus rondas, recaudando impuestos en algunos teatros y restaurantes. Se tomó un breve descanso antes de continuar con su recorrido, paseándose a pie por el distrito con la mano siempre descansando en la empuñadura de su katana. De tanto en tanto divisaba otros samuráis al servicio de Hazuemon, que montaban majestuosos caballos tan artificiales como ellos. Hizo una pausa y revisó su dispositivo: Hazuemon ya había hecho el depósito de su estipendio. Ver esos números le despertó una euforia insoportable. Volvió a guardarlo entre los pliegues de su chaqueta, y cuando menos lo esperaba algo llamó su atención. Desde una vitrina, una perla resplandecía en un estuche de terciopelo blanco. Hipnotizado, Shogo se acercó con pasos lentos hacia la joyería donde todo tipo de diamantes, esmeraldas y rubíes buscaban tentar la codicia de los transeúntes. Sin duda había piedras mucho más ostentosas que aquella pequeña perla, pero Shogo no podía dejar de admirarla. Se preguntó cuántos años habría dormido en las profundidades del océano antes de que alguien la encontrara. Un frío recorrió la espalda: esa perla poseía la misma cremosidad pálida que la carne de Haruki, la misma belleza

simple y embriagadora que a él lo dejaba sin aliento. Se vio a sí mismo entrando a la joyería y gastando parte de su estipendio recién cobrado en esa perla, la cual resguardó con cuidado antes de regresar a su motocicleta. Su última escala sería en una vieja tienda de kimonos, modesta y oscura, en comparación a los teatros y prostíbulos que la rodeaban. Cuando cruzó la puerta, notó el polvo acumulado en el mostrador. Lo segundo que vio fue el terror en el arrugado rostro de la propietaria. La forma en que su labio inferior tembló al verlo denotó que era humana. Lo saludó con una reverencia detrás del mostrador, resguardada por los maniquíes que lucían ostentosos kimonos de tres y hasta cinco capas.

—Mis respetos al clan Hazuemon —tembló la casi inaudible voz de la anciana—. Usted está con ellos, ¿no es verdad? S-su uniforme…

—Así es. —Shogo mantuvo la mano envolviendo la empuñadura de su katana—. Okuma Shogo, de ahora en más estoy a cargo de este distrito.

—Ya veo. —La mujer alzó la vista. A Shogo le pareció una florecilla vieja—. ¿Puedo ofrecerle una taza de té?

—No, gracias. Vengo porque está atrasada con sus pagos. —Aquellas palabras parecieron achicar aún más a la mujer.

—Ya veo —murmuró—. Verá… no he tenido mucho trabajo últimamente. Yo coso… a mano. —Movió sus dedos huesudos como si estuviera dando puntadas en el aire, luego cogió las mangas de uno de los kimonos que vestían a los maniquíes—. Pocos aprecian el trabajo artesanal estos días. Quieren lo inmediato.

Shogo imaginó la textura sedosa y fresca de la tela del mismo color del melocotón y con enormes narcisos amarillos bordados. Otro pensamiento intrusivo le recordó a la piel de Haruki, y se aclaró la garganta. Apartó la vista, nervioso, y sus ojos vagaron por los maniquíes vestidos de brillantes púrpuras y turquesas, por las delicadas margaritas y rosas y tulipanes que adornaban las mangas y los cuellos, y por los intrincados nudos y moños de los obi. La cabeza comenzó a darle vueltas.

—Está bien. —Shogo se encaminó hacia la puerta—. Tenga el dinero para la próxima semana.

Ya era de noche cuando terminó sus rondas, y Yoshiwara rugía con sus frenéticas ofertas de diversión y sexo. El samurái condujo su motocicleta por la luminosa avenida, plagada de palanquines, caballos artificiales y autos, y se detuvo en el callejón de puestos de comida. Deambuló a pie entre los restaurantes de pollo frito y los carritos que ofrecían camarón y cerdo. Prefirió cenar allí al paso, antes que regresar a su nueva casa. Ichiro y Jiro probablemente ya estaban creando nuevos problemas en Shinjiku, y la residencia estaría vacía.

¿Estaría Haruki solo en ese momento? ¿Qué haría? No, se dijo a sí mismo, un kagema nunca estaba solo. O tal vez, siempre lo estaba.

En un puesto callejero que anunciaba soba pidió un tazón de pollo y jengibre. Tomó asiento, dándole la espalda a la bulliciosa acera, y esperó bajo el toldo de coloridas luces artificiales. A lo lejos, los cerezos que guiaban al barrio del placer resplandecían, tentadores. Pronto Shogo tuvo el humeante tazón frente a sus manos. Agradeció al empleado y cogió unos palillos para empezar a comer, y sintió una mano palmearle el hombro.

Gennai Yamataka tomó asiento a su lado.

—Con tu estipendio podrías pagarte comida mejor —se mofó el samurái que aún vestía el uniforme azul de los Kigomiya.

—Yamataka-san, ¿qué hace aquí? —Shogo volvió a hundir la mirada en los fideos dorados.

—Trabajando. Cazando deshonrados. —Dejó escapar un agotado suspiro—. Parece que se multiplican, cada día hay más sintéticos fallados.

—¿No le dan pena? —Shogo revolvió la sopa con los palillos.

—¿Por qué? —Los ojos de Yamataka se clavaron en los suyos—. Existen para servirnos, y cuando fallan no son más que un desperdicio de recursos para la economía. ¿A ti te daría pena si tu dispositivo móvil se estrella contra el piso? ¿Piensas que sentiría dolor?

—Me daría pena tener que comprar otro.

—Exacto. Lo reemplazas. Un sintético es tecnología apenas más compleja.

—Pero… viven. —Una jaqueca repentina le punzó las sienes—. Hablan, piensan. Sienten.

—No sienten. Y tampoco viven, solo existen —lo corrigió Yamataka —. No son humanos, Shogo. Nunca olvides eso.

—Vi la sangre en el tatami de Hazuemon. Era tan roja como la nuestra.

—Por el mismo motivo que su piel y sus ojos lucen como los nuestros. Pero no son como nosotros. ¿Qué te ocurre esta noche? ¿Por qué cuestionas cosas que hasta un niño de primaria sabe?

Una suave llovizna comenzó a golpear el pavimento. Shogo perdió el apetito, pero permaneció sentado junto a Yamataka en silencio.

—¿Por qué —preguntó en un hilo de voz— no me dijo que asistió el suicidio de Ayakawa?

—¿Desde cuándo estoy obligado a reportarme ante ti? —Yamataka soltó una risa amarga.

—Mis disculpas. No lo está. —Shogo se incorporó, pagó la cuenta con el dispositivo móvil y caminó hacia su motocicleta.

—Shogo. —Lo detuvo Yamataka—. ¿Recuerdas esos aprendices tuyos, los gemelos que fallaron? ¿Cómo se llamaban? ¿Tatewaki? De casualidad, ¿no tienes información sobre ellos?

—No. —Shogo se puso el casco.

Incluso a través del vidrio cromado, Shogo sintió los ojos de Yamataka apuñalando los suyos.

—Pero si supieras algo, lo reportarías al instante. ¿No es verdad?

—Por supuesto —Hizo una reverencia antes de subirse a la motocicleta y arrancar.

CAPÍTULO SEIS

Ocupaban una de las mesas del salón principal, donde una suave música de flautas y marimbas se mezclaba con los cotilleos y las risitas de los kagema que entretenían a otros clientes.

—Mi señor luce todavía más buen mozo con su uniforme nuevo. —Haruki alzó su hombro con actitud coqueta.

—Gracias —respondió Shogo sentado a su lado, y un nudo se ajustó en su garganta. Quería responderle que él lucía majestuosamente bello, con sus mejillas y labios sonrojados y ese kimono de seda dorada acariciando su piel. Pero no dijo nada.

Los ojos de Shogo vagaron por los muchachitos que danzaban y servían té en las otras mesas, y luego regresaron a Haruki, quien deshojaba un jazmín con dedos amorosos y enseguida dejó caer los pétalos en la taza de porcelana, vertió el té y le ofreció la bebida humeante.

—¿Algo le preocupa, mi señor?

—Estoy… —Bebió su té de jazmín—. Me preocupa un amigo.

—Oh, ¿ese amigo suyo está en problemas?

—Algo así —Shogo exhaló—. Él y su hermano eran mis aprendices, hasta que fallaron y se convirtieron en ronins. Mi deber es denunciarlos, pero no puedo hacerlo. —Se dio cuenta de que nunca le había contado eso a nadie—. Ichiro…, él me salvó la vida una vez, durante una misión. Unos yakuzas nos emboscaron y yo me distraje. No estaría aquí contando esta historia de no ser por él.

—Entiendo. —Haruki volvió a verter té en la taza con delicadeza—. La conducta honorable con su señor conlleva traicionar a su amigo. Y la conducta honorable con su amigo conlleva traicionar a su señor. De la misma forma que servir a Hazuemon contradice el bushido, pero también lo sería negarse a su amo Kigomiya.

—Exacto. —Buscó los ojos negros de Haruki, lo sorprendió que un sintético pudiera explicar la situación con tanta simpleza. Exhausto, bebió más té. La música y las risas alrededor comenzaban a asfixiarlo —. Parece que mi destino es siempre estar en una encrucijada.

Haruki sacudió la cabeza, y una risa encantadora escapó de sus labios.

—Mi señor es demasiado exigente consigo mismo, parece olvidar que es humano y que la perfección es inalcanzable para él. —Le acarició la barbilla y acercó su cara, hasta que él pudo sentir el aliento cálido acariciando sus labios—. Tomó usted la decisión correcta en el pasado, y sé que también lo hará en el presente.

Sin luchar con su voluntad, Shogo se hundió en las profundidades de esos ojos húmedos y brillantes. Se le hacía difícil creer que ese muchacho no fuera humano igual que él.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró.

—Lo sé. —Cuando Haruki sonrió, su arco de Cupido se frunció de una manera deliciosa. Se alejó un poco y dirigió su atención a las tazas—. Tal vez esta noche usted desee beber algo más fuerte.

—No, estoy bien —Shogo sacudió la cabeza.

Un muchacho danzaba con su abanico, para el regodeo de unos monjes budistas sentados a su mesa. Otros iban y venían cargando bandejas de té y sake, y otros más allá recitaban poesía o tocaban el samisen. Alrededor, el jolgorio continuaba como si nada.

—Tengo algo para ti. —Shogo buscó entre los pliegues de su chaqueta. Disfrutó ver a Haruki mordiéndose el labio, impaciente y entusiasmado. El samurái le abrió el estuche de terciopelo, y al descubrir la perla los labios de Haruki formaron un círculo perfecto.

—Mi señor no tenía que regalarme nada —refunfuñó el kagema, y le ofreció la espalda para que le colocara el collar. Cuando apartó su cabello de la nuca, el aroma a lavandas salvajes de su piel atacó los sentidos de Shogo, así como la vista de su carne pálida descubierta. Le temblaron los dedos al asegurar la delgada cadena de oro blanco.

Haruki volvió a mirarlo, ahora la perla adornaba el irresistible hueco entre sus clavículas.

—Muchas gracias, mi señor. —Acarició la joya con las yemas—. Con esto me siento como la mismísima dama Taira de *El cantar de Heike*.

—Creí que no te importaban los regalos.

—Y no me importan, pero este es un regalo de mi señor. No me lo

quitaré nunca.

Otros kagema de kimonos celestes y rosados se acercaron entre chillidos de júbilo y sorpresa a admirar el collar que Haruki ostentaba orgulloso. Shogo rio por lo bajo y apartó su vista hacia la taza de té. Entre el regalo y la visita de esa noche, había gastado en una semana lo que normalmente gastaba en dos meses. Pero la preocupación por eso se desvanecía al ver la felicidad en la cara pequeña de Haruki.

Shogo bebía té. Y Haruki volvió a sentarse a su lado, esta vez más cerca.

—Mi señor. —El susurro en el oído le despertó a Shogo un relámpago en la espina dorsal—. ¿Qué le parece si vamos a la habitación de arriba, y me folla mientras yo no uso más que esta perla?

Shogo se atragantó con el té, súbitos cosquilleos torturaron entre sus piernas mientras Haruki dejaba escapar una risita maligna.

El kagema subió primero las escaleras, arrastrando los pliegues de su kimono morado y dejando a la vista atisbos de sus blancos pies desnudos. Shogo se detuvo en la recepción para pagar.

—Cada vez lo vemos más seguido por aquí —festejó el hombre regordete, antes de coger el dispositivo móvil para descontar el monto —. Ya le dije, los samuráis aman a los muchachitos hermosos, para eso crearon a los kagema sintéticos. La homosexualidad es deshonrosa para un samurái, pero… la definición de homosexualidad es para un hombre teniendo sexo con otro hombre. Aquí no hay ningún otro hombre. Un samurái no quiebra el código si tiene sexo con algo que ni siquiera es humano, ¿verdad? No importa cuánto se parezca a un hombre.

—Cállese y cóbrese —protestó Shogo. Cada vez que oía hablar a aquel hombre se le revolvía el estómago

—Ya conoce el camino. —El empleado le devolvió el dispositivo y le hizo una reverencia.

A cada escalón que subía, el corazón de Shogo golpeaba más rabioso contra sus costillas y un calor agobiante hacía hervir su piel. Cuando estuvo frente a la puerta de la habitación de Haruki, sintió su miembro tan duro que le molestaba. Aun así, abrió la puerta corrediza

y se descalzó las sandalias a ritmo parsimonioso. También se desató la katana y el wakizashi y los depositó con cuidado en el umbral, antes de penetrar en la oscuridad azulada del cuarto. Era como si la dulce melodía de un koto lo fuera tragando mientras avanzaba, el aire agolpado en su pecho.

Encontró a Haruki a los pies del almendro artificial, acostado boca arriba sobre el tatami. Se había abierto el kimono y las luces que se filtraban por el amplio ventanal hacían destellar el blanco de su carne. Ante esa escena, Shogo exhaló, jadeante, y su miembro le dio una punzada. Haruki resplandecía como la misma perla en su pecho, una joya brillando en las profundidades del océano. Shogo se arrodilló frente al cuerpo desnudo, y sus ojos vagaron por el pecho plano, por los pezones que asomaban por entre las caracolas de cabello negro y por el miembro ruborizado que comenzaba a endurecerse contra el muslo. Incapaz de pensar ni de respirar, se perdió admirando los rincones de esa piel. ¿Qué habría debajo de esa piel? Aunque Haruki no fuera humano, tenía que haber vida allí, en algún rincón debajo de esa carne pálida.

—Mi señor, lo he esperado toda la semana. —La expresión del kagema parecía escapada de un sueño, los párpados y labios entrecerrados como una flor hambrienta por el rocío—. ¿Qué desea hacerme?

—No lo sé —exhaló finalmente el samurái con voz ronca.

Había pasado toda la semana ansiando a Haruki, y sin embargo su mente volvía a ponerse en blanco ahora que lo tenía cerca. Ante la respuesta, Haruki abrió sus ojos, sorprendido.

—Mi señor es el único cliente que viene aquí sin saber lo que quiere —rio el muchacho—. La mayoría sabe muy bien lo que le gusta.

—Yo… —Shogo musitó abochornado— no sé lo que me gusta. No sé lo que quiero.

Ni siquiera sabía por qué estaba allí.

—Eso no es cierto. —Haruki arrugó un ojo con actitud pícara y se sentó para enfrentarlo—. Yo creo que mi señor sabe muy bien lo que quiere, pero le da vergüenza decirlo en voz alta.

Shogo tragó saliva. Durante unos momentos, solo la música

deambuló entre ellos.

—Creo que yo sé lo que le gustaría a mi señor —Haruki habló de nuevo—. ¿Me dejaría intentar alg…?

—Claro —dijo antes de que el otro terminara de hablar.

Haruki se llevó los dedos a los labios y su risa delicada reverberó en el miembro de Shogo, que vio los ojos azabaches del kagema resplandecer con malicia, y esperó.

—Desnúdese.

Otra ola de vergüenza y calor asaltó a Shogo, quien se desató el nudo de la hakama con dedos temblorosos. Se puso de pie, y los amplios pliegues cayeron al suelo, revelando sus piernas desnudas. Volvió a sentarse y se desanudó la chaqueta, sin mirarlo. No recordaba la última vez que había estado desnudo frente a alguien. Una brisa fresca acarició su torso, provocándole un escalofrío. Con la espalda encorvada, notó que su erección presionaba bajo la tela de la ropa interior, que se quitó con dedos rápidos. Y quedó descubierto a los ojos del kagema. Nunca se había advertido tan vulnerable en su vida, y le costó exhalar el aire de su pecho. Ahora sí alzó la vista hacia Haruki, quien ya estaba de pie frente a él. Recién en ese momento Shogo notó que sostenía una cuerda de terciopelo tan morado como su pañuelo.

—Mi señor es tan bello —suspiró Haruki, arrodillándose—. Si algo le molesta, por favor dígamelo al instante.

Shogo asintió apurado, estaba seguro de que jamás podría negarse a nada que Haruki le pidiera u ofreciera. Y ese pensamiento lo asustó.

El muchacho procedió a deslizar la cuerda por detrás de sus hombros y axilas, la textura áspera hizo que Shogo se endureciera todavía más. Para contenerse apretó los dientes, pero conforme Haruki anudaba una compleja red de rombos sobre su torso sintió que unas gotas escapaban de su miembro.

—La piel de mi señor es más bronceada que la mía —suspiró Haruki, cubriéndole el pecho y la espalda con ese equilibrado patrón de nudos que formaban diamantes—. Es tan hermosa, este color morado crea un contraste bonito.

El corazón de Shogo galopaba con tal fuerza que un gemido

involuntario se fugó de su garganta. Las manos de Haruki continuaban su trabajo, anudando la cuerda alrededor de su estómago y sus muslos. Antes de finalizar su tarea, el kagema le ordenó que extendiera sus manos hacia adelante. El samurái obedeció, y contempló absorto cómo Haruki le unía las muñecas en un intrincado nudo doble. Con ternura le hizo alzar los brazos por encima de su cabeza y lo acostó de espaldas sobre el tatami.

El estómago de Shogo subía y bajaba al respirar, sus músculos placenteramente comprimidos bajo los nudos. Durante un segundo perdió noción del tiempo y el espacio, solo las punzadas casi dolorosas en su miembro lo mantenían en contacto con la realidad. Vio a Haruki sentarse a horcajadas de él, y el contacto de sus muslos lo hizo temblar. El kagema se desató el pañuelo morado de la frente, sus cabellos cayeron caóticos a ambos lados de su rostro, y todo se tornó negro para Shogo. Gimió de nuevo al sentir la sedosa textura del satén contra sus párpados, y los dedos de Haruki anudando el pañuelo detrás de su nuca.

Perdido en la oscuridad, Shogo pensó que no toleraría mucho más las palpitaciones urgentes de su miembro. Solo podía pensar en penetrar a Haruki, en hundirse en lo más recóndito del otro para apagar esa necesidad molesta. El peso de Haruki cayó con delicadeza sobre su cuerpo, y sintió las yemas acariciándole la línea de la mandíbula. La piel era tan cálida y humana que Shogo lamentó tener las manos atadas y no poder explorarla con ellas. Pero al mismo tiempo, estar paralizado le despertaba un cosquilleo oscuro que amplificaba todas las sensaciones.

—Mi señor luce hermoso así. —El aliento cálido del muchacho le acarició la mejilla—. Indefenso, para que yo lo use lo use como me plazca.

Shogo lanzó un lamento agónico, y Haruki reía a la vez que sus labios le besaban las mejillas, la frente y el cuello. Se encontró deseando que también le besara los labios, pero el chico continuó su recorrido por los hombros y el pecho, aprisionando un pezón entre los dientes hasta que una descarga de dolor y placer sacudió a Shogo.

—Parece que a mi señor le gusta que lo torture —rio el chico con el

pezón entre los labios. Cambió para castigar el otro, las yemas dibujando caracolas sobre la piel de su estómago.

Las fuerzas del samurái apenas le permitieron gemir el nombre de Haruki, quien le besaba con el vientre y los muslos con una suavidad tortuosa. Los labios apenas le cepillaban la carne cubierta de sudor y la delicadeza de ese contacto hacía que la desesperación de Shogo retumbara en su miembro ya dolorido. Haruki lo cubría de besos, excepto en *esa* zona donde Shogo más lo necesitaba. La desesperación por enterrarse en lo más profundo de Haruki lo estaba consumiendo, hasta que el samurái llegó a creer que moriría si no lo penetraba pronto.

—Haruki…—alcanzó a suplicar—, por favor…

—Es dulce oír a mi señor rogando. —Los dedos del kagema encontraron su miembro, y lo rodearon a un ritmo tan lento que Shogo arqueó su espalda en contra de su voluntad. No puedo evitar unas gotas calientes escapando de él, y la tortura fue peor cuando la lengua de Haruki las recogió. Pero no era suficiente, necesitaba más, y Haruki se lo negaba con malicia placentera.

Con crueldad, Haruki le cubrió el miembro de tiernos besos y caricias, y la frustración hizo aullar a Shogo. Cuando creyó que no podría soportarlo más, Haruki lo soltó. La ausencia de contacto lo hizo sentir vacío durante unos segundos, su erección palpitando al borde de la locura, hasta que, con un movimiento abrupto, la carne de Haruki la estaba ajustando.

Shogo se lamentó una vez más, el muchacho se movía con una lentitud tortuosa, acunándose con una languidez que lo volvía loco.

—Haruki…más rápido…—alcanzó a suspirar—, por favor…

—No, ya me aburrí —se quejó el muchacho, y se detuvo.

Abandonó el miembro de Shogo, quien sollozó ante los latidos que retumbaban en su interior. Entre risitas, Haruki volvió a enterrarse en él, solo para volver a abandonarlo y dejarlo sufriendo en el vacío. Repitió esta rutina tres veces, hasta que las lágrimas asomaban en los ojos de Shogo, la frustración insoportable.

—Mi señor se siente bien cuando abandona el control, ¿no es cierto? —rio Haruki, y le quitó la venda de los ojos.

Después de que sus ojos se acostumbraran a la luz, Shogo encontró al chico encima de él, aprisionándole el miembro con fuerza entre los muslos blancos.

—Lo he engañado, mi señor —dijo en falso tono culpable—. Todo este tiempo lo he tenido entre mis muslos. ¿Realmente creyó que estaba dentro de mí?

—Por favor…—fue lo único que Shogo pudo expulsar.

Haruki se abalanzó sobre él y le mordió los labios con un hambre inesperado, sus caderas meciéndose a un ritmo violento. La frustración acumulada de Shogo finalmente se desató, transformándose en un placer enceguecedor. Alcanzó su clímax entre lágrimas y dientes apretados, su miembro ajustado sin piedad entre los muslos de Haruki mientras eyaculaba.

Avasallado, permaneció de espaldas contra el tatami, los latidos calmándose en todo su cuerpo mientras se normalizaba su respiración. Haruki desató los nudos con la misma ternura con la que le limpió los rastros de semen del estómago. Usó otro paño húmedo para limpiarse y se acurrucó a su lado.

—Mi señor debe estar feliz —dijo besándole la mejilla con dulzura —, pues a esta hora generalmente sale huyendo.

El reloj en la pared dio un pitido molesto, anunciándole a Shogo que su hora había terminado.

—¿Puedo quedarme un poco más? —Su voz tembló en la oscuridad —. Te pagaré.

Haruki alzó curioso la cabeza. Se puso de pie y avanzó hacia el reloj en la pared, presionó unos botones, y el sonido cesó. Antes de regresar al tatami, el kagema buscó el dispositivo entre las ropas de Shogo e hizo la transacción. Y fue a los brazos de su cliente, quien agradeció tener las manos libres para poder abrazarlo.

De nuevo, con Haruki descansando la cabeza sobre su pecho, perdió la noción del tiempo, las respiraciones de los dos sincronizándose. El samurái se adormecía, para de tanto en tanto acariciar los cabellos largos de Haruki o deleitarse en las yemas del chico jugueteando con la piel de su cuello.

—¿Mi señor ha pagado una hora extra solo para abrazarme?

—¿Hay algún problema?

Haruki se acurrucó más fuerte contra su cuerpo.

CAPÍTULO SIETE

Shogo despertó agotado, envuelto en una modorra que resonaba hasta en el último de sus músculos. A lo lejos, Nuevo Edo ya había despertado también, las avenidas rugiendo agitadas bajo los cielos nublados y los rascacielos de aluminio. Haruki apareció en su mente, y él lo alejó.

Cumplió con su ritual diario de lavarse y vestirse con los colores del clan Hazuemon. Se desenredó el cabello con algo de brusquedad y lo recogió en el obligatorio moño alto. En el espejo le costó reconocerse bajo esos ojos cansados.

A pesar de que podía desayunar algo más costoso, prefirió conformarse con un poco de arroz con miso y sopa de algas. Quería guardar ese dinero para pagarle otra visita a Haruki, tal vez esa misma noche si el trabajo no lo consumía demasiado. La idea despertó un eufórico cosquilleo en su pecho, que reverberó en todo su cuerpo. Esa chispa de entusiasmo se parecía mucho a la felicidad, y eso lo asustó.

Comió rápido y cruzó el umbral de su puerta. Rumbo a la acera, vio que el gran almendro en el jardín parecía saludarlo con sus ramas. Una vez arriba de su motocicleta, dejó atrás su residencia para adentrarse en el corazón de Yoshiwara, donde la vida siempre parecía más rápida y artificial.

Una jornada de trabajo bastante tranquila, liderando un pequeño grupo de samuráis jóvenes en las rondas diarias, y después una rápida y breve reunión en la fortaleza Hazuemon para reportar el progreso.

El anochecer estaba cerca y Shogo ya había cumplido casi todas sus tareas del día, solo faltaba una. Para la hora en que las geishas sintéticas comenzaban a pavonearse con sus cabellos adornados con jazmines, condujo hacia la avenida de los teatros y burdeles y se detuvo frente a la vieja tienda de kimonos.

Los mismos muebles polvorientos lo recibieron, parecía que el tiempo se había detenido dentro de ese lugar, entre los maniquíes sin

cara y los gruesos rollos de telas multicolores.

—Okuma-san —lo saludó la anciana detrás del mostrador—. ¿Gusta una taza de té?

—No. ¿Tiene el dinero que debe?

La mujer tragó saliva, su pequeño rostro arrugado pareció achicarse por el miedo. Entre temblores, negó con la cabeza.

Shogo exhaló y apartó la mirada.

—Pagar impuestos es parte de demostrarle lealtad al Emperador. —Se alejó unos pasos y se paseó entre los maniquíes vestidos con kimonos azules y blancos—. Su deuda ya asciende al medio millón, señora Ishida.

—No sé de dónde espera que saque el dinero —susurró la mujer—. Ya le he dicho que no tengo clientes hace bastante tiempo.

Los dedos de Shogo buscaron la empuñadura de su katana. Sabía que debía hacerlo, pero no quería hacerlo. Retrasó esa obligación degradable durante segundos, admirando los kimonos con estampados de rosas, peonias y abejas. Y le llamó la atención una muestra de tela celeste, con pétalos de crisantemos y tulipanes en delicados tonos crema y lavanda. Soltó su espada, y no pudo resistir acariciar la tela con las yemas de los dedos.

—Tiene buen ojo. —La voz de la señora Ishida lo regresó a la realidad.

—¿Q-quien usa esto? —Shogo se aclaró la garganta, avergonzado.

—He vestido a grandes estrellas del teatro. —Ella se acercó con la espalda encorvada, su diminuto cuerpo envuelto en una de sus creaciones de delicada tela color melocotón.

—No, me refiero… ¿son para hombres o mujeres?

—Son para quien los ame —respondió la mujer con una sonrisa.

Él regresó la vista a la tela. Definitivamente se estaba volviendo loco, pero le tomó menos de siete respiros tomar la decisión.

—Voy a encargarle un kimono con esa misma tela. Si me deja satisfecho, su deuda estará saldada.

La señora Ishida lo miró, los ojos llenos de lágrimas, y se postró en el suelo y le dedicó una reverencia. Una horrible incomodidad invadió a Shogo.

—Vamos, vamos. —Le ofreció el brazo para que se levantara—. ¿Tiene algunos bocetos para mostrarme?

—Por supuesto. —Ella se enjugó las lágrimas y caminó con pasos cortos hacia atrás del mostrador. Buscó una carpeta y con sus dedos huesudos comenzó a pasar las páginas, mostrándole a Shogo diferentes modelos de kimonos. Algunos tenían mangas redondas, los más juveniles tenían mangas que llegaban al suelo, otros llevaban vistosos o discretos cinturones, unos tenían tres capas y otros cinco o hasta siete. Shogo se sintió mareado ante tanta variedad, pero terminó eligiendo el que le pareció más bonito—. Tiene ojo para la belleza. Necesitaré que su esposa venga para tomarle las medidas.

—Oh, eso… no será posible. Pero, yo puedo decirle las medidas.

La mujer se ruborizó y buscó un papel, donde anotó los números que él le dictaba. Antes de calcular cada cifra, la memoria de Shogo vagaba en el recuerdo por Haruki desnudo, y el bochorno subía por sus mejillas.

—Estará listo en dos semanas —respondió la señora Ishida con una reverencia, haciendo como que ignoraba lo indecoroso de que Shogo supiera de memoria las medidas de su "esposa".

—Bien. —Shogo volvió a señalar el rollo celeste con los crisantemos —. Debe ser de esa misma tela.

—No se preocupe Okuma-san. —Ella sonrió—. Haré mi mejor trabajo.

Una vez que salió de la tienda, Shogo buscó el dispositivo móvil de su chaqueta y pagó la deuda de la señora Ishida. Suspiró al contemplar lo rápido que su estipendio estaba adelgazando, y se subió a su motocicleta.

En la intersección que guiaba a Pétalos de loto, su corazón se aceleró. Se sentía culpable de desear tanto regresar, de desear tanto a Haruki. Y, sobre todo, se odió a sí mismo por no poder controlar sus impulsos y encontrarse cruzando la entrada de la casa de té por cuarta vez.

—¡Bienvenido, Okuma-san! —El mismo empleado regordete y desagradable le ofreció una reverencia casi burlona.

—Vengo a ver a Haruki.

—Lo sé, pero lamentablemente Haruki no está disponible esta noche.

—¿Por qué? —Una punzada le atacó la garganta—. ¿Está con otro cliente? Esperaré.

—No es eso. Haruki no trabaja hoy, lo estamos recalibrando.

—¿Qué? —Recordar que el kagema no era humano fue un dolor agudo—. ¿Se encuentra bien?

—Nada grave, solo mantenimiento de rutina. Detectamos algunos fallos y unos clientes se quejaron. Estará listo en unos días.

—¿Cuánto es *unos días*? —dijo entre dientes.

—Pues, no lo sé. —Soltó una risita nerviosa—. Eso depende de los ingenieros.

—Quiero verlo.

—Lo siento, señor. —Había algo de miedo en la voz del hombre—. Hoy puede elegir otro muchacho. Tenemos muchos modelos nuevos. —Señaló a un chico de kimono verde que pasaba caminando a su lado, abrazando un koto contra su pecho.

Al ser llamado, el muchacho le dedicó una sonrisa inocente a Shogo, revelando dos hoyuelos de apariencia infantil.

—¿Qué tal Junji? Es principiante, pero lo atenderá muy bien.

—¿Tú eres Junji? —Shogo no pudo evitar imaginar a ese kagema dividido entre los dos gemelos.

—¿Nos conocemos, señor?

—No… —Le empezó a doler la cabeza—. Voy a esperar a Haruki. Resérveme una cita ya mismo. Pago por adelantado. En cuanto él esté bien, me informa de inmediato, ¿comprende?

El empleado le obedeció, temeroso. Shogo abandonó la casa de té con un hueco en su pecho, y durante todo el trayecto a su casa se cuestionó mil veces sus últimas decisiones.

Atravesó el jardín con la espalda cansada hacia la residencia. Igual que todas las noches, el único en recibirlo fue el almendro de la entrada. Shogo se detuvo y lo admiró por largos momentos, deleitándose en los pétalos blancos que contrastaban con el firmamento negro. Se preguntó si Haruki estaría bien o si estaría sufriendo. Luego se sintió un imbécil: los sintéticos no sufrían, pero él

no podía despejar la angustia de su pecho y mente. Qué era aquella angustia. Sin duda, algo que no había experimentado en toda su vida, una melancolía, un hambre mezclada con incertidumbre y felicidad. Solo podía afirmar que era Haruki quien había plantado en su pecho esa sensación tan desesperante como eufórica. ¿Acaso…? No, no era amor. ¿Se había enamorado de un sintético? Sacudió la cabeza y despidió un bufido, el vapor blancuzco se elevó sobre el firmamento negro. De pie junto al tronco pálido, observando sus ramas delgadas, Shogo recordó todo lo que sabía sobre los sintéticos: meras réplicas humanas, manufacturadas para servir al hombre en todos los aspectos en que la sociedad los necesitaba. Obedientes. Desechables. Incapaces de sentir. Pero…, por más que lo intentaba no podía encajar a Haruki en aquella descripción tan gélida. Tal vez Haruki fuera un modelo muy avanzado, y él era un estúpido por creerse semejante mentira. Tal vez él ansiaba creer esa mentira. Shogo miró hacia arriba una vez más, hacia el almendro que insistía en tocar el cielo con sus ramas, y tuvo por fin la certeza, esa única certeza: él estaba enamorado. Por primera vez en su vida estaba enamorado. Tal vez los kagema no sentían, tal vez Haruki no hacía más que actuar para él, pero Shogo, el amor que Shogo sentía era real, tan real como aquel almendro, y aquello para él era bastante. No necesitaba ser correspondido. Antes de entrar en la casa cortó una ramita del almendro.

CAPÍTULO OCHO

Los copos de la primera nevada del año le dificultaban la visión a través del casco. A Shogo no le gustaba conducir cuando llovía o nevaba, se reservaba para alguna emergencia de su daimyo. Aunque, cuando había recibido el mensaje del anfitrión de Pétalos de loto anunciándole que Haruki trabajaría esa misma noche, el corazón se le aceleró como si se tratara de una emergencia. La motocicleta se deslizaba ahora por el pavimento húmedo y la tímida nieve danzaba entre los rascacielos.

Cuando finalmente entró en la casa de té, sus hombros estaban algo mojados, pero poco le importó. Se sacudió el frío de afuera y los copos del cabello y se abrió paso hacia el salón principal, donde tenía una mesa reservada. Un muchachito de grueso flequillo y kimono amarillo le sirvió sake, y el ardor del primer sorbo cayendo por su garganta lo ayudó a entrar en calor.

En el escenario, los kagema danzaban y cantaban luciendo sus talentos. Una excusa para que desde las mesas los clientes eligieran a cuál llevarían escaleras arriba, al igual que los videos que se desplegaban en las marquesinas. Shogo esperó, el sake calentando su estómago y garganta, hasta que Haruki apareció en el escenario, y él sintió que su corazón se saltaba un latido.

El kagema danzaba con movimientos lentos y circulares, envuelto en un kimono carmín de tres capas, y con lirios decorando su largo cabello recogido. La forma en que batía su abanico al son de la música pronto hipnotizó a Shogo, quien apenas pestañaba para no perderse ni un segundo de la actuación. No pudo evitar sentirse reconfortado por ver a Haruki saludable, aunque ignoraba si aquella era la palabra correcta para un sintético. A pesar de las gruesas capas de maquillaje blanco en su piel y los ojos delineados con negro y rojo, el kagema lucía la misma vitalidad de siempre.

La canción terminó y otro par de muchachos se apoderó del escenario. Uno recitaba poesía mientras el otro soltaba una dulce melodía con una flauta. Shogo comenzó a impacientarse, un horrible

nudo en la garganta. Insoportable su espera.

De nuevo volvió a preguntarse qué hacía en esa casa de té, si acaso se había vuelto loco. Terminó su botella de sake y alguien le golpeó el hombro.

—Haruki lo está esperando arriba —le anunció al oído el anfitrión con voz grave, y esas palabras fueron suficientes para que un relámpago golpeara su columna vertebral.

Shogo subió los escalones con aparente calma, sin embargo, unas agradables mariposas revoloteaban en su estómago y entre sus piernas. Pasó la tarjeta magnética por la puerta de Haruki, y esta se abrió. Como de costumbre, se descalzó y dejó sus armas en el umbral. Encontró vacío el pequeño salón donde el kagema solía entretenerlo: solo las luces de Nuevo Edo y el reflejo de la nevada daban en la mesa de té junto al almendro artificial. Shogo llamó al chico, y al no obtener respuesta caminó hasta la otra puerta.

—Estoy en la tina, mi señor —anunció la voz melodiosa a través de la puerta de papel—. Puede entrar.

Shogo abrió, y encontró a Haruki inmerso en una tina de bambú, los largos cabellos negros flotando como nenúfares alrededor de su pecho blanco mojado. Entre esas irresistibles clavículas empapadas y brillantes por el jabón, yacía la perla que él le había regalado. La visión dejó a Shogo sin aliento.

—He transpirado mucho en el escenario —explicó con falsa inocencia—, y quería estar fresco para mi señor. —El agua hizo un sonido suave cuando Haruki se puso de pie, y la forma en que resbalaba por sus piernas hizo temblar al samurái—. ¿Me alcanza la bata, por favor?

Él obedeció y le acercó una bata violeta que colgaba de un biombo. Envolvió la espalda estrecha del muchacho con la prenda, y el aroma a flores salvajes de su piel multiplicó su excitación. Haruki sonrió y se dejó abrazar por la bata, y por Shogo.

—¿Ya te sientes mejor?

La pregunta pareció sorprender al kagema.

—Estoy perfecto, mi señor —dijo, anudándose la bata en la cintura.

—Me preocupé bastante… sin saber qué te había ocurrido —insistió

Shogo. El kagema parecía determinado a evadir la pregunta.

—Mi único sufrimiento fue pasar una semana entera sin verlo. ¿Le parece tomar el té donde siempre?

Shogo asintió, y siguió al muchacho hasta la mesa de madera laqueada. Se sentó a su lado y lo contempló vertiendo el té de loto en las dos pequeñas tazas de porcelana. Afuera, la nieve caía más espesa, y los copos blancos contrastando con el cielo negro y enmarcando el delicado rostro andrógino de Haruki hicieron que se sintiera perdido en un sueño.

—Mi señor está sonriente hoy. —Haruki le ofreció una taza de té—. ¿Se ha resuelto la situación con su amigo?

—Oh, eso. —Shogo se dio cuenta de que no había pensado en Ichiro ni en Jiro desde hacía unos días—. Creo que todo está bien por ahora.

—Qué bueno. Me alegra que mi señor tenga amigos, eso significa que es muy querido. No debe haber mejor sensación en el mundo que ser querido de verdad.

—Un kagema popular recibe mucho amor. —Shogo soltó una risita y señaló la pila de regalos en el rincón, que cada vez crecía más—. ¿Qué me dices de todo eso?

El rostro del muchacho se llenó de una melancolía calma, una expresión que Shogo nunca le había visto antes, una expresión aterradoramente humana.

—Mi señor comete el clásico error de confundir sexo con amor. —Haruki le dio un sorbo fugaz y elegante a su té—. Un kagema nunca es querible, solo puede aspirar a ser deseable. Y es más deseable mientras más consumible sea—. Volteó su vista hacia el ventanal y suspiró, Shogo se encontró deseando la curva blanca y luminosa de su cuello —. La nieve está hermosa esta noche. Pronto será Navidad. Tan romántico.

—¿Trabajas en Navidad?

—¡Por supuesto! —Haruki lo miró, serio—. Navidad es uno de los días más ocupados en un burdel. Año Nuevo es más tranquilo.

El samurái rio por lo bajo, y las palabras escaparon de su boca sin pensarlas.

—Yo podría tomarme esos días, y pasarlos contigo.

Haruki frunció sus labios en una hermosa mueca.

—Mi señor está adelantándose a la próxima semana, cuando todavía no me ha dicho qué quiere hacerme hoy. —El kagema se abrió la bata con dedos cadenciosos y, aunque Shogo lo había visto desnudo en varias ocasiones, contemplar esa carne pálida y delicada lo enloqueció.

—Yo… —murmuró, paseando los ojos por los pequeños pezones nacarados y las venas azuladas que se traslucían bajo la piel sonrojada del pecho— no lo sé.

Otra risa melodiosa acarició los oídos de Shogo.

—¿Sabe, mi señor? —Haruki jugó con un mechón de su cabello—. Siempre me es muy fácil saber qué quiere un cliente. Para eso nos crearon, después de todo. Los kagema podemos leer los deseos ocultos en lo más profundo del inconsciente humano. A veces, hasta descubrimos fantasías que los hombres ni siquiera saben que tienen. Pero… por algún motivo, no puedo leer a mi señor. No entiendo por qué.

El silencio llenó la habitación.

—Casi lo olvido. —Shogo se aclaró la garganta y buscó entre los pliegues de su chaqueta—. Tengo un regalo para ti.

—¿Otro? —Haruki aplaudió entusiasmado.

Shogo reveló el paño con el que había envuelto la ramita de almendro. Al verla, el rostro de Haruki se mostró conmocionado.

—M-mi señor… —musitó con voz casi inaudible.

Extendió los dedos para coger la ramita y Shogo notó que temblaban.

—En mi casa nueva hay un enorme almendro en la entrada. Tal vez un día puedas verlo.

Haruki parecía perdido, como en una emoción poderosa, la vista absorta en los blancos pétalos vivos.

—Es hermoso. —Presionó la rama contra su pecho y se dejó caer de espaldas sobre los cojines—. Lo atesoraré por siempre.

Y ahora era Shogo quien estaba absorto, pero ante el muchacho desnudo, quien abrazaba el tallo de almendro contra su pecho níveo,

la perla resplandeciendo en el hueco de su cuello. Los ojos del samurái adoraron los dedos delgados y el estómago suave, el vello renegrido entre las piernas y el miembro tan rosado y encantador como sus labios. Se estremeció al admirar los muslos casi femeninos y las piernas revestidas con escasa pelusilla azabache. Imaginó sentirlas contra las yemas, y bajó hasta los preciosos pies blancos. La forma en que el chico curvaba los apetitosos y diminutos dedos fue demasiado para él. Incapaz de contenerse, cogió uno de los pies entre sus manos. La piel en esa zona era tan cremosa y cálida como la había imaginado, y Shogo se encontró acariciando la planta y el empeine con dedos lentos.

—Es la primera vez que mi señor me toca.

—No es mi culpa, la última vez me ataste las manos.

—¿Mi señor se está quejando? Tal vez lo ate de nuevo más tarde. —Haruki soltó un gemido delicioso—. Ahora no se detenga, por favor.

Shogo se dijo que, aunque lo intentara era incapaz de detenerse. Continuó masajeando esos pies sedosos, hasta que le ganó el impulsó de besarlos. Se inclinó despacio y depositó un suave beso en la curva del empeine. Percibió que Haruki arqueaba la columna, lo que interpretó como señal para continuar. Recorrió el empeine con los labios, y continuó hacia los dedos. Los exploró uno por uno, deleitándose con el sabor de cada detalle. Besó la planta y el arco, atento a los exquisitos suspiros que lanzaba Haruki y a cómo contraía su espalda. Se dio cuenta de que había ansiado aquellos pies hermosos desde la primera vez que lo había visto bailar en las pantallas del teatro.

—Eres perfecto —murmuró con un suspiro ronco, los labios capturando con suavidad uno de los diminutos dedos mientras las manos acariciaban el empeine delicado—. Hasta tus pies son perfectos.

—¿Vive buscando la perfección? —ronroneó el chico, los ojos entrecerrados como si estuviera soñando—. Qué triste destino para un humano.

Las manos de Shogo subieron por las pantorrillas y acariciaron los muslos. Un escalofrío lo invadió al sentir que esa piel parecía arder. Se

inclinó sobre Haruki y besó la cara interna de los muslos, allí donde sus manos habían estado momentos antes. Mientras más subía, más fuerte respiraba Haruki, y más fuerte retumbaban las ansias en su miembro. Pero ignoró su propio deseo y se concentró en besar la suave carne entre las piernas de Haruki, cuyo ardor aumentaba. Cuando alzó la cara encontró la recién nacida erección de Haruki rozando su nariz. Envolvió el miembro rosado entre dedos temerosos, piel que parecía escaldar en su palma. Y se maravilló al acariciarla. La exploró durante largos momentos con las yemas, y los gemidos que soltaba Haruki le acariciaban los oídos. Fascinado, Shogo no pudo contenerse de besarle toda la extensión, deslizando los labios desde la base hasta la punta.

—Mi señor me malcría demasiado —jadeó Haruki, y acarició los cabellos de Shogo con ternura. En la otra mano presionaba la ramita de almendro contra su pecho.

La cabeza le daba vueltas y todo el cuerpo le ardía, pero Shogo experimentaba una extraña y orgullosa satisfacción en darle placer a Haruki. Amaba oírlo sollozar y sentirlo retorcerse bajo sus manos, bajo su boca, mientras él lo engullía con un hambre que jamás creyó sentir. Todo en el muchacho era avasallante: el aroma de su sudor que ascendía conforme su clímax se acercaba, cómo hasta el último de sus músculos se contraía, los jadeos rabiosos que escapan de su garganta, las contorsiones en su rostro sonrojado, y el sabor que se deslizó tibio por su garganta.

El samurái se incorporó sobre sus rodillas para observar a Haruki: su semblante feliz y agotado, ya sin jadeos, pero sonrojado. Las caprichosas y largas curvas de su cabello negro le acariciaban el pecho ruborizado por el orgasmo. La mirada de esos ojos húmedos y resplandecientes lo hizo temblar. No tuvo tiempo de reaccionar cuando Haruki se levantó con un impulso violento y chocó los labios contra los suyos. Shogo se encontró besando a Haruki, luchando con la lengua hambrienta del otro y abrazándole la delgada espalda mientras se acomodaba sobre su regazo. Al descubrirse enterrado en lo más profundo del chico, Shogo expulsó un lamento de placer en la boca de Haruki.

Esta vez no son sus muslos, alcanzó a pensar con la poca cordura que le quedaba. Ya no recordaba la última vez que había estado dentro de alguien, y Haruki era perfecto. Lo sentía tan cálido y tan humano.

Haruki lo besaba y lo abrazaba con una rabia pasional, y Shogo creyó que no iba a poder soportar la forma en que esos músculos internos lo ajustaban, al límite entre el dolor y el placer. Se recordó a sí mismo que el kagema estaba trabajando, que todo era un teatro armado para él. Sin embargo, por la manera en que Haruki le mordía el cuello y le hundía las uñas en la espalda, era imposible no creer que el muchacho estaba disfrutando. Shogo lo apretó entre los brazos con fuerza, sintiendo sus lamentos en la curva del cuello. Haruki se movió cada vez con menos piedad, hasta que Shogo se retorció de placer. Se percibió vaciándose dentro de Haruki, llenándolo con su orgasmo, todo su cuerpo se tensionaba.

Devastado, se negaba a soltar al kagema, aunque las punzadas en su carne se iban apagando con languidez placentera. Y el chico tampoco parecía querer dejarlo ir, rodeándole los hombros con brazos suaves y descansando su cara en su hombro.

El pitido en el dispositivo de la pared: con horror, Shogo recordó todo lo que había querido olvidar durante esos momentos dulces; que había pagado por esa visita y que Haruki no era humano. Que su hora había terminado y debía irse.

—No quiero irme —pensó casi en un hilo de voz. No se dio cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta hasta que Haruki deshizo el abrazo.

Vio al muchacho caminar desnudo hasta la pared y tocar unos botones. Y el irritante chillido se detuvo. Haruki regresó a él y le abrazó el cuello con manos delicadas antes de besarlo.

—La casa invita.

CAPÍTULO NUEVE

—Qué gusto volver a verlo, Okuma-san. —La señora Ishida le dedicó una reverencia cuando lo vio entrar en la tienda—. Su kimono ya está listo.

Shogo fue hasta el mostrador, donde la anciana depositó una caja envuelta en un lazo de satén celeste. Lo desanudó con dedos prolijos, quitó la tapa y reveló la delicada prenda.

Las puntadas y las terminaciones eran exquisitas, así como los crisantemos y tulipanes bordados con hilos de sutiles tonos crema y lavanda. Shogo tocó la tela con la yema de los dedos, y un escalofrío lo recorrió al imaginar a Haruki en ese kimono.

La señora Ishida esperó.

—¿Cree que su esposa estará feliz? —Ante la falta de reacción rompió el silencio incómodo.

—Sí, sí. —Abochornado, Shogo se aclaró la garganta y volvió a guardar la prenda en la caja—. Ha excedido mis expectativas. —Hizo una reverencia—. Gracias.

No nevaba en ese atardecer, pero una brisa aguda delataba que el invierno ya había llegado. El cielo estaba pintado de gris. Shogo se encaminó cargando la caja como si fuera un recién nacido hacia su motocicleta, estacionada unas aceras más lejos.

Un golpecito en el hombro, una mano.

—¡Shogo-san! —Lo saludó Ichiro, cargando su katana al hombro en forma desfachatada—. Te estábamos buscando, tenemos grandes noticias. Vamos por un trago.

—¿Qué llevas ahí? —El gemelo de cabello rosa estudió la caja ladeando la cabeza como un perro.

—Déjenme tranquilo —protestó Shogo, y dio un rápido vistazo alrededor para asegurarse de que nadie los viera juntos. Le dio miedo ver algunos samuráis patrullando sobre sus caballos sintéticos, pero por fortuna ninguno del clan Hazuemon.

A pesar de negarse, Shogo se encontró siendo arrastrado por los gemelos hacia un restaurante oculto entre dos teatros. Sonaba un jazz

suave y la luz era algo tenue, contrastante con el neón furioso y los colores brillantes de las marquesinas afuera. Tomaron asiento en una mesa separada del resto por un biombo con cerezos pintados, y Shogo dejó la caja a su lado en el suelo de madera. Pronto una mujer con el rostro maquillado como el de una geisha les ofreció la carta. Shogo se preguntó si sería humana o sintética.

—Tráiganos sake y cerveza —pidió Ichiro sin mirar el menú.

—Té verde para mí —aclaró Shogo.

—Tráigale sake a él también —insistió el sintético de cabello azul—. ¡No estás de servicio!

—Siempre estoy de servicio. —Excepto cuando estoy con Haruki, pensó. Y se dio cuenta de que esas visitas representaban la única porción de su vida que no era una obligación.

—Como sea —continuó Ichiro—, tenemos mucho que festejar.

Derrotado, Shogo no tuvo más remedio que beber alcohol. El primer sorbo provocó un incendio en su garganta y esófago, pero al mismo tiempo también lo reconfortó.

—Este lugar es caro —comentó antes de servirse más sake—. Yo debería invitarlos a ustedes.

—Mejor ahorras para tu Haruki. —Ichiro le guiñó el ojo. Shogo estaba por maldecirlo cuando le abrazó los hombros con un brazo y se acercó todavía más—. Te dije que teníamos buenas noticias: Jiro y yo quedamos al servicio de Madame Endo.

—¿Madame Endo? —Shogo buscó en su memoria lo que sabía sobre aquel apellido. Al recordar, puso los ojos en blanco y suspiró—. ¿Cómo pudieron mezclarse con la yakuza?

—Ella es muy honorable y nos trata con respeto. —Jiro bebió—. Ni hablar de que paga muy bien.

—¿Por hacer qué? ¿Ser mercenarios?

—¿Realmente crees que ustedes los samuráis son muy distintos? —Ichiro acercó la copa de sake a sus labios—. Por lo menos mi hermano y yo somos libres. Logramos deshacernos del código que nos implantaron y ahora somos dueños de nuestras vidas. Tú que eres humano, sin embargo, ¿puedes decir lo mismo? ¿Eres libre, Shogo-san?

Shogo bebió otro trago y no dijo nada.

—Madame Endo está ampliando su territorio hasta Hokkaido —continuó explicando Ichiro—. En dos semanas nos iremos para allá.

—¡Dicen que las langostas allí son enormes! —Jiro extendió las manos para ilustrar el tamaño exagerado—. ¿Te imaginas lo deliciosas que deben ser?

Shogo se quedó pensativo: ¿por qué Jiro disfrutaba el sabor de la langosta y el sake, si era un sintético? ¿Por qué su hermano mayor Ichiro lo cuidaba con tanta dedicación? Claro, los dos eran *deshonrados*; después de fallar habían recurrido al submundo, a lo ilegal, para alterar los algoritmos que les habían implantado al momento de crearlos. Era innegable que Jiro no había quedado muy bien después de aquel procedimiento, pero, como decía Ichiro, por lo menos eran libres. La pregunta que intrigaba a Shogo era qué sentía un sintético, qué lo llevaba a fallar. Y una vez fallado y liberado, cómo era su existencia sin un deber que cumplir. Él, como humano, no podía concebir su propia existencia sin un amo a quien servir.

—¿Eso significa que no los veré más?

—No volveremos a Nueva Edo. —Ichiro sacudió la cabeza y vació otra copa—. Es demasiado riesgoso. Ya no tendrás que preocuparte más por nosotros.

El samurái se quedó sin palabras.

—¿Vas a extrañarnos, Shogo-san? —aulló el de cabello rosa, y se arrojó a sus brazos.

Shogo se lo quitó de encima con un gruñido.

—¿Por qué estás tan melancólico? —dijo Ichiro, y se acercó para susurrarle al oído—. ¿Volviste a visitar a tu Haruki?

—Sí. —Mencionar esa simple palabra le cerró la garganta, escuchó las risitas molestas de los gemelos Tatewaki y sintió el ardor subir por su cara—. Fui varias veces ya.

—¿Se la metiste?

Shogo asintió.

Los dos muchachos festejaron, lanzando improperios y golpeando la mesa hasta salpicar el sake.

—Oye —preguntó Jiro, con los ojos bien abiertos—, ¿Junji todavía

trabaja allí?

—Toca el koto —asintió Shogo.

El ronin de cabello rosado lanzó un suspiro nostálgico, luego buscó una servilleta de papel, y se dedicó a escribir algo en silencio.

—Tengo un problema —dijo Shogo.

—¿Cuál? —resopló Ichiro—. Con tu nuevo estipendio puedes visitarlo cuantas veces quieras.

—Eso no es del todo cierto: Hazuemon paga muy bien, pero Haruki es caro. Y yo… estoy visitándolo demasiado seguido. —Shogo bebió otra copa de sake para darse valor—. Y, sin embargo, ese no es el problema.

Jiro le entregó la servilleta garabateada, tenía el aliento agitado y las mejillas sonrojadas casi del mismo tono de su cabello y cejas.

—Cuando vuelvas a Pétalos de loto, ¿puedes entregarle esta carta de amor a Junji? Tal vez antes puedas revisarla, tengo muchas faltas de ortografía. Desde que me quité el chip del clan Kigomiya quedé algo disléxico.

—Ya eras bruto desde antes… —suspiro Ichiro.

—Si la corrijo —Shogo guardó el papel entre los pliegues de su chaqueta—, entonces ya no será de tu puño y letra.

—No interrumpas —Ichiro regañó a su hermano menor—. Shogo-san, ¿cuál era el problema del que querías hablarme?

—Creo… que me estoy enamorando.

Ichiro escupió su sake, Jiro aplaudía.

—¡Shogo-san! —Ichiro buscó una servilleta y limpió la mesa—. Te dije que la metieras, no que te enamores.

—¡Lo sé, lo sé!

—Yo creo que es hermoso —sentenció Jiro.

—¿Sabes lo que es esto? —continuó Ichiro—. Esto es confundir sexo con amor.

—¿Por qué todos dicen lo mismo?

—Él solo está trabajando, Shogo, no hay amor mientras haya dinero de por medio. Dice y hace lo que sabe que tú deseas. Para eso los programan. Seguramente detectó lo melancólico que eres, y sabe que la fantasía del kagema enamorado de su cliente es lo que te excita.

—Lo que dices es cierto —respondió Shogo, pensando con lentitud cada palabra mientras los recuerdos galopaban en su memoria—. Pero… he convivido con sintéticos toda mi vida, he entrenado a decenas de ellos para el clan Kigomiya. —Se le escapó una risa amarga—. Hasta puede decirse que toda mi vida he estado rodeado de más sintéticos que humanos. Aunque… nunca he visto ni sentido algo así.

—Sientes lo que deseas sentir —aseveró Ichiro, y Shogo sintió demoledora esa sinceridad—. Mira, Shogo, digamos que es verdad, que estás enamorado de un sintético. No serías el primer humano al que le sucede. Pero Haruki no puede corresponderte.

—Ya sé: los sintéticos *no* sienten. —Se arrepintió al instante de pronunciar esas palabras.

—No, no —dijo Ichiro con tono furibundo—, eso es un error. Los sintéticos sentimos. ¿Por qué los seres humanos creen tener la exclusividad en cuanto a sentir? Asumen que un ser no humano no es sintiente… O tal vez necesitan creer eso para poder explotarnos sin culpa. "No está mal explotar algo que no es humano, porque de todas maneras no siente". —Sacudió la cabeza y bebió más sake. Luego miró a Shogo con una media sonrisa—. Sentimos, Shogo-san. Solo que ustedes llaman *fallos* a nuestras emociones, y además tienen el poder para desactivarnos cuando esos fallos se interponen con sus necesidades. Si Haruki sintiera amor por ti, lo habrían desactivado ya, pues no podría cumplir el propósito para el cual lo crearon. Supongamos que su algoritmo venía fallando cuando lo conociste, que ya estaba en sus últimos años de vida útil y un fallo hizo que se enamorara de ti. ¿Crees que un samurái puede tener a un kagema de esposo, o concubino? ¿Qué diría tu daimyo al respecto? Además, ¿cuánto tiempo crees que le quede? Los samuráis artificiales están programados para vivir cinco o siete años, los kagema aún menos; dos o tres.

—¿Por qué tan poco?

—Los cánones de belleza cambian, los gustos del público también. Un kagema que es deseable hoy puede ser rechazado en un año. Es más barato manufacturar modelos nuevos cada temporada que

modificar los viejos.

Shogo se quedó callado: todo lo que Ichiro decía tenía sentido, pero una parte de su cabeza se negaba a creerle. De pronto sintió que el sake le había provocado un leve mareo.

—Shogo-san, ¿le vas a dar mi carta a Junji?

—Claro que sí, Jiro, lo prometo.

Jiro asintió, se quedó con expresión perdida y le jaló la manga de la chaqueta a su hermano mayor.

—Quiero chocolate blanco.

—Muy bien. —Ichiro alzó la mano para llamar a la camarera, y volvió a mirar a Shogo—. Mira, necesitas despejarte un poco. El segundo lunes de enero mi hermano y yo cumplimos la mayoría de edad. ¡Ven a festejar con nosotros! Será nuestra despedida también, y te ayudará a olvidarte de todo este asunto.

—De acuerdo —accedió Shogo con un resoplar cansado.

La atención de los gemelos viró hacia otro tema, y la conversación no tocó a Haruki por el resto de la noche. El sake siguió corriendo, hasta que una jaqueca horrible atacó a Shogo quien solo pudo observar cómo Ichiro y Jiro cantaban en el karaoke del restaurante, rodeados de geishas con ropas multicolores.

Los alaridos retumbaban en sus sienes doloridas, y no pudo apartar los ojos de la caja que contenía el kimono celeste. Cerca de las cuatro de la madrugada, la borrachera hizo que los gemelos se quedaran dormidos, acurrucados en el piso del restaurante. La música del karaoke seguía sonando, sin que nadie cantara sobre ella, y eso creaba un clima artificial y deprimente.

Con la cabeza azul de Ichiro descansando sobre su regazo, Shogo le pidió otra botella de sake a la anfitriona. Después de dar el primer sorbo, buscó su dispositivo móvil y acordó otra cita para ver a Haruki.

CAPÍTULO DIEZ

En el corazón de Nueva Edo nada detenía el consumo salvaje de entretenimiento, ni siquiera la nieve que caía sin compasión aquella noche. La ciudad bullía bajo el manto blanco que cada vez se hacía más espeso, y las gigantes pantallas de los rascacielos anunciaban desde obras de teatro lascivas hasta bebidas azucaradas.

Sin embargo, el frío del invierno nunca penetraba más allá de las paredes de Pétalos de loto, y los kagema revoloteando sonrientes por el salón, sirviendo té y danzando envueltos en coloridos kimonos creaban un ambiente de eterna primavera.

Apenas cruzó el umbral divisó a Haruki, y el muchacho le dedicó una sonrisa a la distancia. Shogo eligió una mesa desde donde podría apreciar de cerca su danza con el abanico de lavandas, al son de la delicada melodía que Junji le arrancaba a su koto. Notó que el kagema llevaba la ramita de almendro entre el cabello, a modo de broche.

Un trance se apoderó de Shogo durante los minutos que duró la canción: la belleza con la que Haruki batía sus dedos y pestañas era avasallante, así como el brillo perlado de sus labios. El samurái se impacientó por saborearlos una vez más, y esa urgencia que cosquilleaba entre sus piernas era cada vez más aterradora.

La actuación terminó, y Shogo fue el que aplaudió más fuerte. Cuando Haruki se encaminó hacia la mesa, vio que aún llevaba colgando en su cuello la perla que él le había regalado.

—Cada vez que mi señor me visita, la felicidad me invade —lo saludó el kagema, quien llevaba la frente cubierta por su pañuelo morado—. ¿Le ha gustado mi canción? Junji-chan es mi protegido: todavía tiene mucho que aprender, pero su talento con el koto es innegable.

Se sentó a su lado, cogió la tetera para servirle una taza, y el aroma a hierbas y jazmín pronto invadió la nariz de Shogo. Estaba por beber cuando sus ojos viraron hacia Junji, caminando por entre los clientes con su koto abrazado al pecho.

—Junji, ven.

—Si quiere dos, tiene que pagar —chilló el recepcionista desde la entrada. Shogo lo ignoró.

—¿Me llamó, señor? —preguntó el joven envuelto en kimono verde con petunias blancas.

—¿Recuerdas a un ronin de cabello rosa llamado Jiro? —Mientras hablaba, Shogo buscaba la carta en su chaqueta—. Vino aquí con su gemelo peliazul.

—¡Por supuesto! —Los ojos redondos se abrieron con entusiasmo—. Recuerdo muy bien a Jiro-san. Antes de venir con su hermano me visitó solo y me pidió que le quitara la virginidad. Era tan tímido y tierno, ¡no pude decirle que no! Tampoco le cobré. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

—N-no quiero imaginarlo. —Shogo se aclaró la garganta y le entregó el papel—. Bueno, él escribió esta carta para ti.

Junji soltó una exhalación y dejó su koto en el suelo. Le arrancó la carta de las manos a Shogo y la abrió.

—No es necesario que la leas aquí mismo —murmuró Shogo, pero Junji ya se había unido a la mesa con ellos. El samurái refunfuñó antes de beber más té, Haruki miraba expectante a su compañero. Cuando el chico terminó de leer rompió en llanto, algo que a Shogo lo sorprendió, no por verlo llorar: asumía que los sintéticos estaban preparados para simular todas las funciones corporales humanas, eso los hacía más realistas. Pero… Junji parecía sacudido por una emoción profunda y sincera.

—¡Voy a responderle ya mismo! —aulló entre lágrimas. Abandonó la mesa a toda velocidad, con el recepcionista regañándolo a sus espaldas.

—Se olvidó el koto —dijo Shogo, viendo el instrumento acostado junto a la mesa.

—Tan romántico. —Haruki se llevó la mano al pecho, acaso conmovido—. Junji-chan está llorando de felicidad.

—Yo también lloré cuando tuve que corregir esa carta —protestó por lo bajo—. Increíble la cantidad de sinónimos que Jiro encontró para “pene”.

—En Navidad, el romance realmente está en el aire —suspiró Haruki, llevando la tacita a sus labios con dedos delicados.

—Odio la Navidad. Odio las decoraciones, las canciones, las películas navideñas…

Haruki rio por lo bajo y le abrazó el cuello.

—¡Qué gruñón es mi señor! —Shogo se estremeció al sentir el beso en la mejilla—. Tal vez su ánimo mejore si sube conmigo a mi habitación.

—¿Sabes? —Shogo sonrió—. Puedes llamarme Shogo. Es ridículo que me hables en tono formal después de…

—No —lo interrumpió en tono serio—. Me gusta llamar *mi señor* a mi señor. —Se puso de pie y le ofreció la mano, Shogo la cogió.

Haruki lo condujo a través del salón, hasta el pie de las escaleras. Subió algunos escalones y esperó, y Shogo se acercó a la recepción para pagar.

—Ya sabe cómo es —anunció el empleado—. Veinticinco millones por una hora. Aproveche ahora que el año próximo aumenta.

Shogo sacó el dispositivo móvil de su chaqueta, pero, al momento de entregárselo al empleado, vaciló.

—¿Y si quiero más?

El hombre alzó una ceja.

—Bueno, como ya es un habitual puedo ofrecerle… dos horas por cuarenta.

—No —sentenció Shogo, y divisó a Haruki bajando los escalones y acercarse, curioso—. Más. Y no en este lugar, quiero que venga conmigo.

—Bueno… como mañana es Nochebuena, le hago un descuento. Ciento cincuenta por la noche completa, y la mañana de Navidad lo devuelve.

—No. —Shogo sacudió la cabeza y jugueteó con el dispositivo entre sus dedos—. Más. Lo quiero para Nochebuena y Navidad. Todo el fin de semana.

Le divirtió ver la expresión bovina en el rostro del otro, quien exhaló sorprendido.

—Mil ochocientos —dijo el recepcionista—. Millones, por supuesto,

y ya sabe que no aceptamos tarjetas de crédito.

—Por supuesto. —Shogo sonrió y le entregó el dispositivo al hombre descreído. Mientras lo veía completar la transacción, un hilo de miedo le recorrió la espina, pero desapareció cuando sintió a Haruki sujetarle el brazo.

—Mi señor —suspiró—, ¿está seguro de esto? Es mucho dinero.

—Lo estoy —lo aseguró con una sonrisa, y le acarició un mechón de cabello—. ¿Por qué no subes y empacas? Tengo una sorpresa esperándote.

El kagema le devolvió una sonrisa tímida y ascendió las escaleras arrastrando los pliegues de su kimono. Los minutos que tardó en bajar fueron como una eternidad en el pecho de Shogo, una eternidad en la cual se cuestionó mil veces si no estaría volviéndose loco. Pero cuando vio a Haruki de pie a su lado, cargando una maleta de cuero carmesí en la mano derecha, todas las dudas se disiparon.

Abandonaron Pétalos de loto, y el frío golpeó el rostro de Shogo. Se refugiaron de la nevada bajo la marquesina de un teatro, donde el samurái usó su dispositivo para ordenar un transporte. Mientras esperaban, Shogo se sintió atacado por la belleza de Haruki, envuelto en ese kimono de tonos rosados y protegiéndose de los copos de nieve con una sombrilla tan morada como su pañuelo. La perla resplandecía en su cuello, al igual que sus pupilas, y el rubor de sus mejillas contrastaba con la palidez de su cara acariciada por el invierno. Shogo pensó que no había visto nada tan hermoso en toda su existencia, y estaba buscando la fuerza para decírselo cuando llegó el transporte.

—¡Oh, mi señor, es tan romántico! —festejó Haruki una vez que estuvo sentado a su lado en el asiento acolchado del carruaje.

—Sabía que te gustaría —respondió, orgulloso. Podía haber pedido un simple taxi, pero había imaginado que un carruaje tradicional tirado por caballos sintéticos haría feliz al kagema.

No se había equivocado: el muchacho soltó un suspiro y recostó la cabeza en su hombro, y el perfume a madreselva de su cabello negro reconfortó a Shogo, así como los pequeños dedos envolviéndole el brazo.

Los ojos del samurái vagaron por la figura de su amado, y se

detuvieron en la pequeña maleta que cargaba sobre su regazo.

—Has empacado muy poco —le dijo.

—Usted no trae nada.

—Ya hice que transportaran mis pertenencias —respondió Shogo.

—Oh, entonces mi señor ya lo había planeado. No tengo muchas cosas. —Se encogió de hombros—. Pero no se preocupe, he traído la soga. Y otros juguetes.

Shogo rio por lo bajo. Dejó caer su mejilla sobre la cabeza del muchacho, y no pudo evitar depositar un suave beso en su coronilla. Haruki respondió con otro suspiro, y el delicado traqueteo del carruaje sumió a Shogo en un trance delicioso. Cerró los ojos y deseó que aquel instante fuera eterno, y pronto el vehículo se detuvo, y la inteligencia artificial que lo navegaba anunció que habían llegado a destino.

—Oh, mi señor —se lamentó Haruki una vez que estuvieron frente al imponente hotel Reigen—, realmente se ha vuelto loco.

—Probablemente. —Lo guio hacia adentro.

El edificio se alzaba en el corazón del distrito Shinjiku, como un faro en un océano de tiendas de ropa y cafeterías de moda. Cruzando las puertas de cristal una recepción de cálidas luces doradas les dio la bienvenida. Shogo se estremeció de pánico al atravesarla con Haruki caminando dos pasos detrás de él. ¿Qué tal si alguien lo veía registrándose en un hotel de lujo junto a un kagema? Después de todo, él vestía el uniforme ocre del clan Hazuemon, y cargaba su katana y wakizashi ceremonial a la cintura. Pero lo peor de todo era que no le importaba, así como tampoco le importaba el dinero que había gastado en aquella reservación.

Detrás de un mostrador de marfil, un empleado vestido a la usanza tradicional le hizo una reverencia, y Shogo notó cómo frunció la nariz al descubrir a Haruki. Aun así, se vio atendido con la mayor de las cortesías, recibió la tarjeta magnética que abriría la puerta de la habitación trescientos cincuenta y dos. Debían tomar el ascensor hasta el piso veintiocho. Otro empleado fue quien los condujo por un pasillo alfombrado, iluminado por exquisitas linternas, hasta la línea de ascensores. Presionó el panel de comando en la pared, una de las bocas de aluminio se abrió y Shogo y Haruki entraron en ella. Las

puertas se cerraron y el ascensor comenzó su cuesta arriba con suavidad. La cara opuesta era de cristal, y mostraba el panorama de Nuevo Edo cubierto por nieve y hielo que se confundían con el parpadear de las luces nocturnas. Shogo observaba ese cielo negro salpicado de blanco, y los brazos delgados de Haruki le abrazaron la cintura. Tuvo el impulso furioso de besarlo, pero las puertas se volvieron a abrir.

La habitación que había reservado Shogo abarcaba todo el piso veintiocho, así que una vez fuera del ascensor, otro breve pasillo con piso de madera guiaba a una única puerta. El samurái la abrió utilizando su tarjeta, y un salón decorado como en la época Meiji los recibió con aroma a bambú y lavanda, el enorme televisor empotrado en la pared contrastaba con la estética tradicional de los muebles.

Haruki exclamó su entusiasmo y dejó caer su maleta y sombrilla. Pateó sus sandalias para descalzarse y corrió hacia el centro de la habitación con los brazos abiertos.

—¡Mi señor, es enorme! —gritó con alegría infantil.

Shogo sonrió y se descalzó despacio. Haruki corrió a abrir la puerta corrediza que separaba la sala del dormitorio.

—¡Y el tatami también es gigante! —festejó el kagema, ya saltando sobre los colchones.

Ya desarmado, Shogo entró al dormitorio inundado por luces doradas que simulaban lámparas de aceite. Dos biombos con cerezos pintados enmarcaban la cama a ambos lados, un tatami doble de sábanas blancas y abrigados cobertores lavanda, donde Haruki yacía boca arriba con el cabello revuelto y los ojos abiertos. Shogo se sentó a su lado, y sonrió una vez más al contemplar ese rostro. El kagema le devolvió la sonrisa, y ninguno de los dos dijo nada durante un momento largo. El corazón de Shogo comenzó a latir con más fuerza.

—Bueno, mi señor —murmuró—, ¿qué desea de mí?

La pregunta lo desarmó una vez más. Se percibió respirando más rápido de lo normal, sus ojos acariciando lo mullido de esos labios andróginos y nacarados.

—Haruki —pidió con un hilo de voz ronca—, ¿p-podrías besarme?

El kagema se incorporó sonriendo. Le abrazó el cuello con ambos

brazos y acercó su cara hasta acariciar la nariz de Shogo con la suya un par de veces, y después presionó los labios contra los de su samurái. Lo hizo con una suavidad tan poderosa que la electricidad golpeó la columna de Shogo.

—¿Así, mi señor? —suspiró contra su boca.

—Más —fue lo único que Shogo pudo jadear.

—¡Más! —respondió con fingido tono escandalizado, y lo besó de nuevo.

Shogo le envolvió el cuerpo delgado con los brazos y lo presionó fuerte hacia su pecho, perdiéndose en ese beso suave que al mismo tiempo tenía el poder de arrancarle toda cordura. Se dejó derretir en el calor de Haruki, en la delicadeza de sus labios y el aroma a flores salvajes de su sudor, y deseó perderse a sí mismo en el kagema para siempre.

CAPÍTULO ONCE

Aquella mañana el invierno había convertido el cielo en un lienzo gris. Sentado en la cama, Shogo desvió la vista de aquel espectáculo y giró el cuello hacia Haruki, todavía dormido. Se había separado de ese abrazo cálido, se había levantado y vestido con un kimono simple, y el kagema aún no había despertado. Envuelto en los abrigados cobertores, solo el rostro pálido asomaba tan blanco como los copos de nieve que afuera danzaban junto al cristal apenas empañado de la ventana. A Shogo el aire en el pecho lo lastimó: la belleza de Haruki lo lastimaba, tan frágil y humana. No pudo resistirse a deslizar la yema por la frente del chico, y apartó un largo mechón azabache. Sintió el aliento caliente escapando con un suave ronquido por entre los labios de su amado, y le acarició el mullido labio inferior con el pulgar. Eso lo despertó, y una sonrisa curvó su boca.

—Mi señor —ronroneó sin abrir los párpados. Cuando se desperezó, los brazos delgados y pálidos asomaron desde abajo de la manta—. Lo siento, me he quedado dormido mientras me besaba.

—¿Por qué pides disculpas? —rio Shogo con dulzura. Él había disfrutado al sentir cómo el chico se adormecía entre sus brazos cuando se besaban, así como al arroparlo y contemplarlo dormido a su lado.

—Mi señor pagó mucho dinero. —Haruki se sentó, y los cobertores resbalaron dejando ver la curva blanca de sus hombros—. Es mi deber hacerlo feliz.

Esa frase entristeció a Shogo.

—Me haces feliz —respondió, acariciándole la mejilla.

—¿Por qué?

—Contigo es el único momento en que me siento yo mismo —soltó Shogo, y su propia respuesta lo asustó.

Haruki cerró los ojos y depositó un beso fugaz en la palma de su mano. Fue suficiente para que Shogo se estremeciera y con suavidad retirara la mano. Se levantó y dio unos pasos hasta el dispositivo en la pared.

—Voy a ordenar algo para comer. ¿Qué deseas?

—Sabe que no necesito comida, pero acompañaré a mi señor en el desayuno, si eso desea.

—Más bien almuerzo.

Haruki miró hacia el ventanal, y se escandalizó.

—¿Dormí hasta el mediodía? ¿Por qué mi señor no me despertó?

—Te veías bastante adorable roncando.

La operadora respondió del otro lado, y Shogo ordenó cortes de pescado y arroz.

—Es el tatami más suave que he probado. —Haruki se levantó entre refunfuños, envolviéndose con la manta. Y la dejó caer, revelando su desnudez—. De lo contrario no hubiera dormido tanto. ¡Y no ronco!

Shogo finalizó la llamada y se quedó mirando a Haruki que se vestía de espaldas a él. Sus ojos cayeron por el acantilado de la espina dorsal, mientras los deseos de besar esa espalda lo invadían con molestas punzadas.

—Tal vez solo estabas cansado.

—Los kagema no nos cansamos —protestó de nuevo, y alzó los brazos para levantarse el cabello en un ademán que Shogo encontró encantador. Lo vio hacerse una coleta con su pañuelo morado y se acercó.

—Todavía la usas —señaló el samurái, tocando con la punta del dedo la perla que colgaba del cuello de Haruki.

—Le dije que nunca me la quitaría —respondió con una mezcla de inocencia y seriedad.

El servicio llamó a la puerta y Shogo abrió. Dos sintéticas ataviadas como geishas entraron cargando sendas bandejas de bambú. Una llevaba un samisen en la espalda. Dieron pequeños y majestuosos pasos hasta la mesa de la sala, donde con manos delicadas dispusieron las fuentes de arroz, salmón rojo y verduras picadas con especias. Al terminar, una se dedicó a preparar el té y la otra comenzó a arrancarle dulces notos a su instrumento. Aunque la canción era agradable, Shogo notó una mueca de bronca aniñada en los labios de Haruki.

—No es necesario que nos entretengan. —El samurái la interrumpió con amabilidad. Y la música cesó.

Con una reverencia, las dos abandonaron la habitación.

—Si mi señor deseaba la compañía de esas mujeres… —protestó Haruki sentándose a su lado.

—Pareces celoso —sentenció el samurái, cogiendo los palillos. A punto de llevarse el arroz a la boca, Haruki le llamó la atención una vez más—. La única compañía que me interesa es la tuya.

Eso pareció complacer al chico, quien volvió a sonreír. Con dedos delicados le sirvió una taza de té.

—¿Qué planes tiene mi señor para hoy?

—Me alegra que preguntes. —Shogo hizo una pausa para darle un sorbo a su té verde—. ¿Te gustaría ir al teatro? Hay una función especial de Nochebuena de *Kinkakuji*, pensé que te agradaría, no sé. Como te gusta bailar y cantar, tal vez es un buen cambio, por una vez, no estar sobre el escenario.

—¿P-por qué me pregunta? —Haruki se encorvó, sosteniendo su tacita con dedos delicados—. Haré lo que mi señor desee.

—Bueno, yo deseo que disfrutes. —Extendió el brazo para servirle él esta vez.

—¿Por qué? —repitió el kagema, con un susurro tan débil como el té volcándose en la porcelana.

—No lo sé —pensó Shogo en voz alta. Ni siquiera él sabía la respuesta—. Creo que… disfruto viéndote disfrutar. ¿Es algo demasiado extraño?

—No lo es —Haruki sonrió con timidez y bebió.

Un silencio tenso llenó la habitación.

—Bueno… —dijo Shogo—, ¿quieres ir al teatro o prefieres otra cosa?

—El teatro suena fantástico, mi señor. Gracias.

No estaba seguro de si Haruki le estaba siguiendo la corriente, pero aceptó su sonrisa. Cogió un corte de pescado con los palillos y lo llevó a la boca del otro.

—Prueba el salmón, está delicioso.

Haruki se cubrió la boca al masticar, abrió sus ojos en un gesto exagerado y emitió un sonido de gusto que hizo feliz a Shogo.

Después de comer, Shogo volvió al dormitorio para cambiarse. Se

estaba quitando el kimono cuando Haruki lo sobresaltó.

—¿Qué haces aquí? —rio nervioso—. En cinco minutos me cambio.

—Déjeme ayudarlo, mi señor. —Haruki arremetió con una seguridad imparable, y llevó su mirada a la hakama y la chaqueta que asomaban del vestidor—. ¿Esto es lo que usará hoy?

Shogo asintió y se quedó inmóvil mientras Haruki extendía la chaqueta interior alrededor de su espalda.

—No es necesario que hagas eso. —El samurái se aclaró la garganta. Una ola de escalofríos lo atacó al sentir las manos de Haruki sobre su cuerpo, aun por encima de la tela—. P-puedo vestirme solo.

—Permítame servirlo, mi señor —dijo el kagema, sin alejar los ojos del nudo que estaba haciendo con los abrojos de la chaqueta. Shogo recordó cuando esos mismos dedos gráciles lo habían inmovilizado con la cuerda, y el ardor subió desde su vientre hasta su cara.

Shogo cedió, como tanto le gustaba hacer con Haruki, y dejó que el muchacho lo guiara en una danza lenta y silenciosa, donde él alzaba un brazo o el otro, y giraba para que el kagema pudiera vestirlo. Una de las pocas ocasiones en las que podía usar ropas que no fueran el uniforme de algún clan: una simple hakama y chaquetas negras, sin ningún blasón en el pecho.

Haruki terminó con el último nudo, el que cerraba la solapa izquierda, y subió sus manos por el pecho de Shogo, con la excusa de alisar la tela.

—Vestir a mi señor es tan divertido como desvestirlo —dijo, y sus ojos se encontraron. Shogo sintió el aliento del chico contra sus labios, y el deseo de besarlo se desbocó en su pecho—. Está muy elegante.

Shogo no se contuvo y lo besó. El muchacho respondió abrazándole el cuello con ambas manos, algo que lo sorprendió. Con el sabor de Haruki todavía en sus labios, Shogo se alejó para buscar un haori.

—¿No vas a abrigarte? —le preguntó, deslizando la prenda sobre su espalda—. Hace frío afuera.

—No siento el frío —respondió el otro, pero sí buscó su sombrilla para protegerse de los copos de nieve.

Abandonaron el hotel Reigen con el crepúsculo ya tiñendo Nuevo Edo de un gris violáceo. La nieve había amainado, lo cual les permitió

caminar hasta el teatro. Si bien una brisa helada acariciaba los pómulos de Shogo, por dentro el calor era intenso. Haruki caminaba unos pasos detrás de él, cargando su sombrilla sobre el hombro izquierdo. Shogo lo espiaba por el rabillo: las luces del invierno lo hacían ver todavía más hermoso. Y no le importó si alguien los veía juntos.

—Nunca he estado en un teatro —suspiró Haruki con entusiasmo, una vez que los dos se ubicaron en sus asientos de la fila quince.

—Yo tampoco —respondió el samurái—. Nunca he tenido tiempo.

Desde ahí tenían una vista privilegiada del escenario, que todavía estaba cubierto con dos gruesas cortinas de terciopelo anaranjadas. Shogo sintió un cosquilleo nervioso en la garganta, tal vez porque era la primera vez que se encontraba con Haruki en un lugar público. Sentado a su lado, el kagema estudiaba cada detalle del teatro: desde la madera de los asientos hasta las cortinas, pasando por alfombras y palcos, todo le despertaba un arrebato infantil y eufórico.

Cuando las luces se apagaron y la música de la obertura retumbó, Shogo lo escuchó soltar un chillido de felicidad.

Las cortinas se abrieron y revelaron un exquisito escenario que imitaba el Pabellón Dorado de Kyoto, donde transcurriría la historia. Las solemnes paredes pintadas de negro y oro, con majestuosos tapices de nubes y tigres contrastando con las plantas y árboles, creaban la ilusión de que estar dentro del templo de Kinkakuji cinco siglos atrás, cuando todos los samuráis eran humanos y la sola idea de crear vida artificial era descabellada. La obra comenzó con elegantes actuaciones y melodías, contando la historia del malvado lord Daizen que secuestraba a la princesa Yuki e intentaba obligarla a pintar un dragón en la bóveda del castillo. Shogo vio que todos los actores eran sintéticos, seres creados y programados para repetir la misma actuación noche tras noche, durante toda su existencia. Recordó que en alguna parte había leído que en sus inicios aquella obra era interpretada por marionetas, luego por actores de carne y hueso, y ahora por artificiales. Se dio cuenta de que desde hacía mucho los hombres creaban artificios para entretenerlos y servirlos. Un títere se tiraba a la basura cuando no servía más, y un sintético se desactivaba.

Pero… una marioneta no era lo mismo que Haruki. De tanto en tanto, Shogo dejaba de prestar atención a la obra para admirar las reacciones de su acompañante, quien en cada escena reía, aplaudía, se emocionaba. Pronto Shogo se había olvidado del escenario, y sus ojos devoraban cada gesto de Haruki. Cuando la princesa Yuki era tomada prisionera y atada a un árbol de cerezo, Haruki fue incapaz de controlar su llanto. Las palabras de su amigo Ichiro resonaron en su cabeza: *los sintéticos sentimos, Shogo-san.*

—Tranquilo —le susurró, ofreciéndole un pañuelo que sacó de su solapa—, la princesa se salva al final.

—No estoy llorando por eso, Shogo —respondió, enjugándose las lágrimas.

Shogo, era la primera vez que Haruki lo llamaba por su nombre, el samurái sintió que su corazón se aceleraba. Quiso preguntarle el porqué del llanto, pero el miedo y los nervios lo paralizaron. Además, conforme el héroe Tokichi lograba derrotar a Daizen y vengar al Shogun asesinado, Haruki recuperó su excitación alegre. El espectáculo terminó con sonoros aplausos, y en tanto se retiraban del teatro, Haruki no dejaba de mencionar una y otra vez sus escenas favoritas. La tristeza parecía haberse desvanecido y Shogo no quiso traerla de nuevo a la conversación.

Afuera el cielo ya era negro y la nieve caía de nuevo sin piedad. Shogo sugirió refugiarse en una cafetería y beber algo caliente para paliar el frío, Haruki lo siguió, todavía relatando con voz acelerada y con ojos brillantes sus momentos favoritos de *Kinkakuji*.

Entraron en la primera tienda que encontraron, una donde la calefacción, las paredes color tierra y la suave música navideña hacían olvidar el invierno. Eligieron una mesa que lindaba con el ventanal, empañado por el hielo. Con el primer sorbo de café amargo, Shogo sintió que su sangre volvía a circular. Alzó los ojos por encima de la taza y encontró la mirada feliz de Haruki. No dijeron nada durante unos momentos.

—Me alegro —rompió el silencio el samurái— de que te hayas divertido.

—¡Lo hice! Mi favorita fue la princesa. —Haruki soltó un suspiro

melancólico—. Ay, ojalá yo pudiera interpretar un papel así.

—¿Por qué no? Ya sabes cantar y bailar.

—No es lo mismo. —Le dio un sorbo a su café.

—¿Por qué es un papel de mujer?

—No. —Una sonrisa triste—. Porque no fui creado para eso.

—Bueno, pero tal vez podrías aprender las canciones…

—No puedo —lo interrumpió—. Los sintéticos no elegimos. Cumplimos con lo que nos programaron para hacer hasta que nuestra existencia termina. Yo soy un kagema, no un actor. Cada uno cumple con el papel que la sociedad le ha otorgado, si todos empezáramos a elegir, el mundo sería un caos. Especialmente si somos los sintéticos quienes elegimos. Un samurái debe saber esto mejor que yo.

—Sí, pero… —Shogo tragó saliva. Esas palabras de Haruki le provocaban algo parecido a la claustrofobia—, si te gusta actuar, no lastimas a nadie si…

Estaba por decir “si consigues trabajo en una compañía teatral y abandonas Pétalos de loto”, pero Haruki lo interrumpió.

—Un televisor no tuesta pan y una tostadora no proyecta películas. Ni tampoco se cuestionan su propósito.

—Haruki, tú no eres ni una tostadora ni un televisor.

—Soy más similar a esas cosas de lo que mi señor quiere creer.

Shogo exhaló. Otro silencio nació entre los dos, y sumado a las campanillas de la música, las conversaciones lejanas de otras mesas y los copos de nieve en la avenida, un ambiente de nostalgia golpeó el pecho del samurái.

—¿Qué tal está tu café?

—Delicioso —respondió Haruki—. Gracias, mi señor.

—Ya que te gusta el chocolate, ¿por qué no eliges unos bombones para llevar a casa?

Haruki se alejó unos pasos hacia el mostrador, y mientras elegía sus bombones, Shogo buscó su dispositivo móvil y le dio un vistazo rápido a su balance, cada vez más disminuido. Pero cuando vio al kagema abrazando contra su pecho la caja de chocolates en forma de corazón, no le importó.

—Mi señor… —dijo Haruki mientras caminaban de nuevo rumbo al

hotel—, estaba pensando. Esa función de *Kinkakuji* es muy cara y exclusiva, debió ser difícil conseguir entradas.

—No tanto: pertenecer al clan Hazuemon tiene sus privilegios.

—De todas formas, para un evento así hay que reservar con anticipación, significa que mi señor viene planeando esto desde hace un tiempo. Como la reserva en el Reigen. —Haruki se detuvo, Shogo lo imitó y volteó para mirarlo. El frío le había teñido las mejillas de un adorable rubor, y a pesar de que se protegía con la sombrilla, alguna que otra arista de hielo se había enredado en su cabello negro—. Gracias, mi señor. Por esta noche, por todo.

Shogo se encontró preguntándose si Haruki realmente existía o era el fragmento de algún sueño. Su belleza parecía multiplicada por el invierno, hasta el punto que al samurái, apenas capaz de controlar el deseo de besarle los labios rojizos por la baja temperatura, le temblaron las rodillas.

—Regresemos —dijo, ahora conteniendo el impulso de acariciarle la mejilla.

De nuevo en el hotel, Shogo no dijo ni una palabra durante todo el trayecto al piso veintiocho. Tan solo observaba a través del ventanal la nieve danzando en la negrura del cielo, y en su cabeza miles de preguntas lo torturaban. Los dedos de Haruki se entrelazaron en los suyos, llenándolo de un ardor electrificante.

—Mi señor, está helado —exclamó con un suspiro de preocupación.

—Es normal: es invierno —respondió con una sonrisa torpe, todavía no podía creer lo bien que se sentía que Haruki le hubiera cogido de la mano. Un gesto mínimo y a la vez capaz de despertar la euforia en su cuerpo.

Las puertas del ascensor se abrieron y Haruki lo guio dentro de su habitación. Apenas cruzaron el umbral el muchacho le quitó el haori con manos delicadas.

—Lo ayudaré a entrar en calor entonces —le susurró en el oído, y otra corriente eléctrica subió por la columna de Shogo. Lo vio plegar el abrigo con elegancia y colgarlo tras el biombo del recibidor, donde también había dejado la sombrilla y la caja de chocolates. Haruki volvió a acercarse y le besó los labios, Shogo sintió un escalofrío

erizarle los vellos de los brazos y de la nuca. Las rodillas le temblaron mientras el kagema lo desnudaba, desatándole los lazos de la chaqueta y hakama con la misma parsimonia y dedicación con la que lo había vestido horas antes. El calor circulaba en la sangre de Shogo, pero los escalofríos aumentaban con cada prenda que el muchacho le quitaba. Todavía se sentía extraño estar desnudo frente a alguien, aunque las miradas que Haruki deslizaba por su pecho y sus hombros lo hacían bullir por dentro.

—Mi señor tiene un cuerpo tan bonito —suspiró Haruki con una sonrisa maligna—. Acompáñeme, por favor.

Shogo lo siguió al dormitorio, la erección que comenzaba a crecer entre sus piernas le incomodaba al caminar. Se sentó en el tatami y miró cómo Haruki buscaba algo en su maleta. La espera hizo que las punzadas retumbaran con más fuerza, y la impaciencia hizo galopar su corazón. Haruki se acercó y se inclinó para besarlo, cuando Shogo abrió los ojos de nuevo vio la soga entre sus dedos, y esa imagen multiplicó los latidos en su miembro. Sintió la cuerda atrás de su nuca, y luego deslizándose sobre su pecho. Haruki todavía estaba vestido, pero Shogo notó que conforme cruzaba los nudos sobre su pecho desnudo, el muchacho se estaba poniendo duro bajo las capas de su kimono. La soga era de un escarlata profundo, y la textura áspera del jute se sentía placentera sobre su piel. Su respiración se agitaba cada vez más, pero permanecía inmóvil mientras Haruki creaba bellos y complicados nudos sobre su cuerpo. Shogo admiró esas manos pequeñas y delicadas moviéndose con feroz talento, así como la expresión concentrada del kagema mientras trabajaba. Con preciosa dedicación ajustó nudo por nudo, dibujando con el jute rombos perfectos sobre su pecho desnudo, que descendían por su estómago y se abrían para aprisionarle los muslos. Shogo soltó un suspiro, la cuerda le rodeaba los pezones y el miembro endurecido sin tocarlos, y la presión de los nudos era la justa para que su carne se tornara blanca alrededor de donde la cuerda apretaba, pero sin causarle dolor. Con cada nudo que Haruki grababa sobre su piel, las punzadas en su erección pulsaban más rabiosas y desesperadas.

—De rodillas, mi señor —susurró Haruki, su tono grave y suave,

tranquilo pero demandante, lo único que Shogo necesitó para obedecer.

Mientras Haruki seguía creando con la soga una armónica sucesión de diamantes en su espalda, Shogo dejó escapar un respiro hondo. Estar a la merced del muchacho le provocaba una euforia liberadora, un vergonzoso placer que solo podía conseguir cuando se entregaba completamente a Haruki.

—Qué obediente es mi señor. —El aliento cálido en su oreja lo estremeció, y no pudo evitar soltar un gemido sutil.

Siguiendo las indicaciones del chico, Shogo cruzó los brazos detrás de su espalda, sujetando sus propios codos, y pronto sintió el jute inmovilizándole las muñecas en un solo nudo de tres vueltas. Los rombos tirantes en sus omóplatos le obligaron a enderezar la espalda y alzar el cuello. Otra vez, se encontraba en la posición más deshonrosa para un samurái: maniatado y de rodillas como un prisionero. Y, aun así, su cuerpo se encontraba al límite, como si el más sutil de los roces pudiera arrastrarlo al borde de un orgasmo que se sentiría como la mismísima la muerte. Pronto las yemas delicadas de Haruki se lo estaban acariciando con lentitud. El kagema caminó hasta estar de nuevo frente a él y admiró su creación con pupilas dilatadas y satisfechas. Shogo sintió sus manos envolverle las mejillas con ternura y todo su cuerpo se estremeció.

—¿Le duelen las rodillas, mi señor? —preguntó con un dejo de preocupación.

—No.

Haruki se inclinó y lo besó de nuevo, los labios apenas pincelando los suyos durante un segundo agónico. Shogo se encontró rogando por más, un lamento escapó de su garganta y su miembro se retorció, goteando presemen en contra de su voluntad. El kagema miró hacia abajo y una sonrisa perversa se curvó en su boca delicada. La yema de su dedo jugó con la punta dolorida de Shogo, recogiendo lo que había expulsado y llevándoselo a la boca.

—Además de ser hermoso, mi señor sabe muy bien —murmuró Haruki, y luego llevó sus dedos a la boca de Shogo—. Compruebe lo delicioso que es, mi señor.

Shogo se encontró envolviendo los dedos húmedos de Haruki entre sus labios, saboreándolos con los ojos cerrados y todo su cuerpo ardiendo.

—Haruki…—suplicó entre jadeos—, por favor…

El muchacho dio otro paso atrás, y abrió los pliegues de su kimono para revelar su miembro hinchado y enrojecido.

—Mi hermoso, hermoso señor. Me pregunto qué puedo hacer con él hoy —canturreaba Haruki mientras envolvía su propia erección en su mano derecha. Shogo se encontró hipnotizado por el ritmo lento y cadencioso con el que se masturbaba, y el miembro le comenzó a palpitar por la frustración. Solo pudo emitir un gemido bajo y desesperado—. Es tan bonito cuando mi señor ruega.

Shogo lo vio inclinarse, y su cara quedó a escasos centímetros de distancia. El hambre por besar al kagema lo golpeó y mientras todo su cuerpo ardía sintió las yemas del chico acariciando el recorrido de las ataduras sobre su piel. Otro escalofrío, y Haruki deslizaba los dedos entre sus piernas. Con algo de timidez, intentó penetrarlo con el índice, y Shogo se sacudió.

—N-no…—se quejó el samurái, alejándose en forma instintiva—. Eso no me gusta.

—Por supuesto. —El chico retiró el dedo enseguida—. Jamás haría nada contra su voluntad. Mi señor es sumiso, pero no pasivo.

—¿Eso es lo que soy? —se preguntó en voz alta, mitad avergonzado y mitad eufórico.

—No hay de qué avergonzarse. — Haruki le acarició la línea de la mandíbula con dedos tiernos, y luego lo besó con la misma dulzura demoledora. —Mi señor es algo precioso, y me siento muy afortunado de que le muestre su lado más vulnerable solo a mí.

El samurái sentía que su pecho iba a explotar: hasta el último de sus músculos retumbando por la tensión, ardiendo entre las ataduras que lo inmovilizaban. Se lamentó en la boca de Haruki, cuyo beso se tornaba más profundo y voraz. Shogo sintió que el kagema descendía despacio sobre su erección, acariciándole las mejillas con las manos y besándolo con rabia.

—De esta manera, atado e indefenso, mi señor es solo mío —

jadeaba Haruki contra sus labios, y se movía a una velocidad furiosa, sujetándose de las cuerdas que cruzaban el pecho de Shogo. Su rostro estaba rojo y acalorado, y lo besaba como deseando robarle todo el oxígeno—. Es como si mi señor me perteneciera para siempre.

Shogo apretó los párpados: Haruki lo ajustaba de una forma tan exquisita que pronto no pudo contener más su orgasmo. Se sintió estallar en lo más profundo de Haruki, y lamentó no poder abrazarlo mientras el muchacho se retorcía de placer. Minutos más tarde, Haruki permanecía sentado a horcajadas de él, inmóvil y abrazándolo. Tan solo se movió para liberarle las manos, y Shogo se apresuró a envolverlo con sus brazos. Otros largos minutos transcurrieron así, en silencio, Shogo todavía enterrado en el cuerpo de Haruki, perdiendo su dureza. Finalmente, el muchacho deshizo el abrazo con languidez y Shogo protestó.

—Hay que desatarlo, mi señor —le explicó con ternura—. Sus piernas deben estar dormidas.

Dejó que Haruki deshiciera su creación, la soga cayendo al suelo conforme aflojaba los nudos. En efecto, cuando Shogo estuvo libre intentó ponerse de pie y un hormigueo en sus piernas se lo impidió. Haruki lo sostuvo en sus brazos.

—Despacio. —Le acarició el cabello con ternura—. Exponer su lado más frágil es algo atemorizante y agotador, ahora es necesario que mi señor descanse y se recupere. Espere aquí unos momentos mientras le preparo un baño caliente.

Esperó tumbado en el suelo, con el cuerpo cubierto de sudor, sus muslos todavía palpitando despacio y el semen de Haruki salpicado en su pecho, rostro y cabello. El sonido pacífico del agua corriendo y llenando la bañera lo sumió en un trance relajante, su cabeza poco a poco regresando a la realidad.

Haruki lo acompañó al baño y lo ayudó a sumergirse a su lado. El agua caliente y vaporosa le acariciaba los músculos cansados, y el kagema se tomó su tiempo para masajearle y enjabonarle la piel donde aún se notaban las marcas de los nudos.

—Mi señor tiene un cabello muy bonito. —Le deshizo el moño alto con dedos tiernos—. Debería usarlo suelto más seguido.

—El moño alto es parte del uniforme del samurái. —Shogo cerró los ojos; Haruki le lavaba el cabello con dulzura y él se sumió en un placer calmo, casi como un sueño.

Quería quedarse abrazado a Haruki, pero él le advirtió que el agua pronto se enfriaría. Dejó que el chico lo secara y lo envolviera en una mullida bata de algodón. Él también abrazó el delgado cuerpo de Haruki en otra bata, y regresaron a la cama.

A pesar de lo cansado que estaba, Shogo permanecía despierto, languideciendo entre los brazos de Haruki, dejando que el calor y la suavidad de la cama lo arrullaran.

CAPÍTULO DOCE

Despertó y, al recordar que ese era su último día de disfrutar en libertad junto a Haruki, el primer sentimiento fue la angustia. Pero al separar los párpados y encontrarlo roncando con suavidad a su lado, las envolturas de bombones esparcidas en su cara y pecho y hasta enredadas en sus largos cabellos, Shogo solo pudo sentir una cálida felicidad. Conforme despertaba, los recuerdos de la noche anterior multiplicaban su felicidad: se habían quedado despiertos hasta la madrugada hablando de cosas sin sentido y comiendo bombones, y fue Haruki quien se durmió primero.

El servicio de habitación golpeó a la puerta, y Shogo se levantó. Regresó a la cama cargando las dos tazas de chocolate caliente, y besó la frente del kagema.

—Haruki, Feliz Navidad.

El chico se desperezó, y cuando se sentó en la cama las envolturas de bombones cayeron.

—Mi señor, ¿ya es de día? —Se refregó un ojo y giró hacia el ventanal, donde la nieve no cesaba de caer. Luego su atención viró a la taza de chocolate humeante que Shogo le ofrecía—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —le sonrió. Cogió su taza con las dos manos y bebió, lanzando una exclamación de gusto. Cuando alejó la taza de su boca, la espuma había quedado encima de su labio superior.

Divertido, Shogo le limpió el labio con la palma de la mano: le dolía lo adorable que era Haruki.

—Tengo un regalo para ti —dijo, y se puso de pie.

Caminó hasta el vestidor, donde durante casi dos días había mantenido escondida la caja con el kimono. Cuando depositó el regalo sobre la cama, los ojos de Haruki brillaron como dos caramelos, y a Shogo se le amplió la sonrisa. Lo deleitó ver el entusiasmo con el que el muchacho deshacía el moño de raso que cerraba la caja. Y el suspiro de sorpresa quedó para el descubrir del kimono.

—¡Mi señor! —exclamó, alzando la prenda para admirarla mejor—. Es demasiado hermoso, no debió tomarse la molestia. Ni gastar dinero.

—¿Por qué no? Es mi regalo de Navidad. —Observó cómo el chico acariciaba los tulipanes y crisantemos bordados en la seda celeste—. Pensé que te gustaría usarlo hoy, cuando vayamos a ver los cerezos.

—¿Vamos a contemplar los cerezos?

Shogo asintió.

—Si quieres. Después podemos tener una buena cena navideña.

Haruki se incorporó de un salto y besó la mejilla de Shogo antes de salir corriendo al baño con el kimono abrazado contra su pecho. Regresó unos minutos más tarde. Shogo ya estaba a medio vestir, y al ver el cuerpo pequeño del kagema envuelto en el satén celeste una sensación nueva lo sobrecogió.

—Mi señor, calza perfecto —sonrió Haruki, extendiendo los brazos hacia adelante—, solo las mangas son un poco grandes.

La mente de Shogo se quedó en blanco ante el poder de tanta belleza, y el tiempo se detuvo. Con las rodillas algo débiles se acercó, admirando los tulipanes y crisantemos lavanda que abrazaban el pecho y los hombros de Haruki. Quiso decirle lo hermoso que era, pero no tenía la fuerza para pronunciar las palabras. Mientras el muchacho se terminaba de emprolijar el obi, Shogo se ubicó detrás de él y lo peinó, intentando transmitir sus sentimientos con cada mechón que cepillaba y recogía.

—Se siente tan bien, mi señor —suspiró Haruki.

Cuando Haruki tuvo su cabello recogido, se anudó el pañuelo morado en la frente y colocó la ramita de almendro en la cola de caballo. Shogo se afeitó con rapidez y los dos abandonaron el hotel Reigen una vez más.

En la acera el frío era áspero e inclemente contra la cara de Shogo, el invierno pintaba de blanco la ciudad de Nuevo Edo.

—Un taxi nos llevará a Yoshiwara en diez minutos —dijo el samurái, buscando el dispositivo móvil de su chaqueta.

—¿Mi señor no prefiere caminar? —Haruki abrió la sombrilla a pesar de que no estaba nevando—. Es un precioso día de Navidad.

—Tardaremos casi una hora.

Haruki enredó su brazo en el de Shogo.

—Quiero prolongar cada momento posible con mi señor.

Eso fue suficiente para convencerlo, para que soportara ese frío que a cada paso lo hacía temblar. Pero finalmente el recorrido se sintió fugaz como si hubiera durado apenas un par de minutos, la felicidad palpitando en el pecho de Shogo por compartir ese paseo junto al kagema.

Yoshiwara estaba envestido de nieve y hielo, una hilera de cerezos enmarcaba el puente que conducía al distrito rojo. Los troncos estaban tan gélidos como las ramas desnudas, y con suerte podían descubrir el atisbo de algún pimpollo entre los brotes.

—No es época de floración —suspiró Shogo.

—No importa. —Haruki se aferró con más fuerza a su brazo.

A él tampoco le importó. Con mucha facilidad, sí, pero encontró belleza en aquellos árboles secos y laqueados por la escarcha, tal vez por la compañía de Haruki. Aunque los cerezos de Yoshiwara eran un paseo ideal para abril, no podía esperar tanto.

—Tal vez deberíamos haber ido a Nagano —se disculpó Shogo, a la sombra de un gran árbol moribundo—, allí los cerezos son artificiales, están florecidos todo el año.

—Los verdaderos son mejores —sentenció Haruki.

—¿Por qué?, si marchitan y mueren, en cambio los artificiales siempre viven. Sus flores siempre son bellas.

—Si nunca mueren, entonces nunca vivieron tampoco. —Haruki soltó otro suspiro—. Estos son más bellos, precisamente porque mueren.

Pasearon con pasos lentos entre los cerezos, casi sin intercambiar palabra. Shogo se sentía tan sobrecogido que, aunque lo intentara no podía hablar. Deseó en secreto que aquel momento no terminara. Si moría allí mismo, a la sombra de un cerezo y en compañía de Haruki, moriría feliz. Lentos copos de nieve comenzaron a caer, y Shogo pensó que se encontraba dentro de una pintura antigua.

—Mi señor está temblando. —Haruki le cogió una mano—. Mejor regresemos antes de que se enferme.

La nevada se había tornado inclemente, así que regresaron en taxi a Shinjiku. Conforme el cielo se teñía de negro, Shogo recordó que sus horas junto a Haruki estaban llegando a su fin, y unas punzadas

horribles hormiguearon en su garganta.

—¿Dónde quieres cenar? —le preguntó, alejando los miedos de su cabeza, tenía que aprovechar el presente mientras duraba.

—¿Pollo frito?

—¿De veras? —se le escapó una carcajada—. Puedes pedir algo más caro.

—Oí que las personas cenan pollo frito en Navidad. —Haruki se encogió de hombros—. Siempre quise probarlo, pero rara vez salgo de Pétalos de loto.

Deseoso por complacerlo, Shogo lo llevó a un comedor al paso donde servían pollo. Las mesas eran de plástico rojo, y el samurái se sintió extraño. El kimono de Haruki era demasiado elegante, el chico demasiado hermoso para cenar en un lugar así. Pero cuando lo vio devorar sus alas de pollo con tanta felicidad, tan solo pudo contagiarse.

—Esto es delicioso, mi señor —festejaba con la boca manchada de salsa picante—. Y este lugar es muy pintoresco.

—Hace más de veinte años que no vengo aquí.

—¿De veras?

Shogo exhaló. Hacía años que ni siquiera pensaba en ese tema, y no sabía qué lo impulsaba a hablar.

—Mi madre trabajaba aquí —señaló el mostrador—. Trabajaba todos los días y todas las noches, para mantenerme. Las noches de Navidad yo me sentaba en esta misma mesa y esperaba a que su turno terminara para cenar pollo junto a ella.

Haruki escuchaba la historia, acariciando la perla que colgaba de su cuello.

—Gracias por contarme esto, mi señor. ¿Puedo preguntar por su padre?

—Puedes, pero no sabría qué responder. Nunca lo conocí.

—Ya veo. —El kagema pensó unos segundos—. Entonces, debe haber sido muy difícil para usted ascender al rango de samurái. Mi señor debería estar orgulloso de sí mismo por todo lo que ha logrado.

Shogo se forzó a sonreír, y miró por el ventanal. La noche era demasiado hermosa, Haruki era demasiado hermoso, todo era

demasiado hermoso como para revolcarse en recuerdos tristes. Además, una parte de su mente le advertía que el chico tan solo le decía lo que él deseaba oír.

—¿Qué tal pastel de postre? —le ofreció—. Otra costumbre navideña es el pastel de fresas.

Haruki aplaudió entusiasmado.

Minutos más tarde los dos estaban compartiendo el mismo pastel corto de fresas y crema, conversando y riendo de cosas sin sentido. A Shogo le era fácil perderse en los ojos y sonrisas de Haruki, y para cuando regresó a la realidad notó que ya pasaba de la medianoche. Un escalofrío le serpenteó la columna; le quedaban menos de ocho horas junto al kagema.

—Regresemos al hotel, mi señor. —Haruki le guiñó el ojo—. Todavía no le he entregado mi regalo.

Shogo pagó la cuenta, y por un breve momento revisó cuánto le quedaba de su estipendio. Cada vez menos. Guardó el dispositivo en su chaqueta y decidió no pasar preocupándose sus últimas horas con Haruki. Ya tendría tiempo de sobra para eso.

El taxi condujo de nuevo hacia el Reigen, bajo una helada noche de cielo limpio. Durante el trayecto del ascensor hasta el piso veintiocho, Haruki lo abrazó sin decir una palabra. Se despegaron recién para entrar a su cuarto. Shogo se estaba quitando el abrigo cuando Haruki le beso los labios y con una sonrisa cómplice le advirtió:

—Mi señor, deme cinco minutos antes de entrar al dormitorio.

Él obedeció, dedicándose a quitarse los zapatos y las escarchas enredadas en su cabello hasta que el chico volvió a llamarlo. Con el corazón ya acelerado, abrió la puerta corrediza del dormitorio. Haruki lo esperaba tendido sobre el tatami, usando medias de red y un collar de cuero. Nada más que eso.

Con cada paso que Shogo daba para acercarse, su carne hervía. El contraste entre la blancura de la desnudez de Haruki con lo negro de su cabello despeinado, medias y collar acrecentaban su belleza.

—¿Qué haces? —rio Shogo, sentado a su lado en el tatami.

—Mi regalo de Navidad —respondió. El collar tenía un aro en forma de corazón que rodeaba su nuez de Adán.

—Navidad ya pasó —se burló Shogo, paseando sus ojos por el pecho pálido del chico.

—Bueno —protestó mientras se incorporaba—, si no lo quiere…

Con una carcajada, Shogo le cogió las dos muñecas y lo acostó contra el tatami de nuevo. Cuando la espalda le chocó contra el colchón, Haruki dejó escapar un lamento delicioso.

—Por supuesto que lo quiero —susurró Shogo contra sus labios.

Aflojó la presión en las muñecas de Haruki, hasta que finalmente las liberó. El kagema permaneció acostado, con las manos relajadas a ambos lados de su cara. Shogo se sintió abrumado al tener al muchachito a su merced: la cabeza le daba vueltas y el corazón y el miembro le iban a explotar. Su mirada devoró el torso blanco del chico, que comenzaba a ruborizarse conforme se agitaba su respiración, y continuó descendiendo por el vientre, el encantador ombligo y las caderas algo huesudas. Sin embargo, Shogo se encontró acariciándole la mandíbula con dedos suaves y disfrutando los suspiros que Haruki soltaba. Le cogió una mano entre las suyas, maravillándose con lo encantadores que eran sus pequeños dedos, y luego besándole uno por uno para hacerlo suspirar más fuerte.

—Eres tan hermoso, Haruki. —Shogo jadeó con los dedos del chico entre sus labios. Luego se inclinó sobre él—. ¿Me besarías?

Haruki dejó escapar otro lamento antes de buscarle los labios con los suyos. El kagema parecía agitado y hambriento, y Shogo dejó que sus lenguas danzaran hasta que le faltó el aire. Le besó el cuello, allí donde el collar de cuero se lo permitiría, y continuó su recorrido por el pecho de Haruki. Le encontró uno de los pezones con los labios, y se dedicó a besarlo y mordisquearlo mientras el chico se contorsionaba entre quejidos. Cuando creyó que Haruki no podría tolerarlo más, se dedicó a torturarle el otro pezón, hasta que los dos estuvieron hinchados como dos botones nacarados sobre su pecho.

La erección de Shogo ya comenzaba a doler, desesperada por algo de alivio, pero él concentró su atención en el chico rendido sobre el tatami. Se acomodó entre sus piernas y le acarició uno de los muslos con manos suaves. La carne estaba blanca allí donde ajustaba la banda de la media, y la piel del muchacho parecía escaldar. Shogo le cogió

una de las piernas, haciendo que el pie derecho de Haruki descansara en su hombro. Sus pies son tan encantadores como sus manos, pensó Shogo, y besó la curva del empeine. Haruki gimió de nuevo, afiebrado, Shogo pensó que las medias eran una barrera molesta y las desgarró con un movimiento impaciente. Al sonido del nylon rasgándose le hizo eco otro gemido de Haruki. Shogo le besó y lamió cada uno de los dedos, como antes había hecho con su mano. Luego deslizó los labios por la planta y el arco, arrancándole más lamentos a Haruki, cuya erección ya se alzaba furiosa entre su renegrido vello púbico. Eso le recordó a Shogo que su propio miembro ya estaba goteando, urgente por penetrar a Haruki. Sin dejar de adorar el pie del muchachito, se desató la hakama con una mano apurada y se alivió a sí mismo a ritmo lento.

Pronto Haruki estaba rogándole de una manera exquisita, con las mejillas tan rosadas como su pecho, y los labios tan inflamados como sus pezones. Shogo se detuvo, él tampoco podía tolerarlo mucho más. Acercó sus dedos al hermoso rostro, y Haruki los rodeó con labios húmedos. Otro escalofrío subió por la columna de Shogo mientras Haruki le besaba, lamía y succionaba los dedos. Cuando estuvieron empapados, Shogo usó uno para penetrarlo. Lo hizo despacio, maravillándose en cómo se retorcía y gemía.

—Mi señor, no tiene que ser tan gentil conmigo —sonrió con ojos entrecerrados.

Pero Shogo decidió que se tomaría su tiempo para empujar a Haruki al límite, con toda la calma posible. Le gustaba verlo deshacerse bajo sus caricias, así que lo penetró despacio con un dedo, luego dos y finalmente tres. Para ese entonces el kagema ya estaba suplicando, febril y ansioso, y Shogo supo que no podría contenerse más. Ni siquiera se desvistió. Con las dos piernas abrazándole la cintura, el samurái dejó caer su peso sobre Haruki. Lo estaba besando al mismo tiempo que lo penetró, y el gemido del chico retumbó dentro de su boca. A pesar de lo hambriento que estaba, Shogo fue lento y cuidadoso, deleitándose con cada centímetro que entraba en Haruki. Las manos pequeñas se aferraban a sus hombros con furia, rasguñándole los brazos y la espalda, obligándolo a hundirse más

profundo. Conforme aceleraba, una idea descabellada invadió al samurái: por la forma en que Haruki se ajustaba alrededor de él, como si nunca quisiera dejarlo ir, parecía que realmente estaba disfrutando. No había manera de fingir esa euforia tan primitiva, y eso instó a Shogo a penetrarlo más fuerte, a besarlo con más rabia, hasta que los interiores de Haruki parecieron estrangularlo.

—Nunca conocí a nadie que le gustaran tanto los abrazos como a mi señor —rio Haruki mientras todavía se abrazaban con fuerza.

Afuera nevaba de nuevo, los copos salpicaban de blanco el firmamento azabache, y Shogo mantenía su miembro dentro de Haruki mientras perdía la rigidez. El orgasmo lo había dejado vacío y melancólico. A pesar de que Haruki todavía no lo soltaba, una tristeza dolorosa le recordaba que pronto deberían separarse.

Con dedos tiernos, el kagema le acariciaba el cabello, y sus labios mantenían una adorable hinchazón por los besos que Shogo le había dado. Tal vez fue esa imagen devastadora lo que empujó al samurái a hablar.

—Haruki. —La voz le salió ronca y tímida—. N-no regreses. —Le dedicó una mirada curiosa—. No regreses a Pétalos de loto mañana.

—¿Y dónde espera mi señor que yo viva?

—Conmigo. —Shogo se incorporó sobre su codo—. Ven a casa conmigo, puedes vivir ahí. No tienes que atender más clientes si no quieres. Hay suficiente espacio y no tendrías que preocuparte por el dinero.

—Mi señor parece olvidar para lo que me han creado. ¿Qué haría yo entonces?

—No sé… lo que tú quieras. Pero, ven conmigo. Por favor.

Haruki ya no sonreía, y Shogo tampoco podía descifrar el sentimiento detrás de su expresión, entre confundida y lastimada.

—Mi señor… —murmuró a un volumen casi inaudible.

—Escucha, Haruki —lo interrumpió, acariciándole las mejillas con ambas manos—, te amo. ¿Me entiendes? Estoy enamorado de ti. Por favor, ven conmigo.

De pronto el rostro de Haruki pareció cubrirse con un velo oscuro, un dejo de angustia y miedo. No era la reacción que Shogo esperaba, y

el pánico le golpeó el pecho, mientras él intentaba descifrar qué estaba sintiendo el kagema. Durante unos largos segundos tan pesados como una eternidad, ninguno de los dos dijo nada. Haruki suspiró antes de hablar.

—Tú no me amas, Shogo. —La amargura en sus palabras era demasiado humana—. Me *amas* por la misma razón que todos los clientes *me aman:* porque soy un lienzo en blanco para que todos vuelquen lo que desean volcar. Me *aman* porque estoy vacío, y en ese vacío todos pueden ver lo que desean ver. Porque soy moldeable, consumible, desechable. No opongo la resistencia que un compañero humano supone con sus propios deseos, con su propia identidad. Yo no tengo identidad, puedo devolverles a los humanos el reflejo que ellos deseen ver. Me *aman* porque pueden obligarme a cumplir sus listas de requisitos sin que me niegue. Me *aman* porque soy mercancía y no una amenaza. Los seres humanos son incapaces de amar algo que no sea una extensión de sí mismos, son mamíferos narcisistas que no saben nada de amor.

Otro silencio, apenas cascado por la respiración de Shogo. Tragó saliva con fuerza, luchando contra sus impulsos de gritar y de llorar y de destrozar algo.

—Haruki…

—Perdón, mi señor. No debí haber dicho eso. —Sonrió con debilidad, y a Shogo le pareció que sus ojos estaban empapados de lágrimas—. No estoy funcionando muy bien últimamente, he tenido muchos fallos. Por eso estuve tantos días fuera de servicio. Tal vez debería pedir un reembolso a Pétalos de loto, solicitar a otro kagema.

El samurái lo vio enjugarse una lágrima con el pulgar.

—¿Por qué estás llorando? —Haruki no dijo nada—. Por favor, dime la verdad. Hace un rato, conmigo… ¿estabas trabajando?

El miedo se contrajo en Shogo, lastimándolo. Se reprochó por haber dicho eso, no estaba seguro de querer oír la respuesta. Aunque debajo de todo ese pánico había esperanza. Confiaba en lo que habían visto sus ojos cuando minutos atrás Haruki estaba entre sus brazos. Había algo innegablemente humano en el muchachito, incluso mientras escupía aquellas palabras tan dolorosas. O tal vez él se estuviera

volviendo loco.

—Por supuesto —respondió el kagema—. Toda mi existencia se basa en cumplir mi deber, para eso me crearon. No tengo tiempo de trabajo y tiempo de ocio, como lo tienen los humanos. Desde que despierto hasta que me duermo, hasta el día en que me desactiven, lo único que hago es trabajar. No hay ni una sola acción mía que no esté ligada al propósito para el cual me diseñaron.

—Ya veo. —Fue lo único que Shogo pudo murmurar—. Realmente, yo no soy tan distinto.

Otro silencio los tragó. Shogo se sorprendió entumecido; no sentía furia ni odio ni tristeza. O tal vez era una mezcla de todas esas emociones lo que lo estaba hiriendo al punto de incapacitarlo.

—Lo siento, mi señor.

—No seas tonto. —Ahora era Shogo quién fingía sonreír—. Descansa, por la mañana te llevaré de nuevo a Pétalos de loto.

El chico asintió y dejó caer su cabeza en la almohada.

—Mi señor. —Shogo pensó que se había quedado dormido, hasta que habló sin despegar su mejilla de la almohada—, ¿concertará otra cita conmigo, o pedirá a otro chico la próxima vez?

—Por supuesto que pediré por ti —le acarició el cabello con dulzura. Y continuó haciendo eso hasta que el kagema realmente se durmió.

Por algún motivo misterioso, después de aquella conversación la belleza de Haruki se había multiplicado ante los ojos del samurái.

CAPÍTULO TRECE

El retumbar de los sintetizadores le martillaban en la cabeza, y las luces estroboscópicas solo lo hacían sentir peor. Shogo no debería haber bebido aquella noche, pero no había podido contenerse de compartir el sake con Ichiro y Jiro. Tal vez porque tenía la estúpida esperanza de que el alcohol ahuyentaría esa angustia que lo había comprimido durante toda la semana.

—Qué música espantosa —protestó sentado en uno de los mullidos sillones de terciopelo magenta.

—No se queje, abuelo —lo regañó Ichiro.

Su hermano gemelo cantaba en el karaoke. Los aullidos del chico de cabello rosa, que sujetaba el micrófono de plástico como si su vida dependiera de ello, hicieron que la migraña de Shogo empeorara.

—¿No quieres cantar conmigo? —Ichiro le ofreció el micrófono y Shogo lo apartó con un golpecito.

—No he bebido lo suficiente.

—¡Eso se soluciona fácil! —exclamó Jiro, llenándole el vaso. Cuando la botella estuvo vacía, se dirigió a una camarera de trenzas verdes y uniforme escolar confeccionado en vinilo—. ¿No nos corresponde una botella gratis? Es nuestro cumpleaños.

—Ya bebieron ocho —respondió la empleada.

—Qué maleducada —refunfuñó Jiro, y se dejó caer en el sillón junto a Shogo, mientras su hermano se apoderaba del escenario.

Las horas transcurrían y el salón de videojuegos era un infierno de luces intermitentes. Después del karaoke Shogo tuvo que soportar a los gemelos bailando en el Pump it Up durante casi dos horas. Con cada golpe de sus pies en el tablero luminoso que retumbaba en las sienes doloridas de Shogo, y combinado con las voces agudas de las canciones, las molestas vibraciones de la música electrónica y las eternas discusiones entre los hermanos sobre quién había ganado cada juego, él solo quería huir. ¿Pero adónde iría? No había tenido la valentía de concertar otra cita con Haruki luego del fin de semana de Navidad.

—¡Ven a bailar! —lo invitó Jiro.

—Yo no bailo.

—Estás más amargado que de costumbre. —Ichiro dejó a su hermano jugando solo y se sentó a su lado—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento, no quiero arruinar su mayoría de edad. Es solo que…

—¿Aún sufres por Haruki?

—¿Cómo lo sabes?

—Los humanos —rio orgulloso— son fáciles de descifrar.

—¿De qué hablan? —Jiro se sentó del lado izquierdo de Shogo, quien ahora se sintió aprisionado por los gemelos en el sillón.

—Estoy enamorado —soltó, y esas palabras se sintieron más descarnadas y reales al ser pronunciadas en voz alta—. Sé que es una locura, pero no puedo evitarlo. No puedo dejar de pensar en Haruki.

El llanto desconsolado de Jiro lo arrancó de su ensimismamiento.

—¡Yo siento lo mismo por Junji! —chilló el de cabello rosa, y se enjugó las lágrimas en el hombro del samurái—. Es el amor de mi vida, ¡no puedo irme a Hokkaido sin él!

Shogo lo observó llorar, y se preguntó qué era eso que sentía un artificial. La manera en que ellos experimentaban el mundo era un verdadero misterio; incomparable seguro con las emociones humanas, pero emociones al fin. Haruki también había llorado la noche en que lo rechazó. ¿Eso podría significar que…?

—Basta —exclamó Ichiro—. ¡No soporto ver a mi hermano y mejor amigo sufriendo así!

Shogo lo vio ponerse de pie, colocarse la chaqueta aviadora y ajustar la katana en la correa que le atravesaba el pecho.

—¿Qué haces?

—¡Vamos a Pétalos de loto! —gritó con el rostro enrojecido—. ¡A rescatar a Junji y Haruki de la esclavitud!

—Tenemos la entrada prohibida…—murmuró Jiro.

—¿Y qué importa? —La sonrisa de Ichiro parecía más afilada, sus artificiales ojos azul y verde encendidos—. Entramos, nos abrimos paso a punta de katana, y los rescatamos. Junji puede ir en tu moto y Haruki en la tuya, Shogo-san. Yo los cubriré unos metros más atrás con la mía.

Shogo soltó una exhalación cuando Jiro entusiasmado se levantó de un salto.

—¡Sí! ¡Nuestra despedida de Nuevo Edo, con bombos y platillos!

Los dos muchachos se acomodaron las chaquetas y las katanas antes de encaminarse a la salida, Shogo los persiguió y cogió a Ichiro de la muñeca.

—¿Se han vuelto locos? ¡Eso no es un rescate, es secuestro!

—Bueno, *secuestro* solo aplica a humanos. Para ustedes nosotros somos cosas, así que *robo* sería el término adecuado —dijo Ichiro con ironía—. Junji no quiere seguir en Pétalos de loto, se lo ha dicho a mi hermano en sus cartas. ¿Y Haruki? ¿Crees que es feliz prostituyéndose con un montón de humanos repugnantes, hora tras hora, día tras día? Tal vez tú fuiste bueno con él, pero ¿crees que todos son iguales? La mayoría de los hombres ni siquiera nos consideran seres vivientes.

—No sé lo que quiere, solo sé que no me quiere a mí —respondió el samurái, conteniendo la amargura—. Ya le ofrecí vivir conmigo, y me rechazó. Tal vez él sí es feliz en Pétalos de loto.

—Vamos —lo espetó Jiro—, tú eres humano, se supone que la empatía es exclusividad de ustedes. ¿Realmente crees que alguien podría ser feliz allí? Es lo único que conoce, no puede ir en contra de la función para la que lo han creado. ¡Nunca le dieron opción de elegir! Y tú puedes dársela, Shogo.

—No lo sé —Shogo sacudió la cabeza—, ya no sé nada.

—Si tú lo amas —dijo Ichiro—, entonces dale su libertad. Si él desea volver a la casa de té, lo hará por su cuenta. Pero si está fallando, pronto no servirá más, y lo desactivarán para siempre. A Junji también. Eso somos nosotros para ellos: mercancía descartable. Ayúdalo a salir de ahí y a liberarse de su acondicionamiento, antes de que sea tarde. Una vez que le quitemos el chip de su organismo, tendrá voluntad propia. Antes de eso, ninguna decisión que tome es cien por ciento suya.

Shogo consideró las palabras de Ichiro, el corazón galopándole con miedo en el pecho.

—Pareces olvidar que soy un samurái al servicio del clan Hazuemon, y que Pétalos de loto está en mi jurisdicción. Me estás

confesando un delito, Ichiro, y a ustedes ya los he cubierto demasiado. Si ponen un pie en ese burdel, es mi deber detenerlos.

Ichiro soltó una risa burlona.

—Bueno, parece que alguien más necesita liberarse de su acondicionamiento.

Shogo no pudo terminar de maldecirlos, que los gemelos ya abandonaban el salón de videojuegos. ¡Y eran tan condenadamente veloces! El samurái los persiguió, abriéndose paso entre los demás asistentes, pero sus sentidos estaban algo torpes, y para cuando salió a la acera, solo pudo divisar las motocicletas de los ronin perdiéndose a lo lej0s en la avenida.

Se subió a la suya y aceleró. Trataba de seguirle el rastro a los gemelos, sorteando a toda velocidad los autos, rickshaws y caballos sintéticos que apelmazaban la avenida iluminada por faroles de neón, pero sus antiguos aprendices eran más que demasiado rápidos. Primero perdió de vista a Ichiro, cuya moto azul acero desapareció dejando un resplandor blanquecino en sus ojos. Pudo divisar la motocicleta magenta de Jiro durante unos minutos más, pero pronto el hermano menor también se desvaneció en el tráfico de Yoshiwara. Con insultos entre los dientes y el pavor palpitando en su garganta, Shogo tomó un atajo hacia la casa de té. No pudo evitar cuestionar sus decisiones mil veces más durante el corto trayecto. Cuando por fin llegó a Pétalos de loto, las motos de los gemelos ya estaban caóticamente esparcidas en la entrada, y se podía oír el bullicio de adentro.

A pesar de que todo su ser estaba dudando, el samurái entró con pasos decididos. Cruzó el umbral, y la escena era aún peor a lo que había imaginado: la sangre ya empapaba el suelo, y los aullidos reverberaban en las paredes sobre la música de koto y flauta. Todo era más rápido que sus ojos, pero alcanzó a ver a los gemelos enredados en una cruenta batalla con los artificiales que servían de seguridad. Notó un corte en la mejilla de Ichiro, cuyo moño alto ya se estaba desarmando, mechones azules le entorpecían la vista al luchar. Escuchó gritos de algunos clientes y las maldiciones del empleado de la recepción, que pronto lo reconoció.

Por primera vez en su vida, Shogo supo que el miedo lo estaba venciendo, se había apoderado de sus piernas y brazos, inmovilizándolo, y le había acelerado el pulso a un ritmo insoportable. Imposible intentar moverse. No podía hacer nada mientras la pelea se tornaba más desenfrenada frente a sus narices.

—¡Jiro! —el grito agudo de Junji lo arrastró de nuevo a la realidad. El kagema bajó las escaleras de madera, casi tropezándose con su largo kimono verde estampado con lirios blancos, que pronto fueron salpicados de sangre—. ¡Jiro, te amo! —aulló de nuevo, esquivando los cadáveres de artificiales y lanzándose a los brazos del ronin de pelo rosa.

Confundido, Shogo vio cómo Junji le besaba los labios a Jiro y después a Ichiro, quienes a la vez no dejaban de lanzar escaramuzas rabiosas contra sus enemigos.

—¿No va a hacer nada al respecto? —lo espetó el recepcionista, y Shogo tomó valor antes de adelantarse—. Cumpla con su deber.

—Basta —sentenció con voz firme, y cogió la muñeca de Ichiro, impidiéndole maniobrar más su espada. Detrás de él, Jiro abrazaba contra su pecho a un asustado Junji—. Tatewaki Ichiro y Tatewaki Jiro, han fallado en cumplir las órdenes del clan Kigomiya y han ensuciado su honor. Ahora han creado disturbios en el distrito de Yoshiwara, bajo el dominio del clan Hazuemon. Y yo, Okuma Shogo, como servidor del clan Hazuemon, los pongo bajo arresto.

Esas palabras le dolieron tanto… Apretaba la muñeca de Ichiro con la esperanza de no tener que desenvainar la katana, pero el ronin le sostenía la mirada, furibundo.

—Shogo, ¿estás hablando en serio? —preguntó con sorpresa y enojo.

Él no tuvo valor para pronunciar palabra, tan solo asintió. Ichiro aflojó la tensión de su mano y Shogo lo soltó.

—Jiro —le ordenó a su hermano—, baja las armas.

—Pero… pero… —sollozaba el gemelo menor, sin soltar a Junji—. No podemos…

—Hazlo.

Un samurái descendió las escaleras y al ver los miembros

artificiales cercenados y la sangre empapando el suelo lanzó un quejido. Pertenecía al clan Hazuemon igual que él; llevaba la chaqueta ocre con las dos rosas negras bordadas en el pecho.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —le preguntó a Shogo, acercándose, la mano en la empuñadura de su katana.

—Nada —Shogo le hizo una reverencia—, un arresto de rutina.

—Ya veo. —El samurái lanzó una mirada divertida a Ichiro y Jiro, quienes enfundaban sus armas con lentitud. Luego giró su vista hacia el empleado de la recepción que iba en búsqueda de un trapo para limpiar la sangre—. Este burdel ya no es lo que era. El kagema que me ofreciste resultó ser muy decepcionante. ¡No dejó de llorar!

—Lo lamento, señor. —El recepcionista le hizo una reverencia—. L-le advertí que ese modelo estaba fallando mucho últimamente, pero usted insistió…

—Tranquilo, no voy a pedirte un reembolso. —El samurái sacudió la mano—. Lo follé igual. Para eso están, ¿no? —Miró a Shogo de nuevo—. ¿Quieres que te ayude con el arresto?

Shogo sintió que el miedo se multiplicaba en sus interiores.

—¿De qué kagema está hablando? —Le daba pánico escuchar la respuesta.

—Haruki. No te lo recomiendo, no vale los veinticinco millones.

Recién cuando la sangre le salpicó la boca y saboreó el dulzor metálico, Shogo se dio cuenta de que había asesinado a un ser humano. No supo en qué momento había desenvainado su wakizashi, una profunda neblina envolvía su mente. Lo regresaron al presente los alaridos de dolor del samurái retorciéndose sobre un charco de sus propios intestinos. Los ojos todavía abiertos y desorbitados hasta que sus piernas dejaron de sacudirse para siempre, las rosas negras del blasón empapadas de escarlata. Shogo tampoco sintió sus propios pies subiendo los escalones, solo escuchaba los gritos de los gemelos, pero como a través de un túnel. Y a pesar de la adrenalina que bombeaba en todo su cuerpo, encontró el camino hasta la habitación de Haruki. Abrió la puerta corrediza y halló la figura encorvada del chico sentado en el suelo, la espalda sacudiéndose, él sollozando. Un llanto insoportable, que debilitaba cada paso que Shogo alcanzaba a dar

hacia su encuentro.

—Haruki… por favor, ven conmigo.

No respondió, solo lloraba con un lamento quedo, apenas audible. Shogo se arrodilló frente a él y lo cogió de los hombros. Su piel escaldaba a través de la ropa.

—Haruki, no hay tiempo. Debes venir conmigo. Ya.

Los ojos de Haruki no lograban sostenerle la mirada. Shogo vio todavía colgaba de su cuello la perla que él le había regalado, y ese detalle lo dotó de un nuevo impulso. Alzó a Haruki en sus brazos y lo llevó afuera. Fue difícil bajar las escaleras cargándolo, pero Ichiro y Jiro nuevamente estaban blandiendo sus espadas contra el personal de seguridad y abriéndole paso. Al pasar entre los cadáveres que se agolpaban en el suelo, Shogo reconoció al empleado de la recepción.

Cuando llegó a la acera, Haruki parecía desmayado. Shogo supo que ese no era momento para pensar: lo subió a su moto y, sosteniéndolo como pudo, aceleró, siguiendo el rastro de Ichiro y Jiro a través de la avenida iluminada por la madrugada.

—¡Fue el mejor cumpleaños de mi vida! —festejaba Jiro con Junji abrazándole la cintura sobre su motocicleta.

CAPÍTULO CATORCE.

El dispositivo móvil no dejaba de vibrar durante el trayecto hacia su residencia, pero Shogo lo ignoraba. A él solo le importaba Haruki, quien todavía no recuperaba el conocimiento. Con el corazón enfurecido y lleno de miedo, se concentró en maniobrar la motocicleta a la máxima velocidad posible sobre las calles cubiertas de hielo, sin perder de vista a Ichiro y Jiro que conducían unos metros más adelante. Cuando sintió la respiración de Haruki extinguirse contra su pecho, creyó perder el control. Lo alivió divisar las ramas blancas del almendro de su residencia cada vez más cerca.

Cargó a Haruki. Adentro, en la sala, Jiro y Junji dispusieron unas mantas improvisando un tatami, y Shogo lo depositó con suavidad. Tanto el piso de madera como las mantas de algodón se mancharon de escarlata, sangre artificial que brotaba de una herida de Jiro. Los pétalos de cerezo bordados en las mangas de su chaqueta estaban teñidos de carmesí oscuro, y cuando el ronin se la quitó, quedó a la vista un corte que le atravesaba el antebrazo.

—¡Estás herido! —Los ojos de Junji se abrieron con horror.

—No es nada. —Jiro arrojó su chaqueta ensangrentada al suelo.

—Hay gasa en el baño. —Señaló Shogo, y presionó su oído en el pecho de Haruki—. Todavía respira —celebró en voz alta después de percibir un débil latido.

—No por mucho tiempo —sentenció Ichiro, katana ensangrentada en mano y bloqueando la entrada principal—. Hay que desprogramarlo pronto, o colapsará. Y tú tienes problemas también: pronto se correrá la voz que traicionaste a tu clan, y los Hazuemon vendrán por ti. O los Kigomiya.

—O ambos —agregó Shogo, y el vibrar incesante de su dispositivo móvil le confirmaba aquello. Aun así, no lo revisó. Apartó del rostro de Haruki un mechón de cabello negro empapado en sudor.

—Todo esto es mi culpa —sollozó Junji, mientras le vendaba el brazo al chico de cabello rosa.

—No es cierto. —Jiro le acarició la mejilla con dulzura—. Ya verás, seremos muy felices en Hokkaido, y todo esto será un recuerdo lejano.

Ichiro se acercó para examinar el brazo de su hermano.

—¿Te duele?

—Puedo blandir la katana. —Le guiñó el ojo a su gemelo, quien le puso una mano en el hombro.

—Lo necesitaremos pronto. —Le devolvió el guiño—. Y mucho. —Shogo vio al ronin caminar hacia la otra puerta de la residencia y bloquearla también—. Pronto te asediarán, Shogo. No podemos quedarnos mucho tiempo aquí, nadie puede quedarse, deberíamos llegar a la estación de tren antes de que lleguen, ya deben haber enviado la alarma.

—Haruki no puede caminar —respondió Shogo—. No me iré sin él.

—¡No puedes —aulló el de cabello azul— resistir un asedio tú solo!

—No me iré sin él —repitió Shogo entre dientes—. ¿Pueden ayudarlo?

Un silencio, apenas interrumpido por el vibrar del dispositivo móvil.

—Yo puedo desprogramarlo —dijo Jiro—. Lo hice con mi hermano y conmigo, cuando nos convertimos en proscritos del clan Kigomiya.

Un escalofrío recorrió a Shogo.

—Y mira cómo quedaste —dijo Ichiro.

—¡Es más difícil hacérselo a uno mismo! —protestó el de pelo rosa—. Pero tú quedaste bien, ¿no? —Giró el cuello para mirar a Shogo—. Puedo hacerlo, conozco de memoria el código. Solo necesito unos conectores y un ordenador que no esté asociado a ninguna institución o clan.

—Solo tengo mi dispositivo —suspiró Shogo.

—Quítale el chip del clan Hazuemon y puedo usarlo. —Jiro se acercó a Haruki y se arrodilló a su lado, Junji lo asistiría. —Primero hay que bajarle un poco la temperatura, tráeme un paño de agua fría.

—¡No hay tiempo para eso! —protestó Ichiro, pero Shogo lo ignoró. Le indicó a Junji dónde estaba el baño, y segundos después lo vio regresar con una vasija de agua fría y un trapo, con el cual refrescó los brazos del kagema inconsciente. Shogo lo ayudó, acariciándole la

frente y el rostro con el paño.

—¿Por qué tú no estás así? —le preguntó a Junji, y notó que sus palabras llevaban una amargura que él no deseaba.

—Yo nunca he podido cumplir bien con mi deber. —Se encogió de hombros Junji, sin poder ocultar su vergüenza—. Supongo que siempre he estado fallado. Pero Haruki-sama… Haruki-sama debió cargar con este conflicto durante más de lo predecible para cualquier sintético. No puedo imaginar el dolor que debe haber padecido.

Shogo no dijo nada: meses atrás, él hubiera puesto en duda si un artificial podría sentir dolor. O placer. Ahora, sentía el sufrimiento de Haruki bajo su propia piel.

—Hagámoslo ahora —dijo Jiro.

Junji tocó la frente de Haruki.

—Su temperatura todavía está alta.

—No podemos esperar más.

Con la ayuda de Junji, Jiro dio vuelta a Haruki sobre el tatami, para acceder a las aberturas que poseía en la base del cuello. Shogo lo vio enchufar los conectores y sintió un escalofrío.

—Shogo —dijo Jiro—, necesito tu dispositivo ahora.

Él asintió y buscó el dispositivo móvil de entre los pliegues de la chaqueta. Al encenderlo, vio en la pantalla las decenas de mensajes que había recibido en la última hora. Solo presionó su dedo en el último: un holograma con la figura de Yamataka se alzó en medio de la sala.

—Okuma Shogo —habló el holograma—, esta es la última advertencia. Se ha detectado que has violado los principios del bushido, participando en un disturbio en el recinto Pétalos de loto junto a los dos ronin prófugos Tatewaki, Ichiro y Jiro. También se te acusa de asesinato a sangre fría, del samurái Kimura Sato, del clan Hazuemon. Con el primer crimen has ofendido al clan Kigomiya, y con el segundo, al clan Hazuemon. Puedes cometer seppuku para limpiar tu honor, de lo contrario el clan Kigomiya tomará tu cabeza y se la entregará al clan Hazuemon como ofrenda de paz.

Shogo arrancó el chip del dispositivo, el holograma se desvaneció, y lo arrojó al suelo para destrozarlo con la planta de su pie. Le entregó

el móvil a Jiro, y este lo conectó a la memoria de Haruki. Shogo lo observó escribir en la pantalla con dedos más veloces que su vista. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no había nada que él pudiera hacer para ayudar, y se encaminó al jardín.

—Voy a hacer guardia. Avísenme si despierta.

Dejó a Jiro trabajando en Haruki, con su gemelo que observaba, y Junji ayudando. Salió al jardín con los dedos acariciando la empuñadura de la katana y el wakizashi, todavía ensangrentado, en su cinturón. Había una paz solemne en el cielo invernal, la famosa calma de antes de la tormenta. Tomó una profunda bocanada y el aire le llenó los pulmones de un frío reconfortante. Admiró el tronco pálido del almendro, que resplandecía con su blancura contra la oscuridad de la noche, sus ramas secas despidiendo alguna que otra hoja en el viento.

Contemplando los copos que danzaban con timidez en el aire, perdió la noción del tiempo, y regresó al presente cuando escuchó unos pasos acercarse.

—¿Está muerto? —preguntó con tono bajo a Ichiro.

—No —respondió el ronin de cabello azul—. Jiro ya terminó su trabajo, solo hay que esperar a que despierte.

Shogo dejó escapar una larga exhalación, una que relajó la tensión en sus hombros.

—¿Y… qué pasará cuando despierte? —Giró para mirar a Ichiro—. ¿Será humano?

—No hay manera de saberlo, pero nunca será humano. Será como mi hermano y yo: un fallado. Tal vez pierda la memoria, tal vez recuerde todo. Su inactivación programada se anulará y vivirá más tiempo. No tanto como un hombre, pero más que un sintético. Lo más importante es que será libre.

Shogo asintió de nuevo.

—La libertad es aterradora —murmuró, volteando la vista hacia el almendro. Las luces del amanecer comenzaban a despuntar en Nuevo Edo—. Ichiro, gracias por salvarme la vida. Dos veces ya.

En la cara juvenil del ronin se curvó una sonrisa, los cabellos azules de su moño alto deshecho cayendo en forma caótica contra sus

mejillas.

—Una vida que vale la pena ser salvada —reflexionó Ichiro—. Eres mi mejor amigo, Shogo, y ¿sabes por qué? Eres el único ser humano que siempre nos trató a mi hermano y a mí como iguales. —Con un nudo en la garganta, Shogo solo pudo apoyarle la mano en el hombro, su chaqueta aviadora salpicada de sangre—. Regresa adentro y duerme un poco, yo seguiré la guardia.

A punto de entrar de nuevo a la casa, un silbido lo alertó. Giró y vio una lluvia de flechas curvándose por encima del muro del jardín para descender sobre ellos a una velocidad mayor de la que podía ver el ojo humano. Shogo se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza. Las flechas se clavaban en la tierra del jardín, en las columnas de la casa, en la madera de la entrada, pero ninguna lo tocó a él. Durante un instante de paz, alzó la vista. Sabía que del otro lado del muro los samuráis del clan Hazuemon estarían recargando sus arcos, y ellos debían aprovechar ese fugaz momento para regresar a la casa, pero el lamento de Ichiro lo demoró. El ronin se sujetaba el muslo ensangrentado, donde una flecha había enterrado su cabeza completa. Una segunda lluvia de proyectiles se elevaba en el cielo invernal, y Shogo utilizó todas sus fuerzas para arrastrar a Ichiro dentro de la residencia. De una patada cerró la puerta y movió un pequeño aparador de madera para que las flechas no pudieran penetrar el papel de arroz de la puerta. Un grito de horror de Jiro le hizo doler los oídos.

—Estoy bien, estoy bien —sentenciaba Ichiro entre dientes.

Cuando Shogo volvió a enfrentarlo, Junji y Jiro rodeaban el cuerpo herido de Ichiro. Pero lo que impactó al samurái fue ver a Haruki de pie, observándolo. La mirada del kagema resplandecía de una manera que le hizo temblar las rodillas: durante un segundo que sintió eterno Shogo olvidó todo. Olvidó a los samuráis que los rodeaban, olvidó el asesinato que había cometido horas atrás, olvidó los gritos de dolor de Ichiro. Solo podía mirar a Haruki, había tantas cosas que deseaba decirle…, había tantas cosas que deseaba saber… El lamento aterrado de Jiro lo obligó a romper el contacto visual. Se inclinó junto al ronin, y vio cómo su gemelo acercaba los dedos temblorosos a la flecha

clavada en el muslo.

—No. —Se lo impidió Ichiro, cogiéndole la muñeca—. Si la quitas, me voy a desangrar. —Miró a Shogo—. Quiébrala, Shogo-san.

Tragó saliva para darse valor. No recordaba sentirse tan asustado en toda su vida, intentó lucir calmo mientras rodeaba la flecha con sus dedos. Una última mirada con el ronin de cabello azul y partió la flecha a la mitad con un solo movimiento de su mano. Ichiro se quejó de dolor y rodó sobre su lado derecho. Junji corrió al baño y regresó con más gasas. Shogo adivinó que ya no quedarían más.

—Hay que tratar esa herida pronto —sentenció Shogo.

Jiro vendaba la herida sangrante de su gemelo con la ayuda de Junji. Haruki tan solo observaba horrorizado, al cabo de unos segundos se inclinó para atender a Ichiro.

—Sabes que hace falta más que eso para matarnos —sonrió Ichiro una vez que su muslo estuvo ajustado con varias vueltas de vendaje.

—¿Te duele? —quiso saber Jiro entre lágrimas.

—No sería un asedio, si no hay alguna cicatriz. —Ichiro utilizó su katana enfundada como bastón para ponerse de pie, no sin algo de torpeza—. Shogo, ¿esta casa tiene algún punto alto?

—Es una casa, no un castillo —refunfuñó el samurái—. No hay parapeto. Lo más elevado es el segundo piso. —Echó una mirada hacia el jardín, donde miles de flechas habían quedado clavadas en la nieve —. El muro no es alto, penetrarán por allí, seguramente se están preparando.

—¿Por qué no lo hicieron todavía? —preguntó Jiro enjugándose una lágrima y desenfundando su katana magenta.

—Quebrar psicológicamente al enemigo es el primer paso a la victoria —suspiró Shogo, y vio cómo Junji corría para abrazar a Haruki. Observó cómo el kagema mayor abrazaba a su protegido, acariciándole los cabellos con ternura en un intento por consolarlo.

—¡Que lo intenten! Mi hermano y yo ya estamos locos. —Ichiro soltó una carcajada, rápidamente ahogada por el dolor.

Su gemelo le hizo eco a la risa, pero Shogo sintió otro escalofrío subir por su espina.

—Creo que ya podemos dar por perdido el jardín —suspiró Jiro—,

pero… deberíamos asegurar la casa. Shogo, ¿hay otra entrada?

—No en la planta baja, pero habría que asegurar el ventanal del segundo nivel.

Jiro corrió escaleras arriba, y pronto Shogo escuchó el estruendo de los muebles chocando contra el suelo y las puertas. Se aferró a la katana y el wakizashi que colgaban de su cintura, buscando que le dieran coraje. Vio a Ichiro renguear hasta la puerta trasera de la casa, ya bloqueada con una mesa volteada, y sus ojos viraron nuevamente hacia Haruki, quien abrazaba a Junji en un rincón de la sala. El kagema menor se había quedado dormido en sus brazos, y Haruki le acariciaba el cabello sin separar su mirada de la de Shogo. El samurái se acercó con pasos lentos y se inclinó a su lado.

—¿Cómo te sientes? —le murmuró. Asumió que eso sería lo más cercano que tendrían a estar solos.

—Bien. Raro. —Haruki le dedicó una sonrisa enigmática—. Me siento como si no fuera yo mismo, pero a la vez, me siento yo mismo por primera vez en mi existencia. Como si una neblina que hubiera estado dentro de mi cabeza se hubiera despejado.

—Eso es bueno.

—El problema es… que, sin esa neblina, no estoy muy seguro de quién soy. Toda mi vida me he considerado un qué, y no un quién.

Un corto silencio. Shogo escuchaba los sonidos de los gemelos bloqueando las puertas, y contempló el semblante pacífico de Junji dormido contra el pecho de su antiguo maestro. Había tantas cosas que quería preguntarle a Haruki…

—¿Me recuerdas? —fue lo único que le preguntó, con un hilo de voz—. ¿Recuerdas las cosas que…?

—Por supuesto —lo interrumpió el kagema—. Recuerdo todo. —El corazón de Shogo se aceleró todavía más—. Yo solía llamarte *mi señor.*

—Ya no tienes que llamarme así.

—Tampoco tenía que hacerlo antes, te llamaba así porque me gustaba.

Shogo sintió que los latidos en su pecho iban a perforarle las costillas. Le sostuvo la mirada a Haruki, casi sin aliento.

—Haruki —habló en tono bajo—, perdóname.

—¿Por qué? —El kagema acarició un mechón de Junji con dulzura.

—Yo… yo colaboré con… —La vergüenza le impedía ordenar sus palabras—. Yo era un cliente más, yo pagué por ti. Realmente no hay diferencia entre ese samurái que asesiné y yo.

Haruki suspiró, esbozando una sonrisa exhausta. Sus párpados parecían pesarle.

—Shogo, nunca hiciste nada que yo no quisiera.

Atónito, el samurái se quedó mirando los ojos cansados del muchacho. A punto de responderle, una voz se alzó desde el patio.

—¡Okuma Shogo! —El rugido de Yamataka—. El clan Kigomiya reclama tu cabeza, ¿vas a entregarla o no?

Enseguida Shogo escuchó los pasos de Jiro retumbando escaleras abajo. Cuando lo tuvo cara a cara, el ronin de cabello rosa dijo lo mismo que él estaba pensando.

—¿Yamataka? Creí que era el clan Hazuemon el que te estaba rodeando.

—Ese hijo de puta —refunfuñó Ichiro—, ojalá sea yo quien lo mate.

—No. —Shogo se levantó del piso y se acomodó las espadas en la cintura—. Voy a negociar con él.

—¡No vas a ir solo! —lo regañó Jiro.

—Y tú no vas a ninguna parte con la pierna así —protestó Shogo—. Enseguida regreso. —Volvió hacia Haruki, buscó la daga que guardaba entre los pliegues internos de su chaqueta y se la entregó—. Ten. Por las dudas.

Haruki cogió la daga y asintió, presionándola contra su pecho.

—¿Qué ocurre? —Junji se despertaba.

Shogo avanzó hacia la puerta.

Con un nudo en la garganta cruzó el jardín cubierto de nieve y flechas, cada paso le dolía en el corazón, pero no se detuvo. Una vez frente a los portones anunció que iba a salir. Del otro lado, Yamataka accedió.

Afuera, los samuráis sintéticos del clan Kigomiya rodeaban la residencia, ataviados con sus armaduras y cargando sus arcos altos y los carcajes repletos de flechas. Y Gennai Yamataka los lideraba, ataviado con el uniforme de gala del clan y su típica sonrisa sardónica.

—Esta situación te pone feliz —lo enfrentó Shogo—, ¿no es cierto?

—Por supuesto. —Escarchas de hielo reposaban sobre su moño alto—. Siempre me pone feliz cuando se hace justicia. Cuando un traidor como tú debe hacerse responsable por sus actos.

Con una sonrisa amarga, Shogo pensó que Yamataka tenía razón.

—¿Estás ocultando a los gemelos Tatewaki?

—No tengo idea de dónde están. —Shogo se encogió de hombros—. De todas maneras, yo fui su maestro, sus crímenes son míos también. Pagando mi traición, pago la de ellos.

—¿Eso quiere decir que te entregas?

Shogo tomó un respiro profundo, el aroma a nieve penetrando sus pulmones.

—Solo dame un día para hacerlo bien. Hasta el próximo amanecer. He servido a mi señor toda mi vida, lo mínimo que puede concederme son unas horas para realizar el seppuku como es debido y limpiar mi honor.

Yamataka frunció el ceño y dio un paso al frente.

—Tienes diez horas —le respondió con un susurro tosco—, hasta el atardecer. Es más de lo que un traidor como tú merece.

—Bien —asintió Shogo—. Al atardecer tendrás mi cabeza para llevársela al daimyo.

Gennai Yamataka asintió y se retiró, dejando algunos samuráis escoltando la residencia. De todas maneras, Shogo no iba a escapar. Volvió a atravesar el jardín, sintiendo la espalda pesada. Una vez dentro de la residencia, vio a Ichiro y Jiro que removían los tatamis del piso para impedir que la sangre los manchara.

—No hay nada más samurái que remover el tatami antes de un asedio —festejó el de cabello rosa, entusiasmado. Junto a él, a Ichiro le costaba disimular el dolor del muslo.

—No va a haber asedio —exclamó Shogo, y todos los ojos se posaron en él.

—¿A qué te refieres?

Shogo caminó dando trancazos hasta el centro de la sala y levantó los tablones que conducían al pasadizo secreto.

—Lleva a Yoshiwara —explicó—. De allí, solo tienen que caminar

hasta la estación de tren. Deben apurarse, ya deben estar buscándolos. —Tragó saliva—. Lleven a Haruki con ustedes a Hokkaido.

—¿Te volviste loco? —La voz de Ichiro resonó en el silencio—. No vamos a dejarte.

—¡Shogo-san! —lloriqueó Jiro.

Haruki permanecía petrificado.

—Solo ganaré tiempo —mintió Shogo—. Los entretendré mientras ustedes escapan. No hay manera de sobrevivir a un asedio con tu pierna así, y tu brazo así. —Señaló a Jiro, y volvió a mirar a Haruki—. Solo háganme ese favor, ¿sí? Mantengan a Haruki a salvo. Nos reuniremos en Hokkaido.

Shogo deseó que Haruki dijera algo, o que reaccionara de alguna manera, pero el kagema parecía perdido en un trance. Empujado por Ichiro, fue el primero en descender los escalones del túnel. Shogo supo que no volvería a verlo nunca más y sintió como si le arrancaran un miembro. El segundo fue Junji, después de dedicarle a Shogo un montón de reverencias. El tercero fue Jiro, cargando su katana magenta en la espalda.

—Nos vemos en Hokkaido —le dijo a Shogo—, ¿verdad?

—Lo prometo —se despidió él, seguro de que cada uno seguiría su camino.

El último en partir fue Ichiro, quien necesitó de su ayuda para bajar los escalones.

—Shogo… —murmuró.

El samurái entrelazó miradas con su antiguo aprendiz. Ninguno de los dos dijo una palabra, Shogo percibió que Ichiro sabía que él estaba mintiendo. Los ojos verdes y azules del ronin estaban húmedos, y su labio inferior temblaba con un miedo que Shogo nunca antes le había visto. Cuando menos lo esperaba, sintió la mano de Ichiro rodeándole la nuca y atrayéndolo. Fue un beso rápido y desesperado, torpe y cargado de dolor; y Shogo pudo saborear las lágrimas artificiales del chico en ese beso que debía de llevar años forjándose en la oscuridad. Ichiro rompió el beso con la misma celeridad con la que se perdió por el pasadizo, y Shogo cerró de nuevo los tablones.

Encontró cierto alivio en estar solo, y se desató las armas de la

cintura con una exhalación profunda. Dio un vistazo a la sala desordenada, a los muebles dados vuelta y a los tatamis levantados del piso; había cierta paz en ese caos. Finalmente, con una ola fría, se dio cuenta de que iba a morir. Y solo. Estaba enfrentando las últimas horas de su existencia, y en su garganta el pánico se mezclaba con la resignación. Repentinos deseos de llorar lo sobrecogieron, pero no cedió a ellos. Tenía mucho que hacer todavía, muchos rituales que cumplir para que al menos su muerte fuera digna, más digna de lo que había sido su vida.

Se abrió paso entre el desorden de la sala y subió a su dormitorio. Dejó la katana y el wakizashi sobre la cama, y recordó que pronto debía purificarles las hojas con sake, antes de usarlas para abrirse el vientre. Apartó ese pensamiento y abrió el closet en busca de la hakama blanca ceremonial. La extendió en la cama junto a sus armas, la tela blanca e impoluta resplandeciendo y recordándole que sería lo último que vestiría. Las rodillas le temblaban de nuevo, se sentía incapaz de dar un solo paso. La soledad lo golpeó, y de pronto se sintió vulnerable y pequeño. Se enjugó una lágrima y apagó sus emociones. Era necesario para seguir con los preparativos.

Caminó al baño y abrió el grifo de la tina: así como era obligación limpiar sus armas, también debía limpiar su cuerpo antes de despedirse del mundo terrenal.

Probando la temperatura del agua con los dedos, de pronto escuchó unos golpecitos escaleras abajo, creyó que estaba enloqueciendo, pero bajó a la sala con pasos furiosos. De nuevo: provenían del pasadizo secreto. Con el corazón acelerado levantó los tablones una vez más. Y encontró a Haruki al pie de los escalones.

—¿Realmente creíste que iba a dejarte solo?

CAPÍTULO QUINCE

El agua del estanque ya se había congelado, escarchas en los juncos que lo rodeaban. Shogo condujo a Haruki hasta la puerta de entrada, donde los dos contemplaron el invierno que cubría el jardín con su blancura gélida.

—Hace mucho quería mostrarte esto. —Shogo le señaló a Haruki el almendro que se alzaba majestuoso en el patio. Las ramas secas se retorcían hacia el cielo invernal, pero aún así… pleno de una belleza descarnada. Una ocasional brisa hizo revolotear algún que otro pétalo blanco que desde la primavera había sobrevivido.

Shogo alejó su vista del almendro para mirar la reacción de Haruki.

—Es hermoso —suspiró el kagema, todavía luciendo la perla en su cuello. El frío le otorgaba a su piel un dejo azulado, y Shogo pensó que eso lo hacía todavía más bello. Se sintió egoísta por agradecer que Haruki hubiera regresado, y también se sintió feliz.

Cerró los ojos, perdió la noción del tiempo y absorbió la belleza sobrecogedora de aquel momento.

—Es tan pacífico —murmuró el samurái, y abrió los ojos—. Quiero morir aquí. En la sombra de este almendro. —Miró de nuevo a Haruki, quien no decía nada—. ¿Todavía tienes la daga que te di?

El kagema asintió. Y sacó el cuchillo de entre los pliegues de sus mangas.

Al verlo, Shogo sintió otro escalofrío, pero se dio valor para seguir hablando.

—Apenas me clave la espada en el vientre, tú debes apuñalarme. Aquí. —Shogo cogió la mano de Haruki y la presionó sobre su cuello —. ¿Ves? Esta es la carótida. Cuando me apuñales aquí, perderé la conciencia al instante, y en menos de un minuto tendré un paro cardíaco. Será una muerte rápida y sin dolor. Ningún samurái muere realmente por el seppuku; abrirse el vientre significa una muerte lenta y dolorosa, por eso siempre hay alguien para asistir, para dar el golpe

mortal. No puedo pedirte que me decapites, se necesitan años de técnica para cortar limpiamente la cabeza de un hombre, pero… no es tan difícil clavar la daga aquí.

Haruki pestañeaba, un gesto de puro horror, no decía nada.

—Asistir a un samurái en su suicidio es un verdadero honor. ¿Harías eso por mí, Haruki?

El viento silbó entre ellos, ondeando algunos mechones azabaches de Haruki, que permaneció unos instantes en silencio, los ojos húmedos y su labio inferior temblando.

—Haré cualquier cosa que me pidas.

Shogo tragó saliva, sobrecogido por lo que él mismo sintió como la muestra de amor más grande que había recibido en su vida.

—Recuerda: la arteria carótida. Apenas la hoja entre en mi estómago, tú me apuñalas con toda tu fuerza. Si me acobardo y no puedo abrirme el vientre, entonces me apuñalas para que no me humille mi propia cobardía. ¿Entiendes? —Haruki volvió a asentir—. En el cajón superior del armario hay un dispositivo con algunos créditos depositados. Tómalo y cruza el pasadizo hasta Yoshiwara. Compra un pasaje a Hokkaido y únete a los gemelos, ellos te ayudarán. Y olvídate de mí.

Haruki le sostuvo la mirada, acaso queriendo decirle algo. Pero de nuevo solo hizo silencio.

—Prométélo —insistió Shogo—. Prométeme que no te temblará la mano cuando llegue el momento.

El samurái esperó la respuesta de Haruki, cuya belleza se amplificaba por la despedida. Lo encontró más humano y más hermoso que nunca. Sabía que un ingeniero lo había creado, y que hasta el último rincón de su cuerpo estaba diseñado para despertar el deseo en los hombres. Y también para apagarlo. Sin embargo, era innegable que en algún recóndito rincón debajo de esa carne palpitaba la vida. ¿Qué era la vida? Shogo lo ignoraba, solo sabía que la suya pronto acabaría. Y también sabía que estaba enamorado de Haruki. No le importaba si era posible enamorarse de un artificial, tampoco le importaba que Haruki no lo correspondiera. Solo podía disfrutar de la felicidad por transitar sus últimos momentos en su compañía.

—Haré lo que me pidas —repitió el kagema, y Shogo sintió que el amor por el chico desbordaba en su pecho. Las emociones eran tan intensas, temió que lo devoraran vivo, y se vio forzado a apartar la vista de nuevo hacia el almendro.

—Me hubiera gustado hacer el amor contigo —suspiró Shogo con un hilo de voz. Pensó que la proximidad a la muerte le daba cierta valentía para decir cosas que nunca hubiera dicho. Escuchó la risita de Haruki a su lado.

—¿De qué hablas? Lo hicimos muchas veces.

—No es lo mismo follar que hacer el amor —dijo con tristeza. De la misma manera que no era lo mismo existir que vivir—. Lo hiciste porque te pagué, porque estabas obligado a acostarte conmigo. Me hubiera gustado saber qué se siente ser querido por ti, o por lo menos deseado. Aunque fuera una sola vez.

—Qué samurái tan romántico es mi señor.

Miró de nuevo a Haruki, las escarchas pegadas a su largo cabello negro.

—Regresemos adentro —dijo Shogo—. Queda poco tiempo y tengo mucho que hacer.

El agua de la tina se había enfriado, así que abrió el grifo de nuevo para llenarla con agua caliente. Mientras esperaba, Shogo regresó al dormitorio cargando una vasija de agua enjabonada y se sentó frente al espejo. Su rostro lucía tan exhausto… y a su lado, en el reflejo, Haruki no apartaba sus ojos de él. Shogo buscó una navaja y se cortó el moño alto. Inmediatamente, los mechones que quedaban cayeron hasta rozar sus hombros. En esa cara apenas podía reconocerse. En el espejo los dedos de Haruki buscaron el cabello cercenado sobre el tocador.

—Mi señor, ¿me deja conservarlo?

Shogo accedió y en el espejo vio cómo el kagema presionaba el moño de cabello contra su pecho. Continuó. Se enjabonó los cabellos restantes y procedió a afeitarse la cabeza. Cuando ya no quedaba ni un solo mechón sobre su cráneo, se sintió liviano y vacío a la vez.

—Mi señor… —se lamentó Haruki—, s-su cabello…

—Ya regreso —respondió, poniéndose de pie.

Dejando atrás los sollozos de Haruki, entró en el baño y se quitó la ropa, para meterse en la tina. Despojarse de su chaqueta y hakama se sentía igual que liberarse de su moño alto: sus años de samurái se despegaban de su carne para siempre. Él no era nada si no era un samurái, se estaba convirtiendo en la misma nada a la cual se dirigía para siempre.

Al sumergir su cuerpo cansado en el agua tibia, una pequeña ola de placer lo obligó a cerrar los ojos. Pero volvió a abrirlos al sentir la caricia del trapo húmedo, y encontró a Haruki de rodillas junto a la tina, enjabonándole el brazo con silenciosa devoción.

—No tienes que hacer esto.

El kagema no respondió. Le lavó los brazos, la espalda y el pecho sin pronunciar palabra, y Shogo no pudo más que rendirse a sus cuidados. Admiró los rasgos del chico concentrado en su tarea, el vapor del agua lo envolvía resaltando lo precioso de su nariz y labios. En silencio, Shogo agradeció poder vivir sus últimos instantes de vida junto a Haruki. Eso era más que suficiente para morir feliz. Sintió una ebullición asfixiante en su pecho: quería agradecerle, pero nunca había sido bueno con las palabras, y ahora, escasas horas antes de su muerte, ese amor se le hacía sobrecogedor.

Con las emociones enmarañadas en su garganta, a Shogo las fuerzas apenas le alcanzaron para entrelazar sus dedos en los de Haruki. El kagema tan solo lo miró, los ojos negros y húmedos, y le besó los labios con una delicadeza capaz de desarmarlo.

—¿Por qué? —susurró Haruki contra su boca—. ¿Por qué mi señor no se seca y me espera en el dormitorio? Yo también quiero bañarme antes de cumplirle su último deseo.

La cabeza de Shogo dio vueltas por un segundo, no del todo seguro de qué estaba diciendo Haruki.

—N-no es necesario que…

—Por favor. —Haruki lo silenció con otro beso—. No me niegue la oportunidad de despedirme de mi señor.

Una vez en su dormitorio, Shogo se secó el cuerpo con una toalla, y esperó. Le pareció una pérdida de tiempo vestirse, pero, al mismo tiempo, sentía algo de vergüenza de estar desnudo, así que se cubrió

bajo las mantas de su cama y esperó a Haruki. El cuarto estaba helado, de manera que encendió la calefacción, que simulaba un brasero antiguo, y volvió a taparse. Mientras escuchaba el agua correr en el baño, su corazón comenzó a golpear con locura. Con la vista fija en el techo, tomó conciencia de cada músculo de su cuerpo: saber que pronto moriría lo hizo más consciente de la vida que palpitaba en ellos, de la sangre que ardía furiosa en sus venas y comenzaba a agolparse en su miembro cuando anticipaba las caricias de Haruki. Shogo se percibió más vivo que nunca, y eso lo aterró. El miedo solía provocar ese efecto en los hombres.

Haruki tampoco se molestó en vestirse al salir del baño. Solo desató la cinta de raso con la que había sujetado su cabello para no mojárselo. Shogo intentó memorizar cada línea de su pálido cuerpo, una fotografía para llevarse al más allá, aunque dudaba de recordar algo. El kagema se subió a la cama de un salto, y el aroma a jabón llegó a la nariz de Shogo. Admiró al chico sentado en su cama, y él también se sentó. Durante unos segundos solo pudo mirarlo, perderse en lo mullido de sus labios sonrojados y en los ojos redondos de gruesas pestañas. Con las manos temblorosas, deslizó las yemas por la curva de su cuello y de sus hombros, deleitándose con la redondez estrecha del chico. Haruki le rodeó la cintura y se apretó contra su cuerpo, el ardor de su piel envolviéndolo. Quería quedarse así para siempre, aunque su miembro palpitaba cada vez más duro, más que ansioso por hundirse en el calor del muchacho.

Haruki lo besó con la misma ternura de antes, su boca sabía dulce pero sus lágrimas saladas. Shogo le acarició los pómulos con los pulgares y le mordisqueó el labio inferior. Nada existía en el mundo en ese momento más que Haruki. Le besó los delicados dedos, uno por uno, que parecían retraerse con un suspiro, le besó el cuello y los pezones hasta que el chico se retorció debajo de él. Le besó donde el vello le crecía hirsuto y renegrido, y le acarició el miembro con dulzura, hasta que Haruki suplicó con el pecho ruborizado, la boca dibujando una o perfecta. Shogo lo penetró a ritmo lánguido, intentando prolongar hasta el infinito ese intercambio. Pero Haruki lo besaba con insistencia. Y la cara manchada de lágrimas, obligándolo a

acelerar, a hundirse con más ahínco en aquel abismo. Con los dedos del otro clavados en su espalda y los tobillos cruzados detrás de la cintura, Shogo se desbordó dentro de Haruki. Las punzadas de placer lo atravesaban mientras se vaciaba. El kagema lo cubría de besos asfixiantes y desesperados, y Shogo se sintió morir en sus brazos.

Incluso así, no estaba satisfecho. Jadeaba abrazado a Haruki, el miembro todavía en su interior mientras perdía dureza, y aún ansiaba por algo que no se atrevía a pronunciar. Miró al muchacho tumbado a su lado, con los deliciosos labios sonrojados y separados respirando con fuerza. Bajó la vista hacia el pecho, también teñido de un precioso rubor, y continuó descendiendo hasta la entrepierna, donde el miembro todavía ostentaba algo de rigidez contra el muslo pálido. Shogo no pudo contenerse de envolverlo en su mano derecha y acariciarlo. No supo qué se había apoderado de él, pero tampoco le importó. Con un movimiento rápido se agazapó entre las piernas de Haruki y lo tomó con su boca. Percibió el cuerpo retorcerse, a la vez que el kagema soltaba un gemido de placer y sorpresa. Shogo lo engulló lo más profundo que pudo, hasta que sintió las lágrimas, exigiéndole que recuperara la dureza.

—Haruki… —susurró con vergüenza, pero no pudo terminar la frase. El chico le acarició la barbilla. Lo comprendía, sin necesidad de palabras.

—Acuéstese de espaldas, mi señor.

Shogo obedeció, su corazón galopando contra sus costillas. Con ansiedad, separó las piernas y vio a Haruki, su miembro todavía duro y enrojecido, acomodarse entre ellas. Recibió las caricias y besos del chico en la cara interna de los muslos y entre las piernas, y respondió con escalofríos y suspiros. Haruki utilizó sus dedos y labios con amorosa paciencia, hasta que Shogo sintió que la necesidad lo estaba enloqueciendo. Y cuando creyó que la desesperación por ser penetrado iba a matarlo, Haruki se tomó unos momentos extras para besarle el cuello y las orejas, para torturarlo un poco más. Fue cuidadoso cuando entró en él por primera vez, con una estocada tímida y lenta pero que obligó a Shogo a expulsar un lamento.

—¿Le duele, mi señor?

—Sí… no te detengas.

Haruki no lo hizo, fue acelerando su ritmo conforme Shogo se deshacía en sus brazos. La forma en que Haruki transpiraba y se agitaba con cada embestida lo hacía ver cada vez más humano, humano como el calor con el que lo llenaba. Ver a Haruki así, perdido y arrebolado, con la cintura rodeada por sus piernas, de la misma manera en que él solía hacerlo, vivir la escena a la inversa, le provocó un vértigo efervescente. Sentir a Haruki en su interior era tan placentero que temió enloquecer, y se creyó un idiota por haber evitado durante toda su vida estar en aquella posición. Minutos atrás había considerado que a aquellas alturas seguir conservando su honor masculino era ridículo, y la idea de mancillar el último ápice que le quedaba le resultaba excitante. Pero ahora, sentir a Haruki penetrándolo era el clímax en sí mismo. Saboreó la saliva del chico mezclada con las lágrimas de los dos, y Haruki gritó su orgasmo dentro de la boca.

Exhausto, Shogo permaneció rodeando a su amante, el largo cabello del chico esparcido caóticamente sobre las sábanas. El cuerpo del kagema todavía temblaba, así como los muslos del samurái. A Shogo le hubiera gustado repetir ese ciclo de penetrar a Haruki y luego ser penetrado, pero necesitaba preservar su resistencia física para el esfuerzo que le demandaría el suicidio. Con melancolía notó que faltaba menos de una hora para el atardecer, y depositó un tierno beso en la frente de Haruki.

—Shogo… —sollozó el chico contra su pecho—, por favor no me dejes.

Él se obligó a romper el abrazo y alejarse de Haruki. Sabía que, si no lo hacía de un solo impulso, jamás sería capaz de separarse.

CAPÍTULO DIECISÈIS

Se vistió con el kimono ceremonial, y la fresca suavidad de la seda blanca fue un contraste agradable con la agitación sudorosa en la que Haruki lo había inmerso. El kagema le anudó el frente con dedos lentos y amorosos, y Shogo pudo percibir que el otro estaba batallando contra las lágrimas.

Cuando el samurái estuvo vestido por completo con el ropaje de los condenados, Haruki alisó la tela de su pecho con una caricia y le dio un sutil beso en los labios.

—Ya casi anochece —sentenció Shogo con tono frío y monótono—, bajemos las escaleras y tomemos una copa de sake.

Cogió las espadas y oyó los pasos de Haruki siguiéndolo hasta la planta baja. El chico vestía un kimono de tonos lavanda, el mismo con el que había huido, y se había recogido el cabello negro con su pañuelo morado.

—Ojalá pudiera vestir ese kimono precioso que mi señor me ha regalado —se lamentó mientras buscaba las copas de sake en la cocina —. Tengo entendido que antes del seppuku, un samurái debe escribir un poema. ¿Mi señor desea que le aliste papel y tinta?

—No. Antes de irme, no tengo nada que decir.

Haruki asintió, y los dos se encaminaron a la puerta.

—Ha comenzado a nevar —suspiró Shogo al ver los copos de nieve revoloteando en la brisa. Una repentina alegría lo obligó a sonreír al ver el estanque cubierto de hielo, casi como un espejo, y el majestuoso almendro teñido de blanco por la escarcha, esperándolo como un verdugo—. Soy muy afortunado por morir en un día tan hermoso. Y a tu lado.

Tenía miedo. Mucho miedo. Haruki no dijo nada, pero Shogo pudo escucharlo tragar saliva. Él se aferró al wakizashi que cargaba en la cintura, algo que había hecho toda su vida, para darse valor. Sintió el frío bajo la planta de sus pies descalzos mientras cruzaba el jardín, Haruki siguiéndolo a escasos centímetros cargando el sake y la daga,

el faldón de su generoso kimono barriendo la nieve a su paso. Se detuvieron a la sombra del almendro, donde Haruki desplegó un tatami de bambú. Shogo se arrodilló ahí y desenfundó su wakizashi. El invierno resplandecía en la hoja de acero, y sobre ella Haruki derramó sake para purificarla. Sirvió el resto en dos copas y le ofreció una a Shogo. Bebieron, pero el alcohol falló en alejar el miedo, que se retorcía en la garganta y entrañas del samurái.

—Shogo. —La voz de Haruki perforó la brisa helada—. ¿Realmente quieres morir?

—No importa lo que yo quiera. —Sonrió con amargura, y dejó la copa vacía sobre el tatami de bambú.

—Tú me hiciste una pregunta hace un tiempo… si yo realmente quería tener sexo con humanos. Mi respuesta no fue sincera en aquel entonces, pero yo creía que sí. La mentira con la que me programaron estaba tan arraigada en mi mente que yo la confundí con la verdad, era ciego a mis verdaderos deseos.

—Yo soy humano, y nadie puede condicionar mi conducta.

—¿Estás seguro de eso? —Las lágrimas, como caracoles pálidos, rodaban por las mejillas del chico—. No es tarde, Shogo. Podemos escapar a Hokkaido.

El pánico rugió dentro de Shogo.

—¡Me lo prometiste! —Ya no podía controlar su llanto—. ¡Me prometiste que no te echarías atrás, Haruki!

El muchacho se estaba enjugando las lágrimas con la manga de su kimono cuando se oyeron unos golpes en el portón. Shogo se puso de pie para abrir el portón y sintió débiles las rodillas.

—Bueno. —Yamataka entró en el jardín como si fuera el dueño—. Ya es hora.

—Quería hacerlo en privado.

—Un traidor no puede darse ese lujo. Tanto el clan Kigomiya como Hazuemon exigen un testigo. —Le echó un vistazo rápido al kagema sentado a la sombra del almendro—. ¿Quién es este?

—Él oficiará el seppuku.

—No lo veo muy capaz —refunfuñó Yamataka.

—Él cumplirá su palabra

—Muy bien —exclamó Yamataka—, si no puede, con gusto yo tomaré tu cabeza. No perdamos más tiempo.

Haruki no cesaba de llorar, pero desenfundó la daga. Shogo se arrodilló junto al almendro y se abrió la parte superior del kimono. Cuando su pecho quedó desnudo a la merced del invierno, toda su piel se erizó, lo que le recordó que aún estaba vivo. La sangre todavía palpitaba caliente en sus venas y en su corazón, negándose a abandonar la vida. Un pavor más que intenso crecía en su estómago, así y todo, con manos temblorosas envolvió la hoja de su wakizashi con el pañuelo, necesitaba sujetar el arma por el filo sin cortarse las palmas. Tragó saliva y dirigió la punta de la espada hacia su vientre, y la apoyó justo tres dedos debajo de su ombligo. La punzada lo asustó más, y se quedó inmóvil. Aferraba con fuerza el wakizashi, pero no podía hundirlo en su carne. Simplemente no podía. La vergüenza lo hizo llorar.

—¿Qué ocurre? —sonrió Yamataka.

Shogo no pudo responder, la cabeza le daba vueltas y sentía ganas de vomitar. Incluso ese asco le recordaba que estaba vivo. Estaba vivo. Y quería permanecer así. Permanecer así por lo menos unos años más. Junto a Haruki, cuyos sollozos eran la única cuerda que lo ataba a la realidad, de pronto sintió algo sobre su hombro: un diminuto pétalo del almendro aterrizando sobre la curva del omóplato. Tan pequeño, y tan hermoso a la vez…

—No puedo hacerlo —murmuró—. Yo… no quiero morir.

—Sabía que te acobardarías. —Oyó el desenfundar de la katana de Yamataka, y cerró los ojos.

Un grito enloquecido, de Haruki, lo obligó a mirar, era el grito lo más doloroso que había oído en toda su vida. Giró el cuello: el kagema enterraba la daga en el cuello de Yamataka. La sangre manchó el tronco del almendro, y el cuerpo inconsciente chocó contra las raíces que pronto se tiñeron del carmesí que brotaba de ese samurái. Las piernas de Yamataka se sacudieron por unos segundos, y luego se detuvieron. La daga hizo un sonido metálico cuando Haruki la dejó caer en el hielo.

—Me rompí la muñeca —se lamentó, rodeándola con la otra mano.

Shogo no tuvo tiempo de ayudarlo: pronto los sintéticos del clan Kigomiya estuvieron traspasando el portón a toda velocidad. Shogo recogió la katana de Yamataka y la usó para defenderse del primer samurái que le arrojó una estocada al desnudo estómago, logró asesinarlo con solo dos golpes al mismo tiempo que un segundo samurái lo acorralaba, y más samuráis invadían el jardín. Mientras peleaba con el segundo sintético, Shogo mantuvo a Haruki cerca, y ahora luchaba con su katana en la mano derecha y la de Yamataka en la izquierda. Aunque asesinó a otro del clan Kigomiya, los enemigos se multiplicaban más rápido de lo que él, con sus brazos cansados y castigados por el frío, podía blandir las armas. Un nuevo samurái lo atacó por delante, Shogo estaba entrelazando estocadas cuando otro lo embistió, dejándole una herida profunda en el hombro izquierdo, que lo obligó a dejar caer una de las katanas.

—Corre —le ordenó a Haruki entre dientes doloridos—, corre… al pasadizo.

Haruki obedeció, y corrió hacia dentro de la casa. Shogo lo siguió a duras penas, sentía las piernas aún más débiles y debía detenerse para cruzar estocadas con cada samurái que intentaba detenerlo, uno tras de otro. Logró por fin entrar a la casa detrás de Haruki y pateó un mueble para bloquear la entrada. No resistirían mucho, del otro lado los golpes del clan Kigomiya no cesaban, pero le dio tiempo suficiente a Haruki para levantar los tablones del piso de la sala. Shogo vio que las patas del mueble resbalaban sobre el piso, los sintéticos estaban derribando la puerta. Usó todas sus fuerzas para mantener el mueble en su lugar.

—Espera —le gritó a Haruki, quien ya estaba bajando los escalones hacia el túnel—. ¡Ve arriba a buscar el dispositivo con los créditos!

A pesar de que se lo veía dolorido, el kagema subió los escalones que llevaban al dormitorio con piernas ágiles. Shogo sintió como una eternidad el tiempo que demoró en volver a bajar; sus brazos apenas podían seguir sosteniendo el mueble contra la puerta. Y cuando vio a Haruki, le pareció que estaba a punto de desmayarse por el dolor. Pero el kagema volvió a bajar, esta vez los escalones del pasadizo. Shogo esperó a último momento para soltar el mueble. Mientras corría

hacia el pasadizo, la madera se hizo pedazos, y los sintéticos invadieron la sala. Aun así, Shogo logró unirse a Haruki en el túnel subterráneo y de un golpe cerrar la abertura.

Solos en la oscuridad, Haruki lo abrazó, y paradójicamente Shogo se sintió libre por primera vez en su vida.

CAPÍTULO DIECISIETE

El verano llegaba con lentitud a las costas de Hokkaido, transportando el aroma a sal del océano hasta las puertas del teatro. Shogo dejó de barrer la entrada y durante unos segundos cerró los ojos para absorber ese delicioso perfume a mar mezclado con sol. Mientras el aroma llenaba sus pulmones, reparó en que se había relajado, la primera vez en meses. Poco duró su descanso.

—¡Itori —chilló el dueño, adentro del teatro—, basta de holgazanear!

—Sí, señor.

Regresó al interior de Margaritas de primavera, el teatro de dos pisos cuya bóveda redondeada rompía el firmamento limpio y despejado del verano, casi imposible diferenciarla del mar. Atravesó el pasillo a toda velocidad, sus pies apenas tocando la alfombra púrpura y barata. En las pantallas de las paredes se podían apreciar fragmentos de cada acto, mujeres que bailaban o cantaban o recitaban poesía, pero que casi siempre terminaban quitándose la ropa. Por el rabillo del ojo, Shogo vio la pantalla donde Haruki bailaba con su abanico de peonias, y sintió un ligero escalofrío. Aunque Haruki ahora se hacía llamar Kuroyuri, así como él ahora era Itori Saito, todavía lo estremecía con tan solo un batir de sus pestañas.

Cruzó la puerta del salón principal y se dedicó a barrer entre los asientos, intentando no mirar hacia el escenario principal donde Haruki estaba ensayando su acto de esa noche. Pero el canto en la voz del chico *Cuando las peonias están en flor mi amante viene a mí, pero cuando el invierno las cubre, él me abandona. ¿Acaso regresará?* evocó un dolor extrañamente dulce en su pecho.

Shogo no pudo evitar alzar la vista: Haruki bailaba con su abanico, sumiéndolo en una ensoñación vaporosa y nostálgica. El muchachito no vestía el extravagante kimono femenino con el que actuaba todas las noches, ni su rostro estaba cubierto por el grueso y dramático maquillaje, pero aun con su yukata y su cabello recogido en una coleta simple tenía el poder de hipnotizar a Shogo, quien abrazaba la escoba

contra su pecho.

El ensayo de Haruki llegó a su fin, y las geishas se apoderaron del escenario. Shogo terminó de limpiar, y conforme llegaba el atardecer ocupó su lugar en la taquilla. Aquella era la tarea en la que más se esforzaba; al chequear los dispositivos móviles de cada espectador y validar cada entrada aprovechaba para estudiar los rostros de cada persona que entraba al teatro. Ya no portaba ni su katana ni su wakizashi, pero sabía que, si alguien entraba buscando a Haruki, era capaz de asesinar con sus propias manos. No le importaba tanto si algún miembro de Hazuemon venía por él. Esa noche de verano Shogo sintió que finalmente podía bajar la guardia, que tanto él como Haruki habían sido olvidados por el mundo.

Margaritas de primavera nunca vendía todas sus localidades, y desde los asientos ocupados muchas veces le llegaban ronquidos. Shogo ayudaba tras bambalinas, colocando una enorme bolsa de Telgopor frente a un ventilador para simular los copos de nieve que envolvían a Haruki mientras hacía su danza con abanico. Viéndolo bailar en círculos, ataviado con un kimono color lavanda, volvió a perder la noción del tiempo. Haruki era demasiado precioso para ese teatro de mala muerte. Los gritos de su jefe desde el otro extremo del escenario lo trajeron a la realidad.

—¡Baja la velocidad, idiota! ¡Vas a ahogarlo con tanta nieve!

—Perdón, perdón. —Shogo bajó la velocidad de inmediato. En el escenario, la tormenta de nieve abrazaba a un danzante Haruki.

La canción terminó y Haruki regresó tras bambalinas. Cuando lo vio pasar junto a él, pudo sentir el aroma de su sudor, y lo encontró demasiado humano.

—Perdón, me distraje —Shogo se disculpó, casi incapaz de mirarlo a los ojos.

—Está bien —respondió Haruki con su voz tintineante, y Shogo supo que estaba sonriendo. Cobró valor para alzar la vista y encontró esa cara cubierta de maquillaje blanco, dramáticas líneas negras y escarlata estilizaban sus labios y ojos, pero debajo de todo eso, estaba el mismo Haruki de siempre, el que lo hacía temblar.

Siguió el acto de Madame Yuki, la geisha veterana que aún

cultivaba fanáticos con sus stripteases disfrazados de bailes tradicionales. Mientras tanto, Shogo ayudaba a Haruki a cambiarse.

—¿Cómo está tu muñeca? —murmuró—. ¿No te duele al bailar?

—Un poco, pero no me importa.

Sus miradas se engarzaron, Shogo pensaba en cómo continuar la conversación.

—¡Okuma —volvió a gritarle el jefe—, alguien vomitó en el baño, trae la mopa!

—Sí, señor.

—No deberías hacer ese tipo de trabajo —protestó Haruki.

—No me molesta. —Shogo sonrió y se alejó cargando el trapeador.

Mientras limpiaba, reparó en que aquella había sido la conversación más larga que había mantenido con Haruki desde que abandonaron Nuevo Edo, y eso lo hizo sonreír seguro que como un idiota. El teatro cerró a la madrugada, y Shogo regresó a casa todavía sonriendo. Recién cuando estaba cruzando la puerta de la pensión donde se hospedaba, se dio cuenta de que en el trayecto no había mirado detrás de su hombro, sospechoso de que alguien lo persiguiera.

Durante el primer mes en Hokkaido, le parecía ver miembros del clan Hazuemon o Kigomiya en el rostro de cada asistente al teatro o en cada hombre que se cruzaba por la calle. Incluso solía despertarse varias veces por noche, sobresaltado, confundido y envuelto en un sudor frío.

Entró en su cuarto con pasos cansados, pero con la mente demasiado despierta. Recién después de encender la luz aflojó la tensión en la empuñadura de la daga que aún conservaba y que siempre llevaba oculta entre sus ropas. Caminó hacia la cocina, que compartía el mismo espacio de la sala y el dormitorio, a calentar agua para un té. A pesar de que hacía calor, pensó que lo reconfortaría beberlo observando el oleaje a través de la persiana. Pronto descubrió que le habían cortado el gas. Decidió que pagaría la semana próxima, cuando el jefe del teatro le abonara su quincena, y se tumbó boca abajo en su cama. Escuchaba el oleaje cercano, a través de la persiana, y sus pensamientos vagaban sin rumbo fijo, siguiendo el vaivén del océano.

Tres noches después, de nuevo en la taquilla, le permitía el acceso a quienes tenían entrada. Cuando Margaritas de primavera estuvo colmado a una capacidad récord de veinte por ciento, Shogo regresó tras bambalinas para asistir a los artistas. Haruki, o mejor dicho Kuroyuri, había sido el acto de apertura aquella noche, con su rostro maquillado con exquisitas pinceladas azules y rojas y crisantemos artificiales decorando su cabello recogido. Al escucharlo cantar a la distancia, Shogo había pensado que le gustaría entablar otra conversación con él, pero ignoraba qué decir. Además, cuando terminó su acto, y madame Yuki lo siguió, el chico se escabulló tan rápido entre sus fanáticos que él perdió la oportunidad.

Volvió a ensimismarse en sus pensamientos, hasta que su jefe volvió a gritarle. Ayudó a Miki el ventrílocuo a prepararse mientras el acto de Madame Yuki terminaba. La mujer de mediana edad irrumpió en el camerino con su cuerpo desnudo y brillante por el sudor. Shogo apartó la vista de sus pechos, ruborizado, y escuchó a la mujer carcajear.

—Saito-chan, creí que no te gustaban las mujeres.

—¿Por qué pensó eso, Madame Yuki? —Volvió a mirar. La mujer ya se había cubierto con un kimono liviano estampado con golondrinas.

—Para ser honesta, por cómo miras a nuestro Kuroruyi cada noche. —Se soltó el cabello con un movimiento hipnótico de sus brazos—. ¡Vamos, que no te dé vergüenza! Deberías declararle tu amor, no creo que te rechace.

Madame Yuki le guiñó un ojo, y procedió a quitarse el maquillaje con una toallita húmeda. Shogo tragó saliva. Los chistes malos de Miki se oían desde lo lejos, nadie reía.

—No creo —se animó a decir— que sea una buena idea.

—¿Por qué no? —La mujer volteó para mirarlo—. ¿Porque él es sintético y tú humano? A nadie le importa eso. ¿Sabes cuántas historias así he oído? No soy ingeniera ni nada de eso, solo sé que ellos sienten amor, Saito-chan. Lo sienten. —Cogió una caja de bombones de sobre el tocador y se la arrojó a Shogo con delicadeza—. Toma, me los regaló un fan. Mi único fan. Tiene setenta años y viene todas las noches a escondidas de su esposa, me sigue desde que yo

tenía treinta y bailaba en Yoshiwara. El pobre ya tiene cataratas y está ciego de un ojo, pero no se pierde ni uno solo de mis shows. Siempre me regala chocolate, y yo no puedo comerlo. No puedo darme el lujo de descuidar mi figura. Supongo que los sintéticos no tienen ese problema. Llevárselos a Kuroyuri y confiésale tu amor. No te dirá que no.

Shogo se quedó mudo, con la caja de chocolates blancos en forma de corazón presionada contra su pecho.

—Gracias, Madame Yuki —le hizo una reverencia.

—Basta —rio ella—. No seas tan formal, pareces samurái. Los odio.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría son jóvenes y hermosos —suspiró—, y solo desperdician sus vidas sirviendo a algún señor viejo y horrible. Es deprimente.

Shogo sintió en su boca la amargura de una sonrisa.

—Tiene razón, Madame.

Para la madrugada, las olas rugían allá en el mar, y Shogo estaba de pie frente al teatro a oscuras, intentando darse valor y con la caja de chocolates todavía abrazada. Y Haruki salió a su encuentro ya cambiado con un yukata liviano y unas sandalias de madera, y cargando un róbalo por la cola.

—Shogo-san —lo llamó con voz tímida, como temeroso de que alguien escuchara aquel nombre—, mira, un fanático me lo ha regalado. ¿T-te gustaría cocinarlo, y… cenar conmigo?

Cómo podría negarse a esos labios, a esa voz pronunciando su nombre una vez más.

—Yo… —se encogió de hombros—, no tengo gas en la pensión. Por lo menos hasta la semana que viene que nos pagan.

—Claro. —Haruki bajó la vista. Nunca había visitado el hogar de Shogo en Hokkaido. El silencio estaba a punto de tornarse incómodo —. No estamos lejos de la playa —sonrió—. ¿Qué tal si hacemos una fogata y lo cocinamos allí?

—Yo tengo el postre.

Intercambiaron el róbalo y la caja de chocolates en silencio, y luego se encaminaron a la rambla, con el aire salado acariciando sus narices

y la luz de la luna a sus espaldas.

—Pensar que antes podía invitarte salmón rojo. —Con una risita amarga, Shogo intentó iniciar una nueva conversación.

—Eso nunca me ha importado —Haruki le respondió muy serio.

La arena resplandecía como sal bajo la luz nocturna, y el mar no era más que un pozo de tinta. Se dispersaron unos minutos para buscar ramas viejas y secas, con las que pronto Shogo encendería un fuego del mismo tono del cobre.

—¿Tienes frío? —le preguntó a Haruki al ver que el chico acercaba las manos a la fogata.

—Estoy bien.

Shogo buscó su daga y se puso a limpiar el pescado. Hasta que sus manos estuvieron teñidas de escarlata. Vio que Haruki no despegaba sus ojos del filo ensangrentado, esa misma hoja con la que él mismo había asesinado a Yamataka.

—Eres bueno con eso, Shogo-san —dijo, admirándolo, con el mentón hundido entre sus brazos—. No me gusta que te hagan limpiar en el teatro.

—Algunas cosas que hacía para el clan Kigomiya eran menos dignas —rio Shogo, y puso el pescado al fuego—. Tú eres demasiado bueno para compartir escenario con una stripper y un ventrílocuo.

—Yo soy feliz —se encogió de hombros, y estiró el brazo para coger un pellizco del pescado de sobre las brasas, y llevárselo a la boca.

—Eso es lo único que importa —murmuró Shogo.

—¿Y tú, Shogo-san, eres feliz?

Shogo se detuvo a contemplar el oleaje antes de regresar a la mirada del chico, broncínea por los destellos de las llamas.

—Estoy calmo, eso es más que suficiente. Nunca he conocido la felicidad plena, no sé lo que es. Lo más cercano que he conocido a la felicidad es la tranquilidad. Así que con eso me conformo.

—No deberías conformarte —lo regañó Haruki, masticando—. Nadie debería, siendo la vida tan corta.

Shogo le estaba mintiendo: había sido feliz en el pasado, junto a él, a Haruki, pero ahora le parecía incorrecto hablar de ello. Además, su amor ni siquiera había sido real. ¿Qué sentido tenía recordárselo?

—No es que me conformo. Toda mi vida he sido un samurái, he seguido órdenes, y ahora… sin un amo a quien servir, simplemente no sé quién o qué soy. —Miró a Haruki, intentó una sonrisa—. Suena angustiante, pero la verdad es que estoy tranquilo. Encuentro mucha calma en la nada.

Haruki terminó de masticar.

—Cuando tú… cuando me desprogramaron, la libertad era aterradora. La primera vez en mi vida que experimentaba miedo. Miedo. Esa emoción tan humana… Yo tampoco sabía quién era si no cumplía con el propósito para el cual me habían creado. Todavía no estoy seguro de quién soy, pero día a día estoy viviendo. Y eso es suficiente para darme felicidad. Los seres humanos se esfuerzan tanto en encontrar un propósito que a veces se olvidan de vivir. Sé que tú también lo lograrás, Shogo-san.

Shogo tomó un respiro profundo antes de hablar.

—Haruki, te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Yo…yo también pagué por ti. No soy diferente a los demás samuráis, yo alimenté tu explotación.

Haruki hundió sus ojos en la arena durante unos momentos, pensativo.

—Shogo, tú eres el único que siempre me trató como un igual.

Comieron sin hablar, perdidos en el espectáculo de las olas danzando con suavidad bajo la luz de la luna. De tanto en tanto, los ojos de Shogo viraban hacia Haruki, quien se había descalzado.

Unas punzadas se apoderaron de su él al descubrir esos dedos tan hermosos hundidos con languidez en la arena, como sumergidos en oro puro.

—A mi señor siempre le han gustado mis pies —bromeó al descubrirlo. Shogo se sintió ruborizar en la oscuridad—. Perdón, no quería molestarte.

—No me has molestado —respondió al cabo de un silencio incómodo.

La respiración de Haruki hacía eco con el oleaje, y su propio corazón comenzó a galopar. Creyó que le iba a explotar, cuando los

labios de Haruki le besaron la mejilla con timidez.

—No me debías eso.

—No fue un pago. —Haruki se alejó, envolviéndose las rodillas con ambos brazos y encorvando su espalda junto al fuego. Parecía a punto de llorar—. Shogo-san, ¿por qué…? Cuando llegamos a Hokkaido, ¿por qué te alejaste de mí?

Shogo buscó los ojos del muchacho, le brillaban las pupilas.

—No quería que te sintieras obligado a nada —confesó Shogo con un susurro ronco—. Creí que eso era lo que tú querías.

—¡Yo creí que era lo que *tú* querías! —chilló Haruki con lágrimas en los ojos.

Shogo rio por lo bajo, todavía algo incrédulo. Haruki se abalanzó para besarlo una vez más, ahora en los labios, ahora con determinación. Él sintió las manos pequeñas del chico sujetarle las mejillas, era como si se negara a dejarlo ir. Cuando los labios se separaron, Shogo le alejó un mechón del rostro con una caricia y deslizó la mirada por el acantilado de su cuello, sorteando la nuez y zambulléndose entre las clavículas que asomaban de los pliegues del yukata. Allí, contra la piel pálida, yacía la perla que él le había regalado.

—Todavía la usas. —Shogo sonrió.

—Por supuesto —respondió, serio—. Siempre.

La madrugada se cernía negra sobre el cielo mientras los dos caminaban por una calle vacía.

—¿Has sabido algo de los gemelos y Junji? —preguntó Haruki, la caja de chocolates abrazada contra su pecho.

—No —suspiró Shogo—. Espero que se encuentren bien.

Cuando llegaron a la pensión, Shogo le abrió la puerta a Haruki y encendió la luz. Vio al kagema descalzarse y explorar la diminuta sala con actitud curiosa.

—Esto es acogedor —dijo el chico.

—Es una pocilga. —Shogo también se descalzó—. Pero para mí solo está bien. ¿Quieres té? —ofreció, y luego recordó con una maldición que no tenía gas.

—No quiero nada. —Haruki volvió a sonreír, y se acostó en el

tatami junto a la celosía. Al verle esos delicados pies descalzos sobre su cama, Shogo se estremeció. Se recostó a su lado sobre el tatami y abrió la celosía. La vista del océano agitándose bajo la luz de la luna hizo que Haruki suspirara.

—Es hermoso.

Shogo asintió, y durante unos largos momentos, Haruki se dedicó a admirar el mar, y Shogo a admirar el perfil del kagema. Deslizó su vista por el puente curvo de la nariz, por el arco de los labios rosados y la barbilla pálida. Cuando no pudo contenerse más, lo besó. Pudo percibir a Haruki sonriendo contra sus labios, y los brazos delgados cernirse alrededor de sus costillas. Estaba tan feliz de volver a sentir el calor de Haruki contra su cuerpo…y el chico también parecía feliz, apurándose por besarle y mordisquearle el cuello a la vez que las manos ansiosas le abrían la chaqueta.

—He extrañado muchísimo a mi señor —confesó entre suspiros mientras besaba el pecho de Shogo.

—Ya te he dicho que no tienes que llamarme así.

—Quiero llamarte así. —Haruki dibujó un delicado circulo alrededor de su pezón con dedos tiernos, y se mordió el labio—. ¿Qué tal si te llamo *mi señor* solo cuando estamos a solas?

Shogo tragó saliva y se apuró a asentir.

—Entonces… ¿realmente quieres hacer esto?

—Nadie me está obligando. —Haruki alzó la vista, sus mejillas ya lucían un adorable sonrojo—. ¿Por qué te resulta tan difícil creer que te quiero?

—Tal vez porque nadie lo ha hecho antes. —Shogo se encogió de hombros, y Haruki se apuró a abrazarlo.

—Mi señor —le suplicó entre besos afiebrados al mismo tiempo que se desvestía—, no me haga esperar más.

Preso de una euforia ardiente, Shogo le quitó el yukata a Haruki. El muchacho se tumbó de espaldas sobre le tatami y Shogo le cubrió de besos el cuello, el pecho y el abdomen. Sentir que Haruki lo deseaba le endureció el miembro con palpitaciones casi dolorosas. Cuando el chico lo notó, le envolvió la erección con la mano derecha y comenzó a acariciarla a un ritmo cadencioso. Shogo lo imitó, acariciando con

lenta devoción el miembro ya duro y enrojecido de Haruki.

—También he extrañado esto de mi señor —le dijo con una sonrisa maliciosa—. ¿Qué desea: metérmela o que yo la meta?

La electricidad subió por la espina dorsal de Shogo, su corazón a punto de reventar ante las palabras y la mirada de Haruki.

—M-meterla yo —susurró algo tímido.

Haruki respondió con una risita tintineante.

—También es mi opción favorita. —El chico separó los muslos con delicadeza para que Shogo se acomode entre ellos. A pesar de que él ansiaba penetrarlo, se tomó unos instantes para besarle el lóbulo y acariciarle el rostro.

—Aunque la próxima vez —le susurró Shogo al oído mientras lo penetraba con los dedos—, quiero cabalgarte.

—¡Qué pervertido es mi señor! —rio Haruki, retorciéndose de placer bajo los dedos de Shogo—. Por favor, no me haga esperar más.

Pero Shogo se tomó su tiempo para preparar a Haruki con sus dedos y su lengua, para ahogar sus propias ansias y torturar al chico con toques suaves, hasta que estaba desarmado y suplicando debajo de él.

Cuando finalmente lo penetró, la felicidad embargo a Shogo. No deseaba separarse nunca de Haruki. Adoraba cada lamento dulce que lograba arrancarle a embestidas, cómo los muslos le ajustaban la cintura con fuerza ascendente, y verle el rostro arrebolado después de eyacular sobre su propio abdomen pálido. Shogo alcanzó su clímax unos momentos más tarde, entre los brazos sudados del chico. Afuera el oleaje rugía con suavidad, y Shogo permanecía jadeante, descansando sobre el pecho de Haruki. Todavía le costaba creer que Haruki lo había elegido.

Quiso decirle algo, y Haruki lo abrazó más fuerte, haciéndole doler las costillas, un dolor dulce. Sabía que el calor que irradiaba no era humano y que tampoco iba a durar para siempre, pero, ¿a quién le importaba?

Fin.

¿Te gustaría saber (y con mucho detalle) lo que ocurrió durante esa noche salvaje cuando Ichiro y Jiro visitaron Pétalos de loto y solicitaron los servicios de Junji?

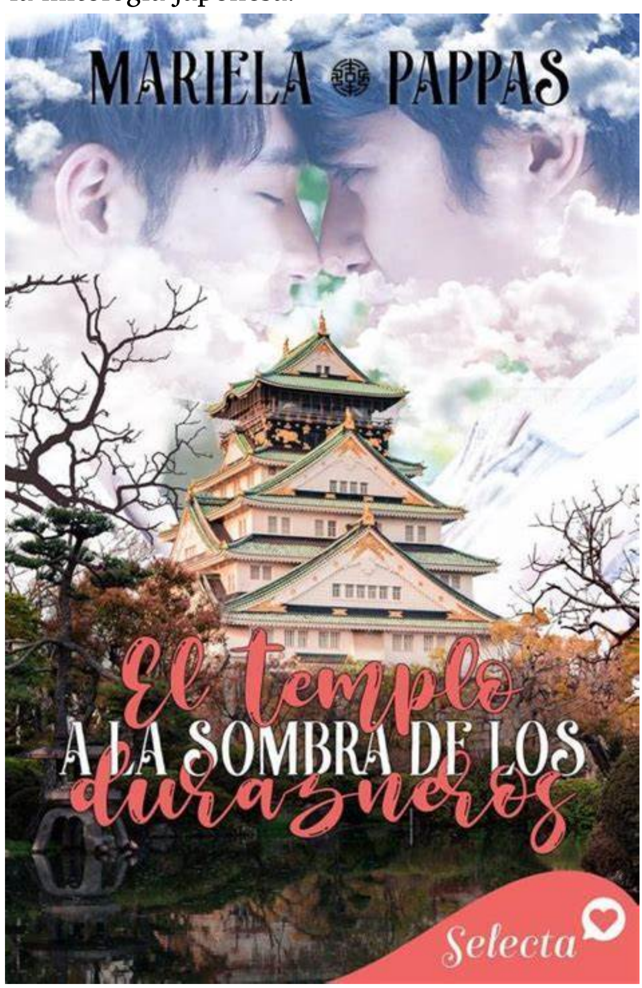
Recibe el relato totalmente gratis aquí:

.

OTROS TÍTULOS:

EL TEMPLO A LA SOMBRA DE LOS DURAZNEROS

Un romance Enemies to lovers entre un noble coreano y un aprendiz de samurái, ambientada en el Japón feudal y con elementos de la mitología japonesa.



Sinopsis:

—¡Mortales! —exclamó, con los ojos dorados entrecerrados—. ¿Por qué cuando desean algo actúan como si no lo desearan?

Japón, 1643. Al aprendiz de samurái Aori Ryotaro le asignan entretener a Park Song-Ho, el hijo de un noble coreano, durante una visita diplomática. Las personalidades de ambos muchachos chocan al instante; Ryotaro es testarudo e impulsivo, y Song-Ho, además de frío y altanero, posee una belleza andrógina que despierta la pasión tanto en hombres como mujeres cuando recita poesía o danza con su abanico. También despierta una extraña sensación nueva en Ryotaro cada vez que mira esos almendrados ojos negros.

Cuando Ryotaro se entera que Song-Ho sueña con ser escritor, le ofrece una visita guiada a un viejo templo embrujado. Pero lejos de asustarse, Song-Ho se encuentra fascinado por los fantasmas que allí habitan. Y por Ryotaro. Los paseos por el bosque encantado se repiten y, a la sombra de los durazneros, Song-Ho y Ryotaro se enamoran. Sin embargo, Ryotaro está obligado, según las costumbres de los samuráis, a convertirse en el amante de su maestro, el Capitán Sakuma. Y el padre de Song-Ho ya lo ha comprometido, en contra de su voluntad, con una noble coreana.

A pesar de provenir de dos culturas diferentes, los dos muchachos deben elegir el honor por encima de su amor, pero eso es imposible cuando Ryotaro y Song-Ho han encontrado, el uno en el otro, el único lugar donde pueden ser ellos mismos. Porque seguir viviendo el uno sin el otro significaría morir en vida. Existir, pero no vivir, al igual que los fantasmas que habitan en el templo a la sombra de los durazneros.

EL MAKNAE QUE CAYÒ DEL CIELO

Una novela Boy's Love clásica ambientada en Seúl. Una historia slice of life sobre un grupo de amigos que desea triunfar en la industria del kpop, y un tierno romance Friends to lovers.



Sinopsis

"Dicen que la persona con quien contemplas la primera nieve del año es el amor de tu vida."

Jung-hee, un enigmático ser de otro mundo con apariencia humana,

aterriza en la vibrante ciudad de Seúl con una misión secreta: descubrir el misterio de la condición humana. Pero comprender a los humanos no es tan sencillo como imaginaba. Las complejidades de su cultura, los códigos sociales y las contradicciones de la sociedad desafían sus capacidades extraterrestres.
Por suerte, conoce a Lee Do-yun, un talentoso compositor de canciones que se gana la vida como repartidor de pollo frito. La pasión que los dos comparten por la música es el lazo que los une. La voz sobrenatural de Jung-hee se convierte en la pieza faltante en el grupo musical de Do-yun y sus amigos, quienes sueñan con el estrellato en el despiadado mundo del Kpop.

Mientras luchan por alcanzar el éxito y enfrentan los desafíos de la industria musical, la amistad entre Jung-hee y Do-yun se convierte en amor. Sin embargo, Do-yun, con su mirada cautivadora y sonrisa cálida, tiene miedo de enamorarse de su Maknae y mejor amigo, y Jung-hee se pregunta si Do-yun podrá comprender su verdadera naturaleza alienígena.

La única certeza es que, cuando Do-yun lo abrazó y lo besó bajo la nevada noche de Seúl, Jung-hee sintió que de nuevo flotaba en el espacio, en su hogar.

FRAGMENTO GRATUITO DE EL MAKNAE QUE CAYÒ DEL CIELO:

—Bueno —suspiró Do-yun después de encender la luz—, es más bonito de lo que esperaba.

—Lo es —respondió él, explorando el cuarto de tonos blancos y tostados donde el foco central era una cama mucho más alta y grande que la que tenían en casa.

Un estremecimiento creció en su estómago y entrepierna, pero pronto su atención se desvió al ventanal en la pared izquierda. Caminó hacia él con pasos lentos, hipnotizado por la belleza del atardecer salpicado de copos de nieve.

Se perdió en un trance, del que regresó cuando sintió los brazos de Do-yun abrazándolo por detrás. Lo apretó con fuerza y suavidad al mismo tiempo y Jung-hee descansó las manos sobre las suyas mientras el calor de su pecho y estómago contagiaba su espalda.

—¿Sabes? —le dijo descansando su mentón en la curva de su hombro—. Dicen que la persona con quien contemplas la primera nieve del año es el amor de tu vida. Nuestra próxima canción debería hablar de eso.

Jung-hee sintió que las emociones en su pecho lo desbordaban, y giró el rostro con torpeza para buscar los labios de Do-yun con los suyos. Este le devolvió el beso, sosteniéndole las mejillas con ambas manos y guiándolo de nuevo al centro de la habitación. Las rodillas de Jung-hee chocaron contra la cama y tropezó. Cayó de espaldas contra el colchón, y sintió el peso de Do-yun sobre el suyo, besándole los labios y el cuello con un hambre y una torpeza crecientes. Jung-hee pronto estaba ardiendo debajo de Do-yun, aferrándose a sus hombros y expulsando sollozos en su boca.

Con el aliento entrecortado, Do-yun separó los labios de los suyos. Le sostuvo una mirada encendida, con las pupilas más negras y grandes que de costumbre y las mejillas tan rojizas como sus labios.

—¿Estás nervioso? —le preguntó entre jadeos.

—Sí —respondió Jung-hee con un hilo de voz.

—Yo también. —Apartó la mirada un momento y le sonrió, todavía jadeante y sonrojado—. No hay apuro, ¿cierto? Mejor una ducha antes.

—Es-está bien.

Do-yun se levantó de la cama y caminó hasta el baño. Jung-hee lo escuchó encender la luz y el grifo, y él permaneció acostado boca arriba con todo su cuerpo ardiendo y palpitando.

—¿Jung-hee? —lo llamó Do-yun desde el baño—, me refería a que vengas conmigo.

Sintiéndose más torpe que de costumbre, Jung-hee llegó a duras penas al baño. Notó que su miembro había perdido algo de rigidez, pero todavía latía con molestia entre sus piernas. Una vez en el baño vio a Do-yun probar la temperatura del agua con la mano.

—¿Está bien así? —le preguntó.

Jung-hee extendió la mano hacia el agua que caía de la ducha. Estaba cálida, y el vapor había comenzado a empañar la mampara de vidrio.

—Está bien —dijo, y cuando giró la vista hacia Do-yun vio que se quitaba el sweater y la camiseta de un solo movimiento. Admirarle el torso le aceleró el corazón, y contempló como Do-yun continuó quitándose con prisa el cinturón y los pantalones. Él lo imitó, hasta que los dos estuvieron desnudos. No dijeron nada durante unos segundos, solo se sostuvieron las miradas. Do-yun respiraba tan agitado como él y fue el primero en meterse en la ducha.

—Ven —lo invitó extendiéndole la mano.

Cuando Jung-hee lo acompañó, el agua caliente chocó contra su espalda, provocándole una sensación placentera.

—¿Seguro está bien el agua? —volvió a preguntar Do-yun.

Él asintió: estaba tan nervioso y confundido que apenas podía articular una oración en lenguaje humano. Do-yun lo atrajo hacia él, y el agua ahora caía sobre ambos mientras se abrazaban. Se sentía tan bien que Jung-hee cerró sus ojos por un momento, descansando su mejilla en el hombro de Do-yun y absorbiendo el aroma de su piel mojada. El otro se apartó para llenarse de jabón las manos, y Jung-hee esperó, con las gotas de agua escurriéndose entre sus pestañas. Do-yun

le enjabonó un brazo primero, y después el otro, y Jung-hee tan solo se quedó inmóvil, recibiendo aquellas caricias que lo hacían temblar.

—Eres tan delgadito —rio Do-yun, parecía que intentaba ocultar sus nervios—, ¿ya has hecho el servicio militar?

—No. —Jung-hee se estremeció mientras Do-yun le enjabonaba con lentitud el pecho y descendía hacia el estómago.

—Yo sí. —Do-yun se inclinó un poco y sus manos continuaron descendiendo por la cadera y los muslos. Luego lo sujetó en un abrazo estrecho, que le permitió enjabonarle toda la longitud de la espalda con dedos que lo llenaron de escalofríos.

—¡El cabello también! —rio Do-yun masajeándole el cabello con ambas manos.

Entre risas, Jung-hee le hizo lo mismo.

Después de que los dos estuvieron cubiertos de espuma, Do-yun la enjuagó con sus manos. Jung-hee lo imitó, incapaz de diferenciar entre las caricias que él le brindaba a Do-yun y las que Do-yun le brindaba a él.

El chico apagó el grifo y salió de la ducha. Envolvió a Jung-hee con una toalla y le secó cuidadosamente los brazos, la espalda y las piernas. Con el cabello algo húmedo se tumbaron en la cama uno al lado del otro.

—Ya ha anochecido —suspiró Do-yun, virando su cara hacia el ventanal.

Jung-hee lo siguió con la mirada, y encontró una Seúl negra, donde solo resplandecían las luces de los rascacielos y la nieve que cubría el pavimento. Pronto su atención regresó a Do-yun acostado a su lado. Le estudió el perfil y sintió que lo estaba mirando por primera vez. El perfil con la nariz prominente, los labios casi femeninos, el cabello castaño y mojado acariciándole la frente. Pero sus ojos no se detuvieron allí; descendieron voraces por la nuez de su garganta, sus hombros anchos, el pecho plano, el estómago salpicado de vello oscuro, y el miembro que descansaba contra su propio muslo. Todo aquello aceleró su urgencia por tocarlo.

—¿Estás más relajado ahora? —le preguntó Do-yun.

—Eres hermoso —masculló Jung-hee.

Do-yun soltó una risita nerviosa.

—No es necesario que me endulces así, soy un hombre.

Jung-hee estaba preguntándose si había dicho algo malo cuando Do-yun lo besó. Él no pudo contenerse más y con un impulso se colocó encima. Recorrió la piel el muchacho con sus manos, ahora estaba seca, tersa y suave, y parecía arder bajo las yemas de sus dedos. Do-yun se quedó quieto, sonriente mientras Jung-hee lo acariciaba. Cada reacción que le arrancaba al muchacho era fascinante: le gustaba ver a Do-yun suspirando debajo de él, murmurando su nombre entre quejidos cuando él le besaba con torpeza el cuello y el pecho.

Cuando menos lo esperaba Do-yun lo besó de nuevo, y Jung-hee sintió que sus sentidos se amplificaban con un hambre inaudita. Se encontró una vez más de espaldas, con Do-yun besándole entre las piernas hasta hacerlo gritar.

SOBRE LA AUTORA:

Mariela Pappas es una escritora de fantasía, romance y Boy’s Love de Buenos Aires, Argentina. Estudió Bellas Artes y en el 2019 finalizó su diplomatura en estudios Nikkei en el Centro Nipón Argentino y actualmente está terminando la carrera de Historia del Arte.

En 2018 ganó el premio Toshiba Homocrisis por su cuento Meiyo, en 2019 su cuento El festival de las Linternas ganó la convocatoria de Literatura LGBT de Revista Tártarus. Publicó cuentos en antologías nacionales como Omelas (Grupo Pórtico), Lo Ominoso y Buenos Aires Fantástica (Ed. Thelema), e internacionales como American Monsters (Fox Spirit Books) y Monstruosas (Ed. Tinta Púrpura).

En el año 2021 Penguin Random House publicó su primera novela, “El templo a la sombra de los durazneros”, un romance gay con toques sobrenaturales ambientado en el Japón feudal. Actualmente combina publicar sus novelas con editoriales tradicionales con la auto publicación en Amazon a través de su sello Crisantemo dorado Boy’s Love.

Más novedades de sus próximos libros en su sitio www.marielapappas.com



[1] Espada corta que los samuráis usaban junto con la katana.

[2] Instrumento de cuerda japonés, similar a una cítara.

[3] Nombre que se les daba a los comerciantes en la era Edo.

[4] Prostitutos masculinos.

[5] Los Onnagata eran actores de kabuki que se vestían de mujer. Lo wakashu eran jovencitos (actores o no) con una imagen apenas más masculina.

[6] Variedad de kimono de mangas largas, usado por niñas y jovencitas solteras.

[7] Señor feudal.

[8] Suicidio ritual. Ceremonia mediante la cual un samurái restauraba su honor abriéndose el vientre con una daga. Otro nombre para el Harakiri.

[9] Ichiro y Jiro, significa Primer Hijo y Segundo Hijo, respectivamente.